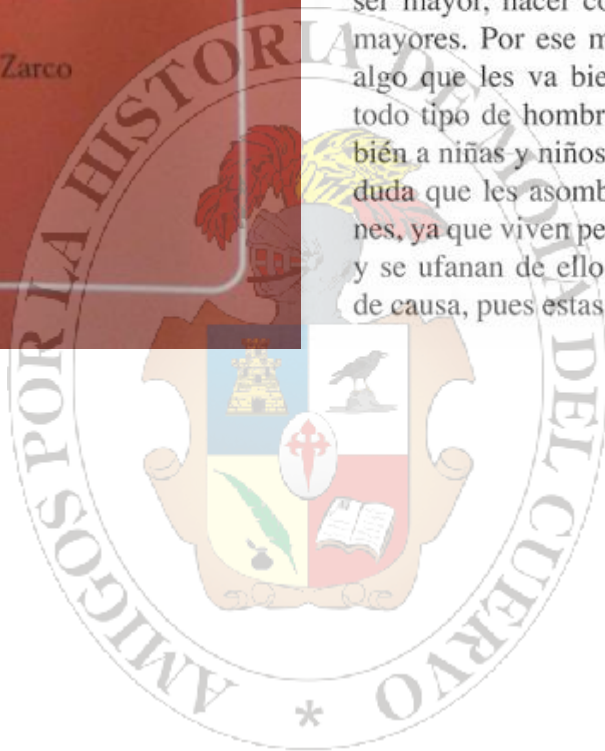


Es mi deseo presentar este libro, que contiene dos Sainetes y una Obra, con el objeto de que mis compañeros, en sus colegios, dispongan de ellos para su representación en esas campañas de teatro que, día a día, se van llevando a cabo a lo largo y a lo ancho de nuestro país.

La actividad de Teatro en la Escuela es realmente necesaria, no sólo por su aplicación didáctica sino porque hace que nuestra muchachada se realice a través de esos personajes que ansían imitar. Y caso curioso es que, la mayoría de las veces, a nuestros alumnos no les gusta hacer papeles de niños, su ilusión es desempeñar un personaje de mayores. El niño siempre quiere ser mayor, hacer cosas que hacen las personas mayores. Por ese motivo he procurado escribir algo que les va bien, aquí van a representar a todo tipo de hombres y mujeres mayores, también a niñas y niños, por supuesto. No les quepa duda que les asombrarán con sus interpretaciones, ya que viven perfectamente bien sus papeles y se ufanan de ello. Lo digo con conocimiento de causa, pues estas obras las he representado en



múltiples lugares y siempre han sido del agrado de todos, consiguiendo muchos éxitos.

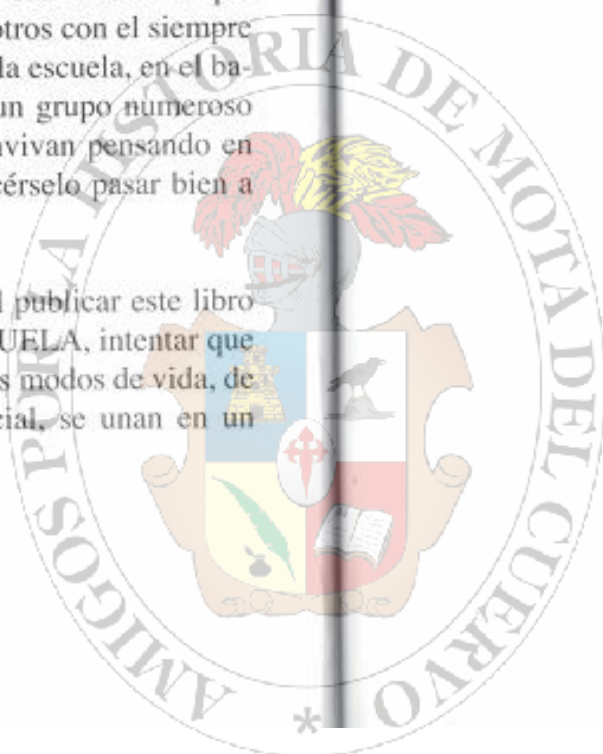
No cabe duda alguna de que el teatro hace más comprensivos a los niños, más responsables, más humanos, más activos y, especialmente, mucho más comunicativos, más sociales.

Este libro de teatro no será el último que se publique, detrás vendrán otros con el siempre didáctico fin de que, bien en la escuela, en el barrio o en las comunidades, un grupo numeroso de personas se reúnan y convivan pensando en pasárselo bien e intentar hacérselo pasar bien a los demás.

Ese es mi propósito al publicar este libro de TEATRO PARA LA ESCUELA, intentar que niños y mayores de diferentes modos de vida, de comportamiento y clase social, se unan en un objetivo común.

“LA CLASE”

*Sainete en un acto original de
MIGUEL TIRADO ZARCO*



PERSONAJES

Profesora.

Pepito.

Susana.

Toñín.

Juani.

Ángel.

Narcisa.

Sinforosa.

Adolfa.

Petronila.

Jonás.

Cleo.

Tere.

Amelia.

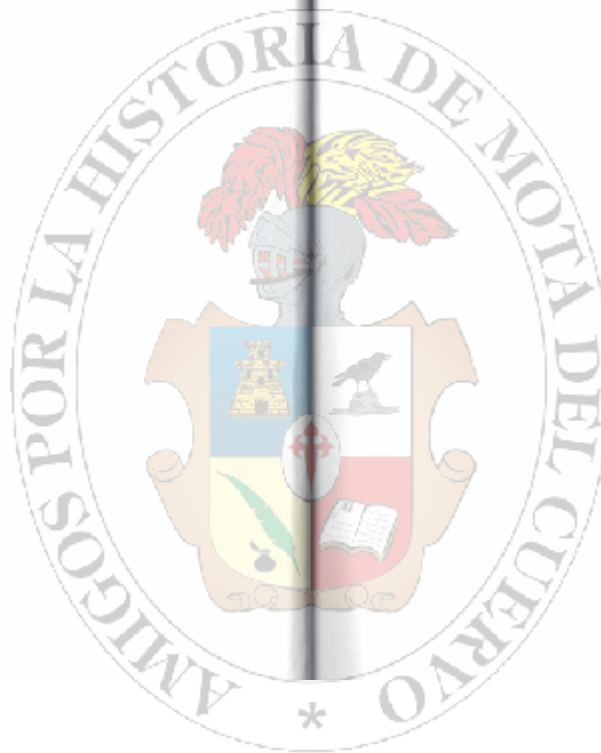
Roberta.

Jesusita.

Javi.

Ramón.

Martín.



VESTIMENTA

La Profesora irá vestida con un babi remendado, pintada con colorete y un lazo grande en el cuello.

Los alumnos irán todos con babi de colegio, pintados de colorete y lazos azules enormes en el cuello.

Las alumnas, además, deberán llevar peinados raros o coletas.



(Al subir el telón aparece una clase, los alumnos y las alumnas dan la impresión de estudiar; la Maestra se levanta de su mesa y dice:

PROFE.- Espero que ya estéis en condiciones de hacer el examen,¿no?

TODOS.- ¡Sí, sí!

PROFE.- Pues bien, ahora me demostraréis que todos habéis asimilado esas lecciones que con tanto sacrificio os he ido dando a lo largo de todo el curso (*se oye un murmullo entre los alumnos*). Después dice la Maestra: Vamos a ver Pepito, hálbanos de lo que es una incubadora.

PEPITO.- ¡Anda la osa!

PROFE.- ¡Pepito!

PEPITO.- Ya se creía usted que lo de la osa iba por usted, ¡qué mal “pensá”!, (*pausa*), bueno, una incubadora es(*después de una pequeña pausa*), ¡ya está!, se lo he dicho muchas veces a mi mami y a mi tata, una incubadora es así, fíjese bien: se pone un cesto con paja, se llena de huevos y encima se pone una clueca, ¡ya está!



PROFE.- ¡Con razón decía tu madre que eras un animal! Bueno, bueno, vamos a otro tema. Tú, Susana, explica lo que es un oso.

SUSANA.- Creo que tiene pico, así que... ¡es un ave de vistoso plumaje!

PROFE.- ¡Esto no se puede consentir!. Anda, Toñín, rico, di tú algo de aquel rey que se llamaba Felipe con dos rayas y que derrotó a éstos de la media ensaimada en una batalla naval.

TOÑIN.- Parece mentira, no necesito que me apunten, ¡allá voy!. Felipe dos derrotó a los pulpos en la batalla de Palma de Mallorca.

PROFE.- ¡Vaya bruto, esto es intolerable!.

JUANI.- ¡Voluntaria!.

PROFE.- Vaya, por fin oiremos algo bueno. ¿De qué nos vas a hablar?

JUANI.- De lo que usted quiera.

PROFE.- A ver, di algo de lo que hizo Judas en el Huerto de los Olivos cuando estaba orando Jesús.

JUANI.- Espere... ¡Sí, ya, estuvo cogiendo aceitunas!.

PROFE.- Me avergüenzo de vosotros. Yo os he enseñado las cosas de otra forma, pero no hay manera (*pequeña pausa*). Ahora nos va a decir Ángel donde vive él, en que planeta y en donde vivís todos los jóvenes que venís a clase.

ANGEL.- ¡En la Luna!.

PROFE.- ¿Cómo?.

ANGEL.- Sí, señora Maestra, pues mi padre siempre me está diciendo que yo y todos los jóvenes de ahora estamos en la Luna.

PROFE.- Está visto que no se puede con vosotros. A ver, Narcisa, dinos todos los golfos y cabos de España.

NARCISA.- Hay muchos, pero entre los cabos más importantes, podemos citar: los cabos primeros, los cabos chusqueros, los cabos de los serenos, etc; y entre los golfos, ¿qué quiere que le diga de los golfos?, pues que en España hay muchos.



PROFE.- Jamás vi mayor número de cuadrúpedos juntos (*pausa*). Vamos a ver, Pepito, si nos dices una frase bonita y limpia.

PEPITO.- Pues, la más limpia que he oído decir es ¡Mantenga limpia España!

PROFE.- Ya veo que no dais una en el clavo hoy, no obstante continuemos; vamos a ver si Sinforosa nos dice cual es el Santo que cortó la oreja a un romano dando un paso atrás.

SINFOROSA.- Marcelino Oreja no pudo ser, así que el único Santo capaz de hacer eso es San Patrás, rey de los cangrejos.

PROFE.- ¡Basta, basta!. (*pausa*). Ya sabéis que en el color de la piel influye el clima, el ambiente, etc. *Se levanta de improviso Adolfa y dice:*

ADOLFA.- Pues, en mi casa debe de haber muchos climas y cosas de esas, pues mis padres, a veces, se ponen de todos los colores.

PROFE.- No, lo que hay en tu casa es poca vergüenza, (*pausa*). Vamos a continuar; a ver, Petronila, el río Ebro, ¿dónde nace, por dónde pasa?

PETRONILA.- El Ebro nace en el tintero, provincia del palillero, desagua por la mesa y cae en el babero.

PROFE.- ¡Que pandilla de mamelucos!, a ver, pasemos a Historia. Jonás, di lo que sepas de los Celtas.

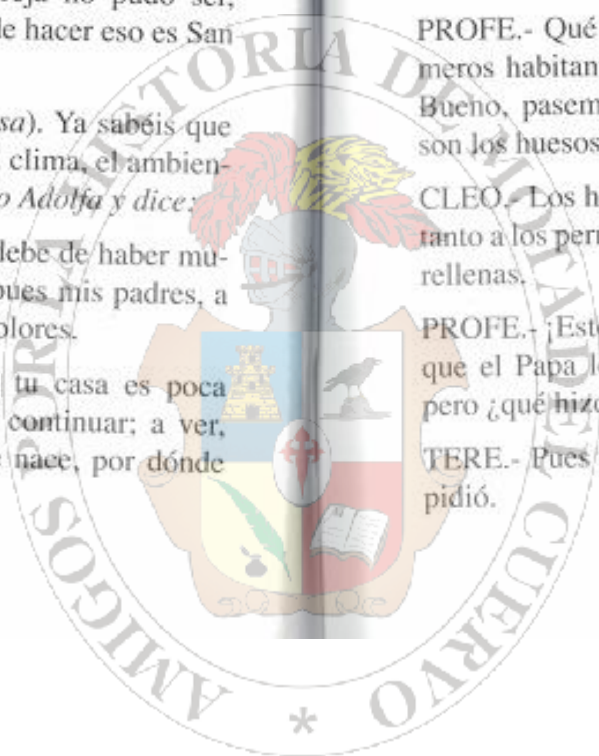
JONAS.- Se podrían decir muchas cosas y nada buenas, pues si es verdad lo que dice mi padre, no son nada recomendables. El les llama explotapechos.

PROFE.- Qué incultura, confundirme a los primeros habitantes de España con los cigarrillos. Bueno, pasemos a las Ciencias, tú Cleo, ¿qué son los huesos?.

CLEO.- Los huesos son esas cosas que les gusta tanto a los perros y lo que les falta a las aceitunas rellenas.

PROFE.- ¡Esto es el colmo!, a ver tú, Tere, sabes que el Papa le dijo a Lutero que se retractase, pero ¿qué hizo?.

TERE.- Pues que se hizo una "afoto", lo que le pidió.



PROFE.- ¡Cada día sois más tontos, caramba!. Veamos si Susana nos dice a qué pueblo le gusta más el pisto.

SUSANA.- A los americanos, porque donde van arman de cada pisto...

PROFE.- Sois la vergüenza de mi clase. Sinforosa, ¿cuál es el masculino de vida?.

SINFOROSA.- Está claro, ¡bidón!.

PROFE.- Basta de sandeces; Cleo, ¿qué es el agua?.

CLEO.- El agua es una sustancia líquida, incolora, inodora e isidora.

PROFE.- ¡Parecéis burros de carga!, vamos a ver si Petronila nos dice algunos refranes de nuestra tierra.

PETRONILA.- Escuche, señora maestra: "Ojos que no ven, gabardina que va al tinte". "Quién mal anda, tuerce el tacón". "¿Quiere ver bien?, póngase en primera fila".

PROFE.- ¡Basta, basta, vale!. Toñín, dinos el río Miño.

TOÑIN.- El río Miño nace en la cuna, provincia de la habitación, pasa por el pasillo y desemboca en el comedor. Sus principales afluentes son la chupa y el biberón.

PROFE.- Aquí en lugar de haber cabezas, hay calabazas. Vamos a ver, Amelia, ¿qué te gustaría a ti que comiesen tus vacas?.

AMELIA.- ¡Los Pactos de la Moncloa!.

PROFE.- Hay que ver que chicas estas. Veamos, Roberta, ¿qué es el helicóptero?.

ROBERTA.- Pues es como un ventilador, pero a lo bruto.

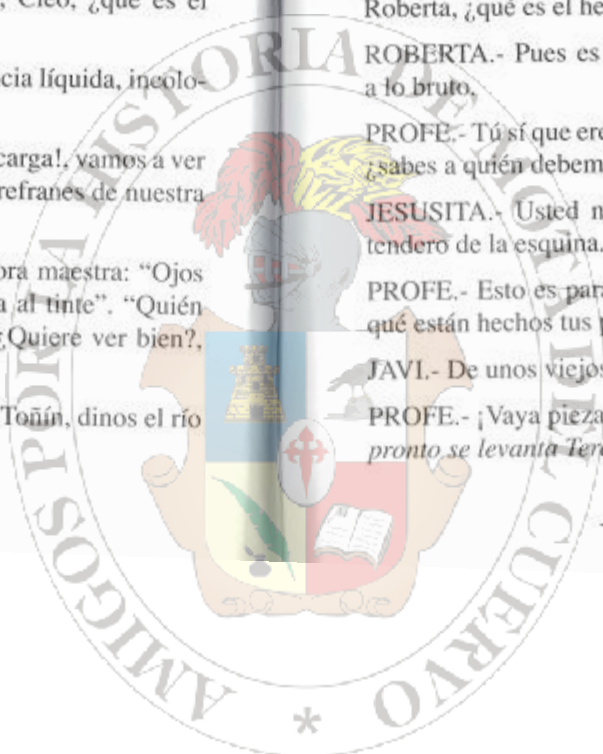
PROFE.- Tú sí que eres una bruta. A ver Jesusita, ¿sabes a quién debemos el televisor?.

JESUSITA.- Usted no lo sé, pero mi papá, al tendero de la esquina.

PROFE.- Esto es para explotar. A ver, Javi, ¿de qué están hechos tus pantalones?.

JAVI.- De unos viejos de mi padre.

PROFE.- ¡Vaya piezas de museo que tengo! (*De pronto se levanta Tere y dice:*)



TERE.- ¿A qué no sabe usted por qué Fidel Castro le regaló un chalet a Félix Rodríguez de la Fuente?.

PROFE.- No lo sé, ¿por qué?.

TERE.- Para que no dijera la clase de pájaro que era.

PROFE.- ¡Menudos pájaros sois vosotros!. A ver si Amelia nos explica de cuantas partes se compone la cabeza.

AMELIA.- Señora Maestra, eso no es fácil de decir.

PROFE.- ¿Por qué?.

AMELIA.- Porque depende del estacazo que le aticen a una.

PROFE.- ¡Menudo estacazo os daba yo a vosotros!. Vamos, Juani, ¿cómo se llaman esas cosas que vuelan y hacen mucho ruido?.

JUANI.- Pueden ser varios, por ejemplo: "licótero", "vión", "parato" y "roplano".

PROFE.- ¡Sois una pandilla de bárbaros!. Dime tú, Roberta, un ejemplo de un nombre que tenga sinónimo, como Paco por Francisco.

ROBERTA.- ¡Ah, sí, bueno, yo sé uno que es Cipriano.

PROFE.- Yo creo que no tiene sinónimo.

ROBERTA.- Sí señorita, es "CIPRICULO".

PROFE.- ¡Sois de chiste!. Bueno, sigamos; a ver, Ramón, di los submúltiplos del kilo.

RAMÓN.- Atenta, seño, son los siguientes: decikilo, centikilo y milikilo.

PROFE.- ¡Qué pedazo de animal eres!. Veamos que nos dice Adolfa de los uréteres.

ADOLFA.- En mi pueblo les llamamos retretes y sirven para mear en ellos y hacer lo otro.

PROFE.- ¡Pero, Señor, ¿qué he hecho para tener estos alumnos?. Espero que ahora Jonás nos diga los tipos de accidentes marinos que conoce.

JONAS.- Escúchelos: chocar contra las rocas, hundimiento de barcos, explosión de un submarino, derramar petróleo en el mar, etc, etc.

PROFE.- ¡Esto es para volverse loca!. Di tú ahora, Cleo, tres palabras derivadas de zapato.

CLEO.- Creo que son: tacón, suela y puntera.

PROFE.- ¡Pedazo de bestia!. Vamos a ver si sabe decirnos Ángel las clases de tipos humanos que hay sobre la tierra.

ANGEL.- Son cuatro, especialmente: hombres, hombrecillos, monicacos y monicaquillos.

PROFE.- ¡Sois tremendos!, pero vamos a ver si Javi nos dice las clases de agua que hay.

JAVI.- Las más importantes son: agua de algibe, de río, de fuente, de noria, de montaña, de botella, etc.

PROFE.- ¡No acertáis ni una!. Continuemos, veamos que nos puede decir Juani de lo que es un Doctor de la Iglesia.

JUANI.- Pues que se da ese nombre al médico de los curas.

PROFE.- ¡Ni los bárbaros dicen tantas barbaridades!. Veamos, Ramón, explica que es un niño sietemesino.

RAMÓN.- Se llama así al niño superdotado que a los siete meses de nacer ya tiene resuelta su vida, su sino.

PROFE.- Qué burro eres!. A ver, Roberta, ¿que es una cosa tétrica?.

ROBERTA.- Se dice de la cosa buena, que es cosa teta, buenísima.

PROFE.- ¡Bruta, más que bruta!. Que nos diga ahora Martín qué es un tetrarca.

MARTIN.- Dícese del rey que nace con cuatro tetas.

PROFE.- ¡Pedazo de adoquín!. Vamos a ver si Narcisa nos dice que es un incunable.

NARCISA.- Es cuando un niño no quiere estar nunca en la cuna.

PROFE.- ¡Animal!, mira que confundir un libro antiquísimo con con una cuna. Bueno, que Tere nos diga ahora qué es un trilobites.

TERE.- Se dice llamar así a una camada que tiene tres lobos pequeños, tres lobeznos.

PROFE.- ¡Sois un rebaño de pavas!. Espero que Petronila nos diga qué es una tienda de ultramarinos.

PETRONILA.- Se llama al lugar donde puedes comprar marinos o alquilar barcos marineros.

PROFE.- ¡Mírala que mona!. A ver si Amelia nos dice qué significa “visita periódica”.

AMELIA.- No se lo pierda, seño; quiere decir que hay que visitar con frecuencia el lugar donde hacen los periódicos.

PROFE.- ¡Pero qué brutos sois!. Veamos si Sinforosa explica qué es un entremés.

SINFOROSA.- Se le viene llamando así, aproximadamente, a los días 15 ó 16 de cada mes.

PROFE.- ¡Eres una berzotas!. Ahora corresponde a Jesusita decirnos qué son las fosas nasales.

JESUSITA.- ¡Eso está chupi!. Son aquellas que son tan profundas que si entras ya no sales.

PROFE.- ¡Qué descanso te habrá quedado!. Ahora nos va a decir Adolfa qué es un melodrama.

ADOLFA.- ¡Pues es un melón que sale malo o que sabe muy mal!.

PROFE.- ¡Brutísima!. Vamos a ver si Martín explica lo que es un patatús.

MARTIN.- Creo que es una indigestión de patatas fritas.

PROFE.- ¡Animalazo!. Vamos, Susana, ¿qué quiere decir decúbito?.

SUSANA – Pues.... Que va uno de culo, que todo le va mal.

PROFE.- ¡Tú sí que vas de culo!. Ahora veamos si Toñín nos dice qué entendemos por irrisión.

TONIN.- Sí, sí, ya; es aquello que te ponen por el culo para que puedas hacer caca.

PROFE.- ¡Pedazo de cafre!. A ver, Cleo, qué es encontrarse en un atolladero.

CLE.- ¡Pues qué va a ser, estar en una fábrica de toallas.

PROFE.- ¡Qué brutísima eres!. Vamos, Javi, ¿qué es un antídoto?.

JAVI.- Se llama así a uno de los pañales que se le pone a los niños pequeños para que no derrame “na”.

PROFE.- ¡Bruto, animal!. Veamos si Jonás nos dice qué entiende él por salario.

JONAS.- Es un gran salero donde se pasan todas las cosas por sal.

PROFE.- ¡Me vais a matar a disgustos!. Vamos a ver si Juani sabe lo que es un sabueso.

JUANI.- ¡Allá va!., es la persona o animal que todo lo que come le sabe a hueso.

PROFE.- ¡No dais una a derechas!. Ángel, ¿qué es una persona remisa?

ANGEL.- Se le dice a la que todos los días oye varias misas.

PROFE.- ¡Burrísimo!. Que nos diga ahora Martín qué es un taxidermista.

MARTIN.- Se le denomina al taxista que cura los problemas de la piel, de la dermis.

PROFE.- ¡Eres un cuadrúpedo!. Veamos lo que nos dice Pepito de lo que es el sustraendo.

PEPITO.- Se llama a todo aquello que un ratero o ladrón quita o distrae a los demás.

PROFE.- ¡Sólo decís tonterías!. Tere, bonita, dinos qué es un trabalenguas.

TERE.- Se da este nombre a la persona que habla con media lengua y no se le entiende.

PROFE.- ¡Pues a ti sí se te entienden las barbaridades que dices!. Ahora nos va a decir Amelia qué es una persona tozuda.

AMELIA.- Se ha dicho siempre que es aquella persona que todo lo suele hacer con la mano zurda.

PROFE.- ¡Qué bestia eres!. A continuación, Sinforosa nos va a decir qué entendemos por terruño.

SINFOROSA.- Se da este calificativo a la cantidad de tierra que cabe en un puño.

PROFE.- ¡Estás chiflada!. Que Roberta nos diga qué es un ferrícola.

ROBERTA.- Es aquel que vive exclusivamente de la tierra: el labrador, el agricultor.

PROFE.- ¡Qué pandilla de bárbaros!. Veamos si Susana nos dice qué es la telepatía.

SUSANA.- Dice mi abuela que es el arte de hacer magia empleando la televisión.

PROFE.- ¡Pero qué “tontisma” eres, hija mía!. Ahora nos va a decir Petronila lo que es una señora sumisa.

PETRONILA.- Se dice de aquella señora que todos los días se oye su misa, la misa que más le gusta.

PROFE.- ¡Esto ya es el colmo, Señor!. Espero que ahora Ramón nos diga que es un sudario.

RAMÓN.- Se define a aquel lugar a donde va mucha gente a sudar; es como una sauna o algo así.

PROFE.- ¡Yo sí que estoy sudando de oír tanta barbaridad!. Vamos a ver si Adolfa nos dice qué es una cosa suculenta.

ADOLFA.- Se dice de aquélla que tiene un culo voluminoso y por eso es lenta, muy lenta.

PROFE.- ¡Basta de tonterías!. Narcisa nos va a explicar qué es una soprano.

NARCISA.- Dícese de la persona que tiene facilidad para soplar por el ano, vulgarmente que pedorrea bien.

PROFE.- ¡Qué brutota eres!. Ahora espero que nos diga Martín qué entendemos por soñarrera.

MARTIN.- Es algo así como cagarse por la pata adelante durante el sueño o tener diarrea nocturna.

PROFE.- ¡Ya está bien de sandeces!. Que nos diga Jesusita, de forma escueta, qué es la siderurgia.

JESUSITA.- Es el arte del cultivo de los gusanos de seda para obtener toda clase de sedas.

PROFE.- ¡Tú sí que eres buena gusana de seda!. Ahora espero que Toñín nos explique qué son hermanos siameses.

TONÍN.- Son aquellos hermanos que tienen a sus padres por meses.

PROFE.- ¡Eres un perfecto bárbaro!. Veamos que es para Tere un animal pseudópodo.

TERE.- Es aquel animal que ataca a los árboles y los poda todos.

PROFE.- ¡Animal eres un rato!. Que diga Javi qué es un señorío.

JAVI.- Se llama así al hijo del rico del pueblo que ni trabaja ni deja a nadie en paz.

PROFE.- ¡Bruto, animal!. Vamos, Martín, haz gala de tu sapiencia y dinos qué es un seminarista.

MARTIN.- Es aquella persona docta que sólo dispone de media nariz.

PROFE.- ¡Esto es una casa de locos!. Creo que Juani nos dirá qué es un sedante.

JUANI.- Se llama al cultivador de seda con ante, algo nuevo por aquí.

PROFE.- ¡Sois de chiste!, mezclar la seda con el ante, ¡qué disparate!

Espero que Cleo nos explique qué es la sebo-
rea.

CLEO.- Es una enfermedad degenerativa que proporciona mucho sebo, grasa y "chicha".

PROFE.- ¡Me volveréis loca al final!. Vamos, Ángel dinos tú qué es una persona diabética.

ÁNGEL.- Pues es esa persona que unos días ve y otros no puede.

PROFE.- ¡Pandilla de acémilas!. Ahora Amelia nos dirá con todo detalle qué es una trombosis.

AMELIA.- Se trata de un fenómeno en el que se produce una tromba o simbiosis de agua, nieve y granizo.

PROFE.- ¡Pero qué cencerros sois, madre mía!. Pepito, bonito, a ver qué nos dices de lo que es un triunvirato.

PEPITO.- Se llamó así al sádico asesinato de Viriato por tres de sus capitanes cobardes.

PROFE.- ¡Pero qué incultos sois, hijos míos!. Jonás, no nos falles y dinos quién fue Voltaire.

JONAS.- Voltaire fue un célebre mecánico que inventó el voltímetro.

PROFE.- ¡Eres un cuadrúpedo elevado al cubo!. A ver, Roberta, rica, di lo que es un versículo.

ROBERTA.- Es una de las partes principales del corazón humano.

PROFE.- ¡Esto es el colmo de los colmos!. Esperemos que Susana nos explique lo que es una ventosa.



SUSANA.- Ventosa se llama al gusano que vive y mora en el intestino de los niños y de las niñas.

PROFE.- ¡Sois mi vergüenza, mi desconsuelo!. Espero que Ramón nos diga a quiénes llamamos turoleses.

RAMÓN.- De antiguo se viene llamando así a todos los que fabrican algún tipo de turrón.

PROFE.- ¡Menudo turrónense eres tú!. Que Jesusita nos diga qué es el Congreso de los Diputados.

JESUSITA.- Se ve a la perfección que es un lugar privilegiado para leer el periódico y dormir a pata suelta.

PROFE.- ¡Eres una bárbara, tú sí que duermes a pata suelta!. Vamos, Narcisa, dinos qué son los uréteres.

NARCISA.- Es el hermoso lugar donde hacen pis las personas mayores que mean mucho.

PROFE.- ¡Bruta, más que bruta! ¿acaso no haces tú pis?. A ver si Sinfrosa nos da una alegría y cita dos de las primeras razas humanas.

SINFOROSA.- ¡Atenta, seño; son la Semental y la de Croñón!.

PROFE.- ¡Qué bárbara, que bruta; no sé que hacer con vosotros!. A ver, Ramón, dinos qué son los tubérculos.

RAMÓN.- ¡A ver si se entera, profe! son los canalillos que van de los riñones a la vejiga.

PROFE.- ¡Bruto eres un rato, sí señor!. Javi, cítanos varios moluscos.

JAVI.- Entre los más conocidos tenemos: la mula grande, el asno capón y el caballo percherón.

PROFE.- ¡Más percherón que tú hay pocos!. Adolfa, explícanos que es la aspirina, la pastilla blanca.

ADOLFA.- Pastilla líquida que se toma aspirando y se echa por la orina al mear.

PROFE.- ¡Para orinarse o mearse sí que es esto!. Me supongo que Petronila nos definirá bien lo que son músculos flexores.

PETRONILA.- Son todos aquellos músculos que tenemos en el cuerpo en lugares estratégicos, que dan luz.



PROFE.- ¡Ellos darán luz, pero tú estás bien apagada!. Veamos si Martín es capaz de decirnos qué es un analgésico.

MARTIN.- ¡Ni lo dude, seño!; se llama al medicamento que te ponen es el culo, en el ano, pues es anal.

PROFE.- ¡Colorado te lo voy a poner yo a ti!. ¡Qué desastre de gente!.

Continuemos, Roberta, ¿qué es un auto sacramental?.

ROBERTA.- ¡Qué fácil! Se llama al coche que lleva a los muertos.

PROFE.- ¡Más muerta que tú, me río!. Bueno, bueno, a ver, Amelia, ¿qué es un pediatra?.

AMELIA.- Se dice del hombre que estudia toda clase de piedras.

PROFE.- ¡Para pedrusco, tú!. Bueno, a ver si al menos nos dice Tere cómo se llamaba el caballo de Don Quijote.

TERE.- ¡Se llamaba Sancho Panza y estaba regordete y lustroso!.

- 40 -

PROFE.- ¡Muchos panzudos y regordetes me parece que estáis aquí!.

Vamos a ver si Cleo nos dice una frase que sea ejemplo de muy mala acentuación.

CLEO.- Vea un ejemplo claro, seño: "En tiempos de los "barbáros" se subían a los "arbóles" y mataban a los "pajáros".

PROFE.- ¡Vosotros sí que sois unos buenos pájaros!. Espero que Pepito nos diga quiénes fueron los Hebreos.

PEPITO.- Fueron un famoso y culto pueblo que trajeron la hebra a España y nos enseñaron a coser y bordar.

PROFE.- ¡Sois una verdadera pandilla de bestias!. Me supongo que Susana sabrá qué es una parábola.

SUSANA.- Se llamaba al tugurio o casa humilde donde vivían todos los cristianos. Juntos.

PROFE.- ¡Cada día sois más brutos, no me lo explíco!. A ver, que nos diga Toñín a qué llamamos el viejo mundo.

- 41 -



TOÑIN.- A todas las personas mayores de 65 años para arriba.

PROFE.- ¡Más viejarros que vosotros no hay nadie!. Veamos si Jonás nos dice qué es la piorrea.

JONAS.- ¡Vaya pregunta; son los pedetes que echas después de comer una ensalada de judías!.

PROFE.- ¡Qué poca vergüenza tenéis!. Ángel, quiero que me digas qué son animales vivíparos.

ANGEL.- Son aquéllos que nacen, viven y nunca se mueren., ¡vivir por los siglos de los siglos!.

PROFE.- ¡Sois mi perdición, es increíble!. A ver si tenemos suerte con Juani. ¿Cuál es el músculo más largo y fuerte de la mujer?.

JUANI.- Sin lugar a ninguna clase de dudas, ¡es la lengua!.

PROFE.- ¡Lengua es lo que os sobra a todos, pero os falta seso!. (De pronto se levanta PEPITO y dice:)

PEPITO.- ¡Eso, eso es lo que nos falta, seño!

PROFE.- ¡Confundís hasta las consonantes y así os va!. Bueno, Jesusita, ¿qué es un parto prematuro?.

JESUSITA.- Es el que dura normalmente de veinte meses en adelante.

PROFE.- ¡Pero que animal eres, hija mía!. Preguntemos a Narcisa qué es la cocaína.

NARCISA.- Es ese líquido viscoso que contienen los cocos.

PROFE.- ¡Menudos cocos tenéis vosotros!. Veamos, Sinforosa, ¿a qué llamamos pedicura?.

SINFOROSA.- Al pedo que echan los curas o gentes de iglesia.

PROFE.- ¡Vergüenza debería darte decir eso!. Veamos, Ramón, cítanos algunos defectos de los ojos.

RAMÓN.- Entre los más corrientes tenemos: "ojos cruzaos", ojos hueros, ojos bizcos y ojos tuertos.

PROFE.- ¡Bizca me habéis dejado, qué desastre!. Ahora te pido a Javi nos diga qué es la Edad Antigua.



JAVI.- Es la más vieja de todas, la que más años tiene encima.

PROFE.- ¡Aquí el único viejo eres tú; vaya día que llevamos!. Vamos a ver si Adolfa nos dice qué es la rubeola.

ADOLFA.- Es una mortífera enfermedad de las playas producida por la acción de las olas violentas.

PROFE.- ¡Una ola fría es la que me estáis echando con estas "tontás" que decís!. Quizá Petronila nos defina qué es un neurólogo.

PETRONILA.- Se le llama al médico que cura a los negros.

PROFE.- ¡A mí sí que me tenéis negra!. A ver Martín dinos que es un binóculo.

MARTIN.- Damos este nombre al niño que tiene dos o más culos.

PROFE.- ¡Ya está bien de tanta barbaridad!. Vamos a ver, Pepito, explica este refrán: "Comer y beber echan la casa a perder".

PEPITO.- ¡Eso está "tirao"! Que en las casas en donde ni comen ni beben, se hacen ricos.

- 44 -

PROFE.- ¡Tú sí que estás "tirao"! ¡Vaya diña que llevamos!. Veamos si Susana nos dice qué es la pubertad.

SUSANA.- ¡Qué cosas me pregunta la seño!. La pubertad es una enfermedad caprichosa del pubis y suele doler mucho. ¿Algo más?.

PROFE.- ¡Cállate ya, que me vais a volver loca entre todos!. Continuemos, Toñín, dinos qué es un pueblo civilizado.

TOÑIN.- ¡Ya veré, ya veré....Es aquel pueblo en el que todos son civiles, no hay ningún militar.

PROFE.- ¡Ya me suponía tu burrada, eres único!. Venga, venga, dejémonos de bobadas y a ver si Juani nos dice cuál era el verdadero nombre de Santa Teresa de Jesús.

JUANI.- ¡Allá voy! Se llamaba Teresa de Quemada y Ahumada.

PROFE.- ¡Tú sí que estás "quemá"! Bueno, Ángel, dinos tú qué es una Encíclica.

ANGEL.- Se lo digo en un "repiquete": Es una clínica especial para curas, frailes y monjas.

- 45 -



PROFE.- ¡No sé ni cómo os aguanto, pedazo de burros...! Como a Narcisa le gusta la pintura nos va a decir cuál es el título de aquel cuadro en el que Goya pintó un desnudo famoso.

NARCISA.- ¡Cómo sabe usted que yo lo sé, sí señora! Se le conoce con el nombre de "La maja en porretas".

PROFE.- ¡Bruta, más que bruta! ¡No puedo con vosotros!. Bueno, continuemos; Sinforosa, di qué es un aborto.

SINFOROSA.- Un aborto es, sí, ya sé: un aborto es un hombre o un niño muy feo y "esmirriao".

PROFE.- ¡Animal, aquí lo único esmirriao eres tú!. Pasemos, pasemos; Adolfa, explica qué son seres inertes.

ADOLFA.- Eso es fácil de explicar; mire, los seres inertes son seres que no sirven para nada, son vagos de nacimiento.

PROFE.- ¡Para vaga, tú!. Bueno, bueno, sigamos. Que nos diga Petronila qué son los cálculos renales.

PETRONILA.- ¡Vaya cosa que me pregunta!. Es la idea aproximada de la orina que produce un riñón al día.

PROFE.- Como veis, esto parece un circo, ¡vaya ejemplares que tengo!

Ahora, Jonás, nos vas a decir qué es la columna vertebral.

JONAS.- ¡Fácil, seño, fácil!. La columna vertebral es un hueso corto y plano, muy invertebrado, tipo columna.

PROFE.- ¡Menudo invertebrado eres tú!. Veamos que nos dice Cleo de lo que es un velocípedo.

CLEO.- ¡Está "chupao", seño! un velocípedo es un pedo a gran velocidad o un pedo muy fuerte.

PROFE.- ¡El pedorro eres tú, so bestia!. Veamos si Tere nos define qué es el esófago.

TERE.- ¡Escuche, escuche, profe! Llamamos esófago a una prenda interior propia de la mujer.

PROFE.- ¡Inculda, que eres una inculda, basta de sandeces!. Espero que Amelia nos diga qué es una persona bilingüe.



AMELIA.- ¡Ahora sabrá quién soy yo, esté atenta! Persona bilingüe es la que nace con dos lenguas en su boca.

PROFE.- ¡Pero qué reburra eres, hija mía!. Quizá Roberta nos obsequie con una buena definición de qué es la vagina.

ROBERTA.- No lo dude, señor, ahora lo verá. La vagina es un instrumento musical de viento.

PROFE.- ¡Eso es un disparate!, pero sigamos. Ahora Jesusita nos va a decir qué significa denticulado.

JESUSITA.- ¡Buena pregunta, profe! Ahí va la respuesta: "Es todo aquello que tiene dientes a los lados del culo".

PROFE.- ¡Qué petarda eres, que ingeniosa!. Cambiemos de pregunta, a ver Javi, explica este refrán: "A mal tiempo, buena cara".

JAVI.- ¡Seño, va usted a ver lo que es bueno!. Quiere decir que cuando nieve y haga frío, nos alegremos.

- 48 -

PROFE.- ¡Qué cafre eres, Javi! ¡Paciencia, Señor, paciencia!. Me supongo que Ramón nos dirá qué significa "mea culpa".

RAMÓN.- ¿Acaso lo duda, profe?. Escuche, significa que te meas al saber que te echan a ti la culpa.

PROFE.- Tú como siempre, de barbaridad en barbaridad. Pues bien,

Martín, ahí va tu pregunta: En el cuerpo humano, ¿dónde están los ventrículos?.

MARTIN.- Sin lugar a dudas, se encuentran en el bajo vientre, muy cerca del culo. ¿Acerté, señor?.

PROFE.- ¡Como siempre, diciendo burradas!. Así que ahora me toca a mí, escuchad... *(De pronto se levanta Jesusita y dice:)*

JESUSITA.- Señora Maestra, ¿por qué no cantamos la canción que se llevó el último premio de Eurovisión y luego otro día nos explica esas cosas tan interesantes y bonitas que suele tener usted? *(Se oye un murmullo en toda la clase).*

- 49 -

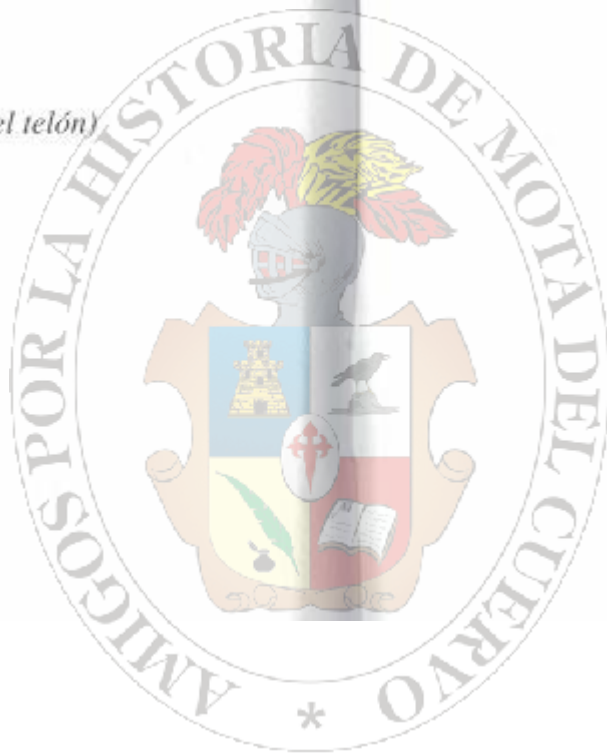


PROFE.- De acuerdo, atended a mi señal. ¡Vamos!

“EL APAÑO”

Cinco lobitos tiene la loba,
cinco lobitos detrás de una toba,
cinco parió, cinco crió,
y a todos ellos,
tetita les dio.

(Cae lentamente el telón)



SAINETE EN UN ACTO

R E P A R T O

- MARIANO.- Esposo de Raimunda y padre de Agripina.
- ROSARIO.- Esposa de Eleuterio.
- RAIMUNDA.- Esposa de Mariano y madre de Agripina.
- ELEUTERIO.- Esposo de Rosario.
- AGRIPINA.- Hija de Raimunda y de Mariano.
- CIRILO.- Hijo de Salustiana y de Felipe; novio de Agripina.
- FELIPE.- Esposo de Salustiana y padre de Cirilo.
- SALUSTIANA.- Esposa de Felipe y madre de Cirilo.
- DIONISIO.- El Bastonero.
- ROSA.- Esposa del Bastonero.
- REINALDO.- El tonto del pueblo.



Aparece una escena representando una habitación antigua con una "banca", seis sillas, una mesa, un brasero y demás cosas necesarias propias del lugar. El decorado típico de una casa manchega, figurando una antigua "alacena", cuadros de fotos antiguas, etc, etc.

Al correrse el telón aparece el "Hermano Mariano" con su vestimenta típica manchega y éste sentado en la "banca".

MARIANO.- Ya lo icía mi agüelo y tenia muchísima razón: "Cuanti más viejo, más pellejo". Y eso mesmo soy ya, ¡un pellejo! *(se levanta)*;

Pero, cudiao, un pellejo mu arreglaico entoavía. A la hermana me la trinqué de una mirá; pa eso era único, nadie me hacía sajar. Porque cuando me ponía majo, estaba irrisitible. *(Todo esto lo dice mirando al público y andando de un lado a otro de la escena).*

(Por la puerta de la izquierda aparece Rosario, su vecina. Viene vestida con el traje típico de la mujer manchega).



ROSARIO.- Buas tardes, Marianico; hoy paice que estás más arreglaico que nunca. ¿Pasa algo en esta santa casa?

MARIANO.- Eso mesmo estaba iciendo yo, ¿a que entoavía tengo buen lustre y buen ver? Anda, sin arrodeos, dílo ya.

ROSARIO.- No seas inorante, Mariano, pueque tengas entoavía ganas de jueguear, pero tú y nusotros ya semos como un trator viejo; ya vamos tiniendo las pilas secas, y los rimiendos a esta edá no son güenos, ¿no te paice?

MARIANO.- Vusotros lo serís; yo, con pacencia defruto de güena salú. ¿Es que no ves la fegura que entoavía tengo?

ROSARIO.- ¡Ande vas burrico, saja, saja!. Asientate y no seas belilota.

Te preguntao enantes aonde vas tan majo

MARIANO.- A nenguna parte, ¿a onde pueo ir?. Pos ná, que la chica quiere apañarse con el Cerilo y pueque tengamos vesita de aquí a la anochea. Po eso me dicio a mí mesmo: "Mariano, ponte majo que ties fegura de macho romo entoavía".

— 58 —

ROSARIO.- Ende luego que la ties entoavía, y lo del apaño, si te paece, ya está bien que se arrejuntan, ¡aunque bien arrejuntaicos están ya! (*hace un gesto picaresco al público*). Dispues de once añicos de enamorisqueo, que vas a esperar; que dejen la puerta, que bien arresobiná la tien ya.

MARIANO.- ¿Qué le pasa a mi puerta, dislenguá?

ROSARIO.- ¡Ná, hombre, ná!. Digo que el marco de la puerta de entrá tiene ya el colorcete de la manta de Cerilo, dispues de tantas y tantas trasnochás a pie derecho o a pies cruzaos.

MARIANO.- ¡Pos que quiés Rosario, esta casa es mu honrá y hasta que no se apañen no me gustan los arrejuntamientos!. Toas estas cosas a su tiempo, dice el refrán, ¿no te paice Rosario?

ROSARIO.- ¡Que sí, Mariano, que sí!. Llevas tóaslarazón. (*Luego, dirigiéndose al público, dice*). Estás arreglaico inorante, pos no ice que están mejor al relente, ¿qué me icen ustés?. Hasta las mil y tantas en la puerta, los dos solicos y bien

— 59 —



arropaos con la manta. ¿El hermano no os paice que está belilota perdido?.

MARIANO.- ¿Qué murmur te traes?. ¡No seas alcagieta y no desemules, que te conozgo bacalao!.

ROSARIO.- No seas mal pensao, son cosas más y de Eluterio; to esto me arrecordaba mis años mozos, manque ya está mu largo mi joventú, demasioo largo.

MARIANO.- *(Dirigiéndose al público)*. ¡Mia tú arrecordarse agora de lo que hacía con el cebollo de Eluterio, que toa su vida ha sio un jarramantas, porque toa su vida ha sio un bollagas.

ROSARIO.- ¿Qué rumias tú agora, Marianico?.

MARIANO.- Coroque ma pasao lo mesmo que enantes a ti, me estaba arrecordando de mi joventú., ¡casi ná!.

(En ese momento, por la puerta de la izquierda, aparece Eleuterio, marido de Rosario. Viene vestido con traje de faena de labrador y una boina encasquetá hasta las orejas).

— 60 —

ELEUTERIO.- ¿Se pue pasar más alante, Mariano?.

MARIANO.- Prueba a ver si pue ser, manque no sé pa que lo dices, si ya estás adrentro, ¡so marrajo!. ¿Qué tripa se ta roto pa venir acerme una vesita a estas horicas?.

ELEUTERIO.- Pos ná, que como no estaba mi ama en el corralazo, me pensao ascape que savía abajao aquí a creticar; pos sé el caraiter desta y po eso me zampao aquí con goina y to. ¿Te paice bien, Mariano?.

MARIANO.- No te quites la goina poque pierdes toa tu pesonalidad, pero esta vez tas daleao un poquico al entrar. Pero no desemules, encauto, que eres un encauto; to te lo cres. Tú a lo que vienes es a echar una gota; no me descutas, que te conozgo. Las malas lenguas y las hablaurías icen que le pegas bien al morapio, ¿qué ices tú a eso, descarrilao?.

ROSARIO.- ¡Mecaguen en la mar, pos mía quien habló!. ¡Dios los cría y ellos solicos se arrejuntan!. ¡Menudo par de dilicuentes!. ¡Tenís

— 61 —



más conchas que un galapago y sois más pesaos que un gorrino en brazos.

ELEUTERIO.- ¡Sioo, Rosario, sioo; no escomiencen a desagerar, que eres más falta que la borrica del tío Canuto, que rompía el pisebre a patás pa que le dieran cebá!

MARIANO.- ¡Anda Rosario!, ¿qué es lo que te falta, según tu marío?

ROSARIO.- ¡A mí no me falta ná, me sobra de to!; así que los faltos serís vusotros, par de avechuchos. Otavía me arrecuerdo de la última tajá que agarrastis, so bollagas, paecíaís dos gallos sin cresta.

MARIANO.- ¿No te paice Eluterio que tu ama es mu reñora y nos está afeitando en seco?. ¡Pos agora vamos a beber aposta!. Ende luego, ties una mujeraca que to lo tié bien puesto y colocao.

ELEUTERIO.- ¿Y qué quíes que haga, Mariano?. Nació marimacho y me tié más resabião que el perro el sacristán. Venga, venga, dame el botallo y echemos unas gotejas; di toas las maneras la vamos a diñar cualquier anocheçío.

— 62 —

(Aparece por la puerta de la derecha Raimunda, esposa de Mariano, ataviada con traje de faena).

RAIMUNDA.- ¿Qué bicho ta picao, Eluterio?. Tes toy oyendo ende adrento un rato mu grande y me paice que testás pasando un poquico.

ELEUTERIO.- Que yo sepa, nenguno, Rimunda, nenguno. Lo que pasa es que la Rosario salta como un cobete y gomita por su boca palabras como un pedricador y no es pa tanto.

Rosario.- ¿Qué no es pa tanto?. ¡Vaya par de enviduos que nos han tocao en suerte, Rimunda!, paice un castigo devino, porque ojo como endiñan. No tien ni fachá y entoavía ladran cuando pueden. No hacen más que fichurías y se las dan de santicos; son peores que el Santo Pajares, que se santiguaba con vino tinto.

MARIANO.- Empecipiamos en groma y güena sarraño. Sabís que lo del empinao son hablaurías. Eluterio y el menda nunca sacamos la gaita y estamos hasta el cocote de desageraciones.

RAIMUNDA.- ¡Güeno, güeno!; no es día de enforñarse. Mi chica está a punto de llegar, pos

— 63 —



hoy es el peditorio y hay que estar alegres, asina que tos contentos y con güena cara.

ROSARIO.- Asina debe ser, jamía, que haiga alegría; no tos los días te piden a una hija. Así que dejemos a este par de zorroclocos y camastrones que defruten y beban un traguete.

RAIMUNDA.- Pos arremangaté ascape y échame una mano, que con tanta casquera se le va a una el santo al cielo y se va a erramar el azaite que tengo en la lumbre y ya está goliendo a fritura.

(Ambas desaparecen por la puerta de la derecha).

MARIANO.- ¡Qué pesás y cansinas son toas las mujeres; en to se meten y paice quellas son unas santicas, lo que pasa es que tien cara de Semana Santa y hechurías de Carnaval.

ELEUTERIO.- Si ya lo icía mi santo padre siempre, que el mayor mal de los males es tratar con animales. Es que mi ama es como las borricas falsas, atiza de vez en cuando un par de coces, pero luego no es ná.

MARIANO.- Pa que vas a descutir, Eluterio, si de toas formas después te tiés que callar, quieras

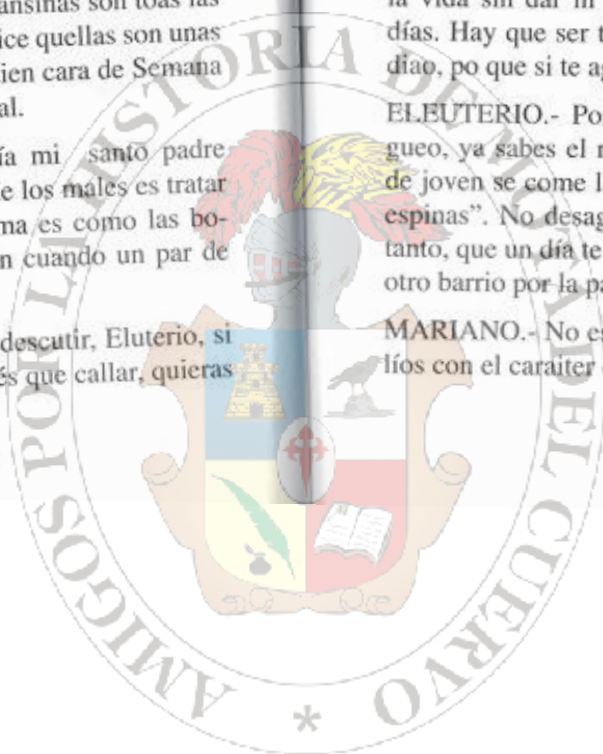
o no quieras. Yo paezco algo, pero luego voy aonde me ice; ascape se pone como las bebras y me atiforra de güen vino añejo y tocino, y ¿qué vas hacer?, callar y tragar.

ELEUTERIO.- Tú como el refrán: “El vino y el tocino, cuanti más viejo, más fino”. ¡qué pájaro eres, Mariano, cuanti sabes!. Pueque recopere el tiempo perdío y haga lo que tú haces. Es que lo desimulas muy bien, paices un belilota y sempático y te soban como a un nene.

MARIANO.- Te se va notando que vas aprendiendo, Eluterio. Tú sabes que yo me pasao toa la vida sin dar ni golpe y juergueando tos los días. Hay que ser técnico e ir con muchísimo cudiao, po que si te agarran en una, ya estás aviao.

ELEUTERIO.- Pos ten cudiao con tanto juergueo, ya sabes el refrán aquel que ice: “El que de joven se come las sardinas, de viejo caga las espinas”. No desageres las cosas y no defrutes tanto, que un día te casca una diarrera y te vas al otro barrio por la pata alante.

MARIANO.- No estoy tan ciecao y carculo mis líos con el caaíter de Rimunda. Emprecipiamos



suavico, yo me hago el encauto, y dista luego. Toas las mujeres quieren mandar, pos que mande ella; pero yo a lo mio y a defrutar. Que mande to lo que quiera.

ELEUTERIO.- Lo que ocurre es que mi ama es mu estirá y emprecipicia a dar voces; yo me callo poque si no me arrea una ensalá de escobazos. Y pa que la voy a espiazar o esollar; sigo callao, me encasqueto la goina, me marchó y luego güelvo después de escampiar.

MARIANO.- Eluterio, que eres un galafate de cudiao y hay hablaurías de la gente que güelen muy mal. No te enquivoques y enque sigas bebiendo no has el ejarramantas. Eres de güena maera y manque te pese mira por tu ama y no la desgustes. Que paecen algo, pero luego son como una manta mojá.

ELEUTERIO.- Otavía hoy no había probao el vino hasta el lingotazo de enantes; mecagüen, es que paice que siempre estoy con la mosca. Tos se dan un garbeo por los bares y no desuncen en to el día y nadie les dice ná; después por ná me cuelgan los aguarones a mí, al más gili.

MARIANO.- Es que te enchorrilas enseguida y emprecipicias a icir tontás; te se sube a la gaita y te sale por el pitorro la goina. Es que eres un licenciau y un metijosillo; aonde estás paece que no hay nadie más que tú. Procura no marrar más y cuando tomes una goteja, ten pacencia y no digas ná, so borrico, que paices un borrico en un michinal encerrau.

ELEUTERIO.- ¡Sioo, sioo, Marianico!, no intrepetes mal lo que ladran po ahí unos molondros. Ni soy jugaor, ni voy detrás de las tías; sólo me coloco a ratillos. Pero eso dende luego lo hacen otros y yo soy el que paga los vidrios rotos, desageran y dilincuentes que andurrean sueltos no les icen ni pío, y a mí, ¡zas!, me la endiñan, ma coquinan ande pueden como si fuese un conejete. Cualquier anocheció me voy a liar la manta a la cabeza y no voy a dejar ningún títete ni melonero en tó el pueblo.

MARIANO.- No desemules conmigo, que te conozgo como si te hubiese parío. Y creo que te parieron escalabrao y entoavía no se te ha cerrau la raja. Vives enquivocau y manque te lo diga, no maces caso ni pizca.



ELEUTERIO.- Eres un inridulo, Mariano, paice que intrepetas mal mi enchorrilamiento; tú sabes que soy más inorante que un moniato asao. Lo que soy tamién, además de inorante, es un sopazas, pos tos me toman la pelambreira, y yo, chitón.

MARIANO.- Mia tú que eso es difícil, pos siempre llevas encasquetá la goina y paices una morcilla en menatura. Pos mía, to eso te prejudica y sirves de risera po allí aonde vas; deja de hacer el redículo. Pos ya ties añitos pa ello.

ELEUTERIO.- Lo que pasa es que soy probe y tos me pisais el pescuezo. No tagas el remolón, que no debes reite y cachondeate de mí; que tú tamien eres un güen galafate.

MARIANO.- No seas zolondro de pan duro y trolero; yo ta consejo pa que po andes vayas no gomites peazos de ripios. Vántate trempaño si-quiá y no estés temORIZAO; tos tenemos problemas y picacera de alguna clase. Pueque más que tú.

ELEUTERIO.- Siempre pueque, pueque; pero el piejo más gordo, pa mí, ¡seré desgraciau!

- 68 -

(Aparece por la puerta de la izquierda, Agripina, hija de Mariano, vestida muy llamativa. También lleva dos coletas en el pelo)

AGRIPINA.- ¡Buas tardes a tos!. ¿Te paice bien mi pelo? *(Pregunta a su padre)*.

MARIANO.- Sí, jamía, sí; te paices a una perra que tenía mi agüela. Tan arreglao un pelo con dos ramales a los laos; te falta el chori pa los morros y paecerás una llueca en una envitación. Estás irrisitible.

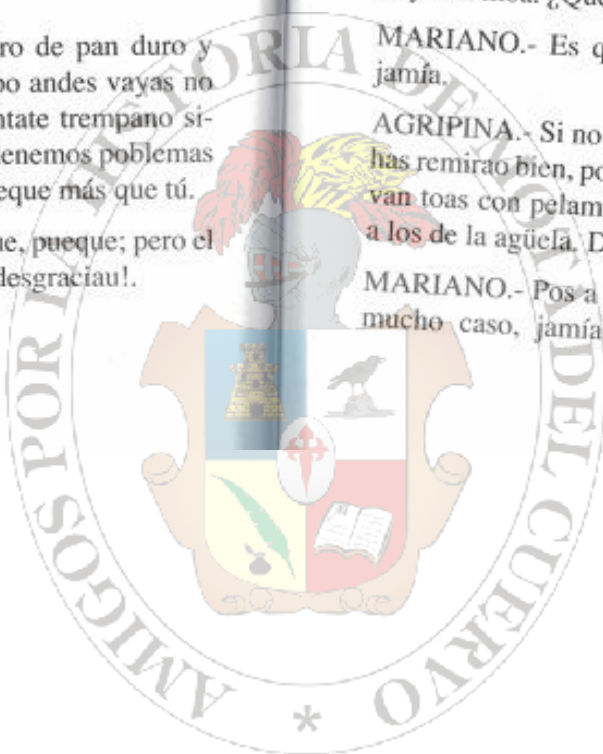
AGRIPINA.- Padre, pos va cosas que me ices; no te paezco una artista desas de la arradio. Toas las vecinas man dicho que estoy guapísima y que voy a la moa. ¿Qué te paice a tí?

MARIANO.- Es que asina paices un pitiminí, jamía.

AGRIPINA.- Si no te gusta mi pelo es que no lo has remirao bien, pos man dicho que en la capital van toas con pelambreras con moñetes parecíos a los de la agüela. Dicen que es la moa, padre.

MARIANO.- Pos a lo mejor es asina, no magas mucho caso, jamía; estos pelajes que lleváis

- 69 -



agora no los entiendo. Yo siempre, de que me arrecuerdo, he tenío la calabaza lo mesmo que una bola billar; yo toas las veces que se lo he recortao a la borrucha, me lo espuntao. Díselo a Eluterio, él me ayuda y de dos tijeretazos "esquilao".

ELEUTERIO.- Asina tie el cocote, como el culo una mona; pos yo no soy mu güen esquilaor y algunas veces se lo rapo demasiao. Una vez, me arrecuerdo como si fuera agora mesmo que si no chilla le limpio una oreja, ¡vaya rebuzno que soltó!

AGRIPINA.- Ende luego es que, Eluterio, eres un peazo animal y cuando haces algo es sonao.. Entoavía ma cuerdo cuando reconcomiste al gato, paecía un esqueleto, y pa colmo le endiñas-te un tijeretazo y medio rabo desapareció.

MARIANO.- Es que además de ser mu bestia, es que no pone cudiao y está más cegato que un topo. Cuando esquiló el borrucho de la tía Gabina le quitó media oreja y si ésta no le arrea un par de coces el burrico le corta las dos entericas.

ELEUTERIO.- No desajeréis, no desajeréis; vosotros sabís que si me se mete en la sesera esquilao bien, lo hago mejor quel niño los paines. Ricuerdo cuando se casó la Nicanora, mi prima la esmirriá, que le dejé un pelaje tipo capital. Me mocioné y to.

AGRIPINA.- Pero, que ices, Eluterio, si le endo-saste un tijeretazo a ca lao, que su pelete paecía una estera reconcomía por los ratones. Cuando se asentó en la iglesia, me arrimé a ella pa icile que si savía painao con un ventilaor mellao. Me echó una mirá como un animal y casi me espatarro del susto.

MARIANO.- Ma recuerdo los rebuznos y esto-síos que daba el probe de su marío en la envitacion al ver el pelao que labían echao. No ta atizó dos mandangas poque lagarré de la sobaquera y sajó pa tras, que si no te deja más mellao que mi agiteja.

ELEUTERIO.- Sois mu tontos tos, pos no sabís ni vis na de la capital. Es que no vis toas las tías como van, paicen perretes mal pelaos y nadie se arrevuelve como vosotros, poblerinos, que sois



unos poblerinos. Paice mentira, pa unas cosas us pasáis y pa otras no llegáis, estamos arreglaicos tos.

AGRIPINA.- Pos mía tú el sietemesino arrepentío éste, pos no ice que semos poblerinos. Si nusotros semos poblerinos, ¿qué serás tú? ¡So pastorazo!, que cuando te encasquetas la goina te paices a un mureco con enginas.

MARIANO.- No tenfades, Eluterio, pos mi chica tie toa la razón. Quies dátela de sabelotó y eres un cernícalo; ten cudiao y no te pases de listorro.

ELEUTERIO.- Na, está visto que el más ceporro pierde toas las veces; entoavía nadie ma dicho, aunque sea una trola, que paezco un hombre de bien con bua planta.

MARIANO.- No retocedas tan pronto, Eluterio; si tú eres mu güeno, pero es que tiés una casquera arrepetá y arremetes con to cristo en un menuto. Ten pacencia, mucha pacencia.

AGRIPINA.- Es que con esa goina tiés una cara burrico arrepentío casustas. No otante eres buen

presonaje y abajo la goina ties un cabezón repre-tao de buas cosas.

ELEUTERIO.- Na, si a la final me vais hacer lloriquear; pero inoro poqué os da tanta risera mi goina. Yo creiba que macía más lustroso y arrecogió, pos en el pueblo nadie se encasqueta mejor que yo la goina y eso, icen los entendíos, da presonalidad.

MARIANO.- Asina, Eluterio, asina; aunque te ponemos verde y te icimos perrerías, tú sabes queres un presonaje en el pueblo y en tos los que le arrodean.

ELEUTERIO.- Güeno, yasta bien; icirle a la Rosario que voy a echale a los animales. Que se quee con la Rimunda y layude pa lo que haga falta. Dista luego a tos.

MARIANO.- De aquí a luego, Eluterio; no te se olvide venir después, pos tiés una memoria...

AGRIPINA.- Pero sin goina y arreglaico, cai que valsar toa la noche sin para un menuto.

(Desaparece Eleuterio por la puerta de la izquierda).



MARIANO.- Y agora te toca a ti, jamía; el ringao de tu novio u lo que sea, ¿va a venir hoy al peditorio? ¿Tú lo ties eso aclarao? ¿no te paice un poco espantapájaros el tipejo ése?.. Habla, dime la verda.

AGRIPINA.- Pero, padre, ¿qué mestá usted iciendo agora? Cerilo es mu güeno y hace to lo que yo le pido. Lo tengo en el bote y agora no sescapa.

MARIANO.- Si hace to lo que tú quieres, no es güeno, es jili.....

AGRIPINA.- Cómo te se ocurre icirle eso, si es un santo, masque un santo es un bendito.

MARIANO.- Si ya lo digo yo, a lo mejor es el Santo Pajares. No me digas que no tie cara de espantao; además paice arretrasao y to. Tu veras, jamía; pero a mí no me paice na güeno to esto. Me está goliendo a pelo churrascao.

AGRIPINA.- To te paice mal, pero tu mas dicho siempre que macordase de aquel refrán que ice: "Dame un marío rico, manque sea burrico".

MARIANO.- Sí, jamía, sí; pero este es que paice que está ringao. Ende luego tu serás la que ties

- 74 -

que estar con él; si luego sale marrajo, tendrás que atorearlo tu solica. Tu madre y yo, nos asentaremos en la barrera, po si haiga nesecida de incarle las banderillas de fuego.

AGRIPINA.- Cerilo es güeno y hará lo que yo le diga; a más, ma dicho que haremos siempre lo que me guste a mí.

MARIANO.- Dacuerdo, ya eres mayorcica pa saber lo que haces, pero quese sacristán no ladre ni petenda cantar en esta casa, pos aquí el piano lo toco yo y naide más.

AGRIPINA.- No tapures y ya verás lo güenazo qués; me dijo un día que te querría como a su mesmo padre, y que te regalaria perros y gorrinos.

MARIANO.- Yo no nesecito na, loca mi me reconcome es si tú no lo quieres. Piénsalo mu requetebién, ques pa to la vida. Y aguantar a un simplón no es plato de güen gusto; así que no te digo na más, allá tu conciencia.

AGRIPINA.- Ten pacencia y verás que no hay poblemas, lo tengo to mu requetenpensao. Vi-

- 75 -



viremos en la casa nueva y ya será pa mí pa tos los siempres. Así que cuando te diga el padre de Cerilo que si quiero casarme, que me lo pregunte a mí; pos así es como se hace, según mandicho.

MARIANO.- Pos va cachondeo ques eso, asína que tú ties que icilo, pos no se diga más, así se hará.

AGRIPINA.- Exatamente, asína lo hacen y asína se hará. Tenemos que dir antes anca el señor cura pa examinaros; tú te queas aquí y madre que ma compañe. Dispués nos venimos tos pa quí y celebraremos la fiesta.

MARIANO.- Si tuvieras mostacho te paecerías a un sargento que tuve yo cuando era melitar. Ende luego pobre Cerilo, va ir más tieso cun ajo; ties un genio comun demonio. Asína mesmo era y es tu madre, ¡vaya tía más bien espatarrá!

AGRIPINA.- No va ser como tú, que tos te toman el poco pelaje que te quea en esa cabezota privilegiá.

MARIANO.- Jamía, no creo sea pa tanto; yo soy un hombre de bien.

Güeno como el primero y trabajaor como..... el último.

AGRIPINA.- Cierra el pico, anda, cierra ese pico que ties, y mira a ver si está preparao el "casquijo" y el "zurra". Luego venirán los correteos y los dimes y diretes.

(En ese momento, aparecen por la puerta de la derecha, Rosario y Raimunda. Vienen hablando, casi gritando).

RAIMUNDA.- Pero, hija, ties que preparate; pos Cerilo y su padre estarán dispués esperando que vayamos anca el señor cura.

ROSARIO.- Venga, Gripina, que ca día eres más mujer y cuando te cases te vas a reír de tos; vas a ser una señora ama. Y no te procupes que a Cerilo lo ties acoquinao; tú sabes llevar los pantalones bien abrochaos.

AGRIPINA.- Sí, madre, agora mesmico ma reglo, y tú también ties que arreglate; Cerilo y su padre van acudir como unos paquetes.

MARIANO.- Estarán como un chorizo con goina, pos anda quel par de borrhuchetes que forman;



y si llevan esos trapos negros paicen dos azaitunas negras.

RAIMUNDA.- Tú sí que eres un borracho; cállate y no rebuznes más. No pues estar callao ni un minuto; ties una bocaza que a toas horas está abierta de par en par.

MARIANO.- Siuoo, Rimunda, no te desboques; que a ti hay que echate la retranca. Ponte los trapos y acompaña a tu hija anca el señor cura, yo prepararé el zurra y el casquijo, tamién venirán los músicos po si querís balsar.

AGRIPINA.- Pero, padre, tú no te procupes, to se andará. Esta noche ties que beilar una jota daquí connigo y a ver si te se va la cara de mala uva que ties to el día.

ROSARIO.- No te procupes que beilaremos tos, jamía, que una cosa destas no pasa tos los días. Hasta Eluterio tie que mover sus huesos un poco ronchones que tie ya.

RAIMUNDA.- Y que lo digas, Rosario, daquí no se escapa naide que no beile una jota, una seguidilla o unas torrás. Pero, no perdamos el tiempo;

tú jamía, a lo tuyo y ascape arréglaté, yo haré lo mesmo.

MARIANO.- Vosotras aquí no hacís na, así que trotando, y tú Rosario, dile a Eluterio ve venga a doble zancá, pos tie que echame una mano.

ROSARIO.- Agora mismico voy pa casa, y no te procupes que te vas a cansar de oír sus relinchos deque salga de la cuadra paquí.

(Mientras Raimunda y Agripina desaparecen por la puerta de la derecha, Rosario lo hace por la de la izquierda).

MARIANO.- Va descanso que dejan las tías éstas, a ver si tengo suerte y el gilipuetas de Cerilo se lleva tamién a la Rimunda. No me venería mal quedame aquí solico con mis gorrinos, mi vaca, mis gallinas y mis conejos; y sobre to con mi perro. Pos vusotros no lo sabís *(dirigiéndose al público)*, pero mi perro Lucero me quíe muchísimo más que mi ama; po lo menos no habla. Es que nos podís dar una idea lo ques tener una tia marraja destas; to el día está puniendome verde. Y pa colmo, po la noche, sacude unos ronquíos que retumba hasta la paré. Pero, la otra madrugá me tenia ya hasta el



cocote con sus resoplíos y le puse uno de mis pies alao el morro; no tardó na en quearse chitón. *(Se vuelve y da una vuelta por el escenario, dirigiéndose otra vez al público)*. Me preocupa una cosa y vosotros me darís la razón cuando jipís al Cerilo “pelotero” éste. Si yo sé que mi hija va vivir mejor que naide, pero y si mis nietos se paicen al paria de Cerilo, ¿qué tengo que hacer?. El gachó tiene una jeta, una mirá; vamos que se paice a un caballo la remonta. Pero, qué vamos hacer, tantas hay que tragar; asina que Dios dirá. Yo me pegaré de cuando en cuando unos pelotazos y a vivir que son dos días, y casi to ese tiempo mi ama no deja de hablar o de roncar, Y si no, ya lo verís tos vosotros, que ya pacéis familia.

(Aparece Reinaldo por la puerta de la izquierda; viene con un pantalón de pana, una camisa blanca, una faja grande y la boina encasquetá hasta los ojos).

REINALDO.- ¿Puedo pasá, tío Mariano?

MARIANO.- ¡Hombre, si es el destornillao éste.; sí, pasa , pasa!

REINALDO.- Tíes cara pan tierno, Mariano; ¿pos qué pasa pa vete tan bien fachao?.

- 80 -

MARIANO.- Mestraña que tú no lo sepas, Rinaldo.

REINALDO.- Pos si te digo la verdá no lo sé mu a lo cierto. Paice que icen po el pueblo que Gripina va a casase con el Cerilo.

MARIANO.- Asina va ser, si no se pone remedio.

REINALDO.- ¿De verdá, Mariano?. Tengo que reíme y no creémelo; pero si Cerilo está peor que yo, aunque paezca emposible. Yo estoy esportillao, pero el Cerilo paice un grillo mareao.

MARIANO.- Lo sé, Rinaldo, lo sé; pero asina es la vida, jomío.

REINALDO.- ¡Pero si ese tío está peor que el tío Tartana!

MARIANO.- Lo sé, Rinaldo y no me pinches, so tontaina, que pueo reventar e icir cosas que no van al caso.

REINALDO.- Fijate si será tonto que cuando le compró su padre la amoto, el primer día cuando se subió en ese sillín tan blandico, icía:

- 81 -



“¡arre burra!”.

MARIANO.- Mira, Rinaldo, no escomenciés a rebuznar que te suelto un par de mandangas que tavío.

REINALDO.- Si sé que me decis no estoy elustrao, pero yo no me chupeteo el deo como ésa que está más gilipueñas que to, la prima de Cerilín.

MARIANO.- No lo llares asina, Rinaldo, que paice lo sacas de una caja de velillas.

REINALDO.- El otro día fue la risera con ella en las votaciones.

MARIANO.- ¿Pos qué pasó?

REINALDO.- Pos llegó y dijo que quería votá, que tenía 18 años y que tenía que votá.

MARIANO.- ¿Y poqué la risera?. ¿Hizo alguna tontá allí dilante de las autoridaes?. ¡Dime qué pasó, recórcholis!

REINALDO.- Como no lancontraban en esas listas, le dijeron que mirara en las de la puerta de entrá. Y ella les contestó que no podía estar en

- 82 -

las listas, tendría que estar en las tontas y que po eso no la encontraban. ¿Qué te paice la moza?.

MARIANO.- ¡Qué burra!. Con lo elustráo y bien plantá que es mi familia y agora me van andosar ca chivo que esto va paecer la dula.

REINALDO.- Bueno, Mariano, ¿po que no nos pegamos un pelotazo agora que estamos tan solidos?. Venga, no seas roñica y saca la bota.

MARIANO.- Bueno, Rinaldo, pero una na más. *(Le da la bota).*

REINALDO.- *(Se echa un buen trago y hace un gesto de agrado).* Está riquismo; pero, oye, ¿tú sabes si las burricas entienden?.

MARIANO.- Pero, ¿qué ices?. ¡Tú estás pirao, macho!. *(Se ríe).*

REINALDO.- No te des la risera, Mariano, que yo tengo una borrucha que mentiendo to y me restrega sus morros en los míos como si fuera mi madre. Paice una persona y relincha mejor que las tías ésas de la arradio.

MARIANO.- Tú sí que relinchas, burrico, ¡pero qué poco elustrao que eres!; pero, ¿cómo va a entender una borrucha?. ¿Estás majara?.

- 83 -



REINALDO.- Tos me dicís lo mesmo; mira, el otro día descutí con Luterio, pos me dijo una cosa que me sentó mu mal.

MARIANO.- ¿Qué te dijo el elustrao ese tamen?. ¡Casi na el hermano!. ¿qué pue icirte?.

REINALDO.- Pos me dijo que me paecía a las vacas del Tío Clarete, que en lugar de dar leche, daban lástima.

MARIANO.- ¡Ja, ja, ja!. ¿Te dijo eso y no le daste un par de coces?.

REINALDO.- No dio tiempo, pos di un rebuzno tan grande que salió al trote y entoavía no ha volvío.

MARIANO.- Güeno, güeno, Rinaldo; espera un poquico que agora mesmico güelvo *(Sale de la escena)*.

REINALDO.- *(Al quedarse solo, va de un lado a otro de la escena y se dirige al público diciendo:)* ¡Ustés creen que doy lástima como esas vacas!. Aquí en el pueblo tos me icen que soy el tonto, ¿y saben po qué?, pos na más po icir a to el mundo la verdá. Yo no sé que me pasa que de tó me entero y

— 84 —

como no pueo callá to lo casco. Pos saben lo que les digo, que me río de tos y nadie en el pueblo rebuzna tres veces seguías como yo. Aquí tos me llaman el tonto, el tonto del lugar, pero tos trabajan pa comer y yo como sin trabajar. ¿Qué les paice el tonto?. *(En ese momento vuelve Mariano a escena)*.

MARIANO.- Oye, Rinaldo, márchate agora, pos está llegando Eluterio y no quieo tomate en mi casa hoy.

REINALDO.- Me voy po que tú lo ices, pos si no le parto los morros y le piso el gaznate en un santiamén.

MARIANO.- Gracias, Rinaldo, gracias; déjame agora, ya hablaremos.

REINALDO.- Ya golveré otro día, Mariano, ya golveré. *(Sale)*.

(Mariano se sienta y queda pensativo unos segundos; al poco aparece Eleuterio. Viene cambiado, ya que trae pantalones nuevos y camisa, un faja y, como siempre la boina encasquetada hasta los ojos).

ELEUTERIO.- ¿Qué te paice, Mariano?. ¿A que paezco uno desos que salen en las penículas?.

— 85 —



Ma dicho mi ama que si maciera una afoto con mi vaca, lacía un marco y la punfa arriba el camastro pa que tuviese envidia la borrucha.

MARIANO.- Ende luego ques verdá, Eluterio, paices una morcilla casera con besamel. ¿Tú tas visto asina de pronto?. Si taces una retrataura de-sas y la mandas al pediorico, taces más famoso que Jamito

ELEUTERIO.- Lo que más mejor me sienta es la goina nueva; chico yo no sé que tendrá pero to el mundo se para pa veme, y tos aonde más se fijan es en la goina dichosa, ¿qué tendrá?.

MARIANO.- Tace una cara de perro cabreao mu grande, y luego con esa fermosura que Dios te ha dao, llamas latención aonde vayas.

ELEUTERIO.- Gracias, Mariano, tú es que me ves con ojos buenos. Bueno tú dirás po aonde empeciamos, que si no a luego vienen las amas y nos ponen más coloraos que los anapoles.

MARIANO.- Tú, tranquilo, entoavía no san ido mi ama y mi hija; na más salgan, nos tomamos unos lingotazos de vino pa ponenos en marcha.

Dispués nos asentamos y ya venirá la Rosa a ponelo to. ¿Te paice bien el pograma que te dicho?.

ELEUTERIO.- ¿Va a venir aquí el ama del Bastonero a ayudanos?.

MARIANO.- Pos claro que sí, no me dirás que no te va gustar vela; está mejor prepará que tu vaca, ¿a qué sí?.

ELEUTERIO.- Ende luego, pos tie unos molletes la tía; y de "endumentaria", no me digas. *(Hace gestos significativos).*

MARIANO.- Cudiao, Eluterio, cudiao; quen seguida vas palante.No tese ocurra ni rebuznar, en mi casa no quiero tontunas. A más, Rosa es mu buena mujer; lo otro era po decite algo de juerga.

ELEUTERIO.- No te procupes, yo con vela ma-paño; es mu amiga mía.

MARIANO.- Asina es mejor; oye, man dicho un refrán mu gracioso.

ELEUTERIO.- Avelo, avelo, dímelo; pueque sea más antiguo que la pana ó más pasao que tú.



MARIANO.- Dice: "Quién bebe vino y no paga, cobra". ¿Qué te paice a ti, a que tié chispa?.

ELEUTERIO.- Es mu güeno; pos escucha éste tú agora: "Si comes tocino y bebes vino, devino". ¿A que ta gustao?. (Ambos ríen con ganas ocurriencias).

(Por la puerta de la derecha, aparecen Raimunda y Agripina, ambas muy arregladas, con trajes de la región y de la época).

RAIMUNDA.- ¿De qué os reís, par de tunantes?. ¿No estaréis ya más mamaos que una cabra?. Vusotros es que las gastáis asina.

ELEUTERIO.- Qué mal pensás sois toas las mujeres, decíamos refranes y nos daba risera; ya te creibas otra cosa, Rimunda.

RAIMUNDA.- Míaque no me fio de vusotros; al cabo el día hacís tantas patochás, que hay que estar mu ciecao pa no velas. Desemulais mu bien y sois peor que los cobetes de feria, ¡si lo sabré yo!.

AGRIPINA.- Emprecipiar a preparar to y no os engromeis, nusotras vamos a casa del señor cura;

- 88 -

pero quitate la goina, Eluterio, que paice que vas enganchao a ella.

ELEUTERIO.- Es que si me la quito paice que ma falta algo. Si no fuera por mi ama no me la quitaría ni pa dormir (*mira al público*).

MARIANO.- Pudís iros mu tranquilas, nusotros dejaremos to a punto; así que, ¡ale, ale!.

RAIMUNDA.- Ya vamos, la Rosa sencargará de poner adentro toas las cosas; asina que vusotros no escomencéis a meteros a metijosos y intrepitis to al revés. A ver si luego tengo que atizaros con algo al molondro.

AGRIPINA.- Vamos, madre, que se nos hace mu tarde.

(Ambas salen por la puerta de la izquierda).

MARIANO.- Eluterio, ¿tú no has ensoñado nunca con un avechucho?.

ELEUTERIO.- No sé ques eso, pero sí ensueño con mi ama; ella apaice siempre vestía de militar, con un mostacho y con una escoba dandome en el trasero. Me pasa mu amenudo. Y tú ¿ensueñas con un avechucho desos?.

- 89 -



MARIANO.- Veo una jaula y un bicho raro adentro que no me deja hablar en to el día; digo yo si será mi ama que no la pueo olvidar ni en sueños.

ELEUTERIO.- Pueque, pueque; a lo mejor no te enquivocas.

(En ese momento, por la puerta de la izquierda, aparece Rosa; buena moza y vestida con ropa de faena).

ROSA.- ¡Buas noches, vecinos!.

MARIANO.- ¡Buas noches, vecina!.

ELEUTERIO.- ¡Buas noches, mujer!.

ROSA.- Ya ma dicho la Rimunda lo que tengo que preparar; bien contentas van las dos pan cal cura. Pos Cerilo también me lo encontrao mu majo, con su padre, que paecía un grillo vestío de negro.

ELEUTERIO.- ¿Cerilo o su padre?; pos a ver si paecían dos.

MARIANO.- No seas licenciau, Eluterio, y no hables mal del que drentro de na va a ser mi hijo pulítico. Que se paizca a un grillo me paice mucho.

ELEUTERIO.- Perdona, Mariano, pos a una cucaracha, ¿te paice asina mejor?.

MARIANO.- ¡Eres un animalucho, Eluterio!, vale ya. Amos, asiéntate que amos a echar una gota y después emprecipiamos a trabajar.

ROSA.- ¡Vusotros a trabajar, si no habís trabajao en la vía; menuos dilicuentes sois los dos!.;Dios los cría y ellos se arrejuntan!. *(Dice mirando al público).*

ELEUTERIO.- Cudiao, Rosa, mucho cudiao, lo que pasa es que nusotros dicimos lo que Rinaldo, el tonto el pueblo. Ya sabes que ice: “Me icen el tonto, el tonto del lugar; tos comen trabajando y yo como sin trabajar”. ¿Te ha paecio güeno?.

ROSA.- Ende luego que sí; es que vaya tres patas pa un banco que hacís tos juntos. Paecéis una piezas de museo.

MARIANO.- Pero, Rosa, paices mu elustrá. ¿Qué quiere icir eso?.

ROSA.- Pos que vivís sin dar ni golpe, desimulais to y desagerais lo que os da la real gana, puniendo a to el que se ponga adelante como un



trapo viejo. Eso es ser dilicuentes o tamién lo que yo digo, ser dotores en marrullerías.

ELEUTERIO.- Eso es tener sapiencia, Rosa; tú si que no tiés un pelo tonta. Sabes aonde hay güena maera; sí, sí, no desimules.

ROSA.- Sioo, Eluterio; sajatrás. Que te conozgo, remelón; tú ties cara de Semana Santa y hechos de Carnaval. ¡Rigular el hermano, rigular!

MARIANO.- Eluterio, no enprencipicies,; que paices un pedricaor. Deja la casquera, pos tú eres un maniantal de quiquiricosas; no seas metijosi-llo y a luego estés repiso de meter la gaita o la pateja aonde no te llaman.

ELEUTERIO.- Lo que pasa es que tos me tenís enquina u envidia, sí; aonde apaezco nadie ma quita ojo. Como icia mi santa madre, que en la gloria esté: "Eluterio, tu caraiter güeno, te enchorrilará aonde tu quieras; te lo ice tu madre".

ROSA.- Tú estás belilota perdío, pos si a ti asca-pe que te vean tien que desemular paque no les entre risera; y más con esa goina que ten casque-tas. Paice tu cabeza el final del cufo de una barra de embutio.

- 92 -

ELEUTERIO.- Cudiao Rosa, que aunque seas el ama de Donisio te voy a tener que icir unas cuantas cosicas.....

MARIANO.- (*Lo corta rápidamente*). Asientate, Eluterio, ya está bien; y tú, Rosa, deja de icir tontás y pásate adentro. ¡Amos, amos, no discutáis agora, rejolines!

ROSA.- Ende luego, poque el cara arroinao este mes ta puniendo a punto carambelo, y como em-precipie a icir cosas, después no me para naide. Asina que me voy pa drentro.

(*Y acto seguido, Rosa, desaparece de escena por la puerta de la derecha*).

ELEUTERIO.- No tas dao cuenta de lo que ice la tía cencerro ésta; pos probe Donisio si tie que aguantala, paice una sanijuela.

MARIANO.- Eres un encauto, Eluterio; enan-tes has emprecipiao a icir tontás y dimpués terminas cabreao como una chota. Te dicho muchísimas veces que cuanti más hablas más jelpollices ices, así que tapa la boca que tiés, y chitón.

- 93 -



ELEUTERIO.- Lo qui pasa es lo qui pasa, que no se pue hablar con tías destas empretinentes, pues de toas maneras lo esfaratan to.

(Por la puerta de la izquierda aparece Dionisio, vestido con pantalón de pana, una blusa y una boina casi encasquetá. Trae consigo una vara larga, es un bastón; pues es el "bastonero" del pueblo).

DIONISIO.- ¿Se pue pasar adentro?.

MARIANO.- Ende luego decís cosas que tien que hacer risera; pedís premiso pa entrar cuandi ya estáis en el morro duno. Pasa, Donisio, pasa; manque ya estás adentro. No te quees ahí plantaico como una estauta, hombre, que estás entre amigos.

ELEUTERIO.- Pasa, Donisio y asiéntate onde pueas que ende luego dimpués no te vas asentar hasta las mil y gallo. ¡Tómate una goteja y descansa!.

DIONISIO.- No us preocupís, luego si me canso pongo el bastón en el suelo y me asobino en él, rigular si no hiciera asina.

MARIANO.- *(Saca la bota, bebe y después se la pasa a Dionisio).* Toma, pégate un lingotazo

y coge fuerzas, el arcol es lo mejor; y si no, mira lo que te dan cuando taces una hería.

ELEUTERIO.- Güeno, Donisio, tu tencargas de la puerta; aquí adentro no pasa naide más que los novios, los padrinos, los padres y nusotros.

MARIANO.- Exato, y tú Eluterio, te encargas de que no falte de ná; hay que defrutar esta noche. Ten cudiao no vayas a escomenzar a hacer barbaridades, que tú cuando tengromas, eres peor que un enfarto.

DIONISIO.- Mariano, estrúyeme de lo que tengo que hacer exatamente. Si semperra en pasar al gún galafate o dilicuenta, lo güelvo dun trompazo u lo agarro de la sobaquera, ¿no?.

MARIANO.- No coroque haiga nesecidá, pero si tiés poblemas, das un estosío y Eluterio y yo te ayudaremos po allí. Que nadie haga alguna fichuria, que me engaravito sobre su cocote y lo acoquino.

ELEUTERIO.- Manque no se crea, siempre hay quien se enquivoca y semperra en pasar. Desos molondros ya no quean muchos, pero como icía mi agüela, siempre sale alguna cabra coja.



DIONISIO.- Vosotros estar tranquilos, que si hay nescedá de usar esto (*agarrando fuerte el bastón y elevándolo*), no teneré miramiento. Yo soy mu güeno, pero como ladren mucho, escomienzo a zurrar y me queo más solo que la una.

MARIANO.- Donisio, no te se suba la polvori-lla, ya sabes como es la joventú de agora; ten pacencia, mucha pacencia. Tú te clavas en la puerta bien espatarrao y nadie satreverá a asomarse. Y si es así, das un bastonazo en el suelo y tos gi-ñaos, ¿vale?..

(En ese momento, aparece Rosa por la puerta de la derecha y se dirige a su marido).

ROSA.- Donisio, guapetón mío; tas ponío mu elegante. La goina te las encasquetao mucho, te vas a paecer al molondro este de Eluterio.

ELEUTERIO.- Será imposible, ya está esta tía metiéndose con el probe Eluterio. Donisio, díle a tu ama que deje de maullar o no rispondo; pos antes de venir tú ya ma ponío verde y ma dicho to lo que la dao la real gana.

— 96 —

DIONISIO.- No emprenciemos ya, Eluterio; mi ama ensulta, pero tu paice que tamien ties la lengua mu suelta. Así que a callar tos, que hay hay que defrutar y no digais más patochás.

MARIANO.- Me vais a cabrear a mí tamien si seguís asina. Tú Donisio te vas a la puerta; tú, Rosa allí drentro y Eluterio y yo aquí de pie derecho. Van a venir y vamos a estar sobandonos; ca uno a su lao.

ELEUTERIO.- Pos sí, Mariano, ya lo ice el re-frán: “Ca uno con su ca una”. ¡Ale, arreando!.

(Dionisio sale por la puerta de la izquierda y Rosa por la de la derecha. Mariano se sienta en la banca y Eleuterio se coloca en la parte de la derecha del escenario, y se dirige al público....)

ELEUTERIO.- Sabran dao ustes cuenta de que no hay una güena, a toas les pasa lo mesmo; tien caras de santicas, pero luego, ¡mecaguen!.

Empecipician iciendo que nos quién mucho, pero después escomienzan con la matraca y te llevan más tieso que un ajo.

MARIANO.- Eleuterio, ¿qués tas haciendo ahí deseparao?.

— 97 —



ELEUTERIO.- Na, que estaba pensando lo marrajas que son toas las tías, empecipian obedeciendo y terminan mandando. Pero, ¡qué listas son!. ¡Saben más que los gatos coloraos!.

MARIANO.- No digas eso, Eluterio; tú sabes que llevan muchísima razón. Nusotros semos peores quellas, pos nos casamos o arrejuntamos y queremos hacer to lo que nos gusta y ellas en la casa solicas to el día.

Cuando apaecemos por la anochea venimos empinaos o cabreaos, y eso no es asina. De novietes to son lunares, después de casaos ya son berrugas. ¡Qué malicos semos, Eluterio!

ELEUTERIO.- ¿No te paice que tes tas pasando un poquico, Mariano?. A ver si resulta agora quellas son las güenas y nusotros los malos.

(En ese momento se oye la música de una jota manchega).

MARIANO.- Ahí los tenemos ya, Eluterio; ¿noti arrecuerda ná?.

ELEUTERIO.- Sí, me arrecuerda el día que perdí pa siempre mis pantalones.

(Aparecen por la puerta de la izquierda, Raimunda, Agripina y Salustiana, en primer lugar. Después, pasan Cirilo y su padre. Todos muy arreglados de ropa).

RAIMUNDA.- Ya estamos aquí, Mariano, los envitao y los músicos san quedao en el portal y en el patio. Nusotros estaremos aquí un rato y después salimos.

MARIANO.- ¡Buas noches, Salustiana!, tú tan guapetona como siempre. *(Saludó Mariano, levantándose).*

SALUSTIANA.- ¡Buas noches, Mariano!, y tú tan atento.

MARIANO.- ¡Buas noches, Celipe!; perdona que no haya ido, pos no ando mu bien de los remos y me quedao esperando aquí.

FELIPE.- No te procupes, Mariano, ya mo lo ha dicho Rimunda.

MARIANO.- Y tú, Cerilo, ¡venga un abrazo!

CIRILO.- Pos claro que sí. *(Se abrazan los dos fuertemente).*



ELEUTERIO.- ¡Bueas noches a tos, y que sea pa bien!

TODOS.- ¡Bueas noches!

RAIMUNDA.- Gueno, no sus quedís asina, asentarse.

(Se sientan todos, Felipe y Mariano en la banca; el resto lo hacen en las sillas que hay).

FELIPE.- *(Se levanta y dice:)* Gueno, aquí estamos arreuníos poque paice que los chicos se quieren, así al menos lo ha icío el mío. ¿Qué ices tú a eso? *(le pregunta a la novia).*

(Agridina se queda mirando a todos y contesta después...).

AGRIPINA.- ¡Ea, que es cierto!

(En ese momento, todos aplauden).

FELIPE.- ¡Pos que se den la mano!

TODOS.- ¡Que se la den, que se la den!

(Agridina y Cirilo, se levantan y tímidamente se dan la mano; se quedan mirándose, volviéndose a sentar ambos).

MARIANO.- Eluterio, envitanos a tos y dile a los músicos que pasen aquí a tocar una jota de nuestra tierra.

ELEUTERIO.- ¡Ya mesmo, Mariano!

(Mientras Eleuterio sale a buscar a los músicos, aparece Rosa con una bandeja de cacahuets, garbanzos, etc).

ROSA.- ¡Bueas noches a tos y que sea pa bien!

RAIMUNDA.- Tomar algo y bebamos por la felicidad de los novios.

(Coloca unos vasos y echa en ellos zurra. Después, todos levantan sus vasos).

MARIANO.- ¡Pa que toa la vía seáis mu felices!

FELIPE.- ¡Y pa que no olvidis nunca este día!

(Todos levantan sus vasos y brindan por ellos; luego se sientan, y dice Raimunda...).

RAIMUNDA.- Agora después que pasen los músicos.

SALUSTIANA.- Ende luego es una güena idea, que toquen una jota daquí y ya verís como nos



ánimamos. Mariano, esta noche tenemos que beilar una jota a nuestro estilo. Celipe que beile con Rimunda y tú conmigo. Les vamos a demostrar a tos éstos lo que es beilar una jota manchega.

MARIANO.- Ende luego, amque dispués me tengáis que llevar en brazos; yo he sio capaz de beilar toa una noche entera.

CIRILO.- No se preocupe ustedé, nusotros le animaremos.

AGRIPINA.- Si, padre, nusotros te echaremos una mano.

RAIMUNDA.- Salimos con los envitaios y luego golvemos, así dejamos a los novios que hablen aquí solicos.

SALUSTIANA.- Me paice güena idea, así cumplimos con los envitaios

(Desaparecen todos por la puerta de la izquierda, menos Agripina y Cirilo que se quedan en escena).

AGRIPINA.- Güeno, Cerilo, ya semos casi matrimonio; si te paice nos quedamos aquí o nos salimos al patio con tos.

CIRILO.- Lo que tú digas, Gripina, a mí lo que más me gusta es estar a tu lao; asina que tú verás qué hacemos.

AGRIPINA.- ¿Es verdá que me quiés mucho, Cerilo?.

CIRILO.- Pos.... *(baja la cabeza, traga saliva y dice...)*, tú sabes que sí; no sé que mocurre, pero cuando estoy contigo mentra una temblaera que me deja medio ringao.

AGRIPINA.- Pos eso es que me quiés, a mi me pasa igual. Pero vusotros los hombres sois como las veletas; cambiáis a toas horas.

CIRILO.- No te preocupes, lo mio es duraero.

AGRIPINA.- Asina tie que ser, yo procuraré que seas feliz; a mi no me gusta mandar, tú serás siempre el amo de la casa.

CIRILO.- A mi eso no mimporta, mi padre hace en mi casa to lo que ice mi madre, y está contento; asina que no me ocupa eso.

AGRIPINA.- Pos aquí el que mandará serás tú, amque yo tiré iciendo to lo que ties que hacer; asina es mejor pa los dos.



CIRILO.- Lo que tu digas, Gripina.

AGRIPINA.- Te das cuenta lo requetebien que nos vamos antender; que güeno cuando los matrimonios son asina. ¿Qué te paice?.

CIRILO.- Lo que tu digas, Gripina.

AGRIPINA.- Tú llevas los pantalones fuera de casa y yo mando en la casa. ¿Te paice bien lo que te digo?.

CIRILO.- Lo que tu digas, Gripina; tu sabes que no me gusta salir de casa, en ella estaré ricamente.

AGRIPINA.- Mejor, asina estás siempre a mi lao.

(Vuelven a escena Raimunda, Salustiana, Felipe y Mariano)

SALUSTIANA.- ¿Cómo estáis, hijos?.

AGRIPINA.- Mu bien, agora mesmo salimos con los envitao.

FELIPE.- No, esperar un minuto, pos los músicos quien dedicaros una jota a vusotros solicos.

RAIMUNDA.- Icen que quieren pasar pa estar solos con vusotros y la dedican pa que sea to pa bien.

CIRILO.- Pos aquí estamos a su desposición.

(Pasan a escena los músicos y se quedan en la parte de la derecha del escenario; los demás se sientan). (Tocan una jota manchega y al final aplauden todos la actuación).

MARIANO.- Mu bien, muchachos; me se ponen los pelos de punta con una cosa destas.; me arrecuerda mucho.

FELIPE.- Lo habís hecho mu requetebien, ya que una jotica de esta tierra anima a to el mundo.

(Los componentes de la orquesta salen por la puerta de la izquierda; los demás se quedan de pie).

RAIMUNDA.- Güeno, pos vamonos tos a beilar..

SALUSTIANA.- Sí, vamos tos , venga Mariano, prepárate; y tú, Celipe, tamién.

MARIANO.- Saliros tos al patio, agora voy yo; tengo que icile a Eluterio lo que tie cacer.



(Salen todos, menos Mariano; éste va hacia la puerta de la derecha y llama a Eleuterio).

MARIANO.- ¡Eluterio, Eluterio!

(Desde dentro, se oye a éste decir.....).

ELEUTERIO.- ¡Voy ya mesmo, Mariano!

(Enseguida aparece en escena Eleuterio).

ELEUTERIO.- ¿Pasa algo, Mariano?

MARIANO.- Eluterio, que no falte de na ahí fuera, ten cudiao de que haiga vino y casquijo pa to el mundo.

ELEUTERIO.- No te procupes, que to va a salir reondo.

(Desaparece Eleuterio por la puerta de la derecha. Mariano va a salir de la escena, pero al llegar a la puerta de la izquierda, se vuelve al público y dice...)

MARIANO.- Güeno, amigos, esta farsa ha teminao en peditorio; de agora en adelante inoro lo que va pasar. Mi chica se va casar con el Cerilo, no sé si poque lo quie o poque busca sus perras, pos ya ven el mirlo que se lleva; allá ella, yo le ha dao unos consejos. Hay gente que busca a la

— 106 —

persona que nescita y no mira si tié o no tela marinera. En cambio, otros quién por querer y les da lo mismo treinta que ochenta.

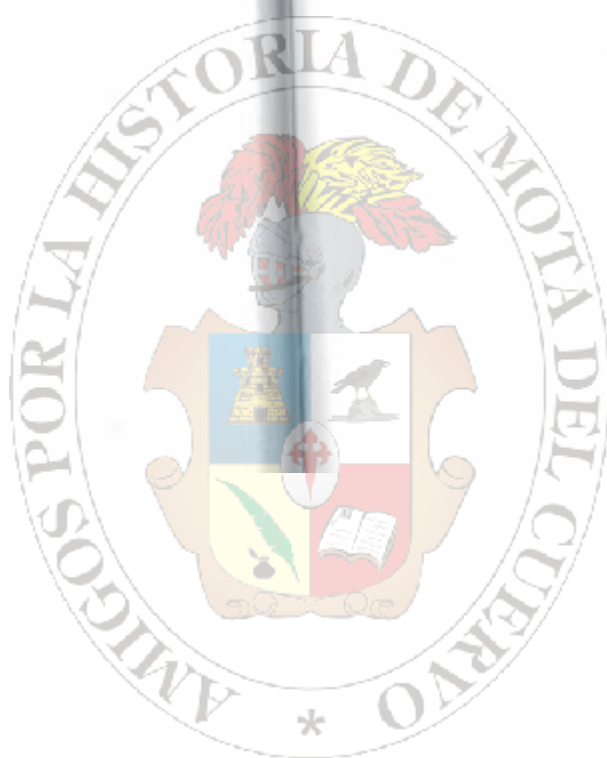
Tamién hay otros que entoavía hacen güeno aquel refrán de: “Si quiés hacer güen apaño, busca güen paño”. Yo no quiero iciros lo que vusotros tenis cacer, pos yo por buscar el apaño, ¡apaño estoy!. ¡Ah, se me olviaba iciros mi último consejo; no lo olvidís nunca: “¡Quién tie padrinos se casa, y si no, se abrasa!... ¡Que sea pa bien, amigos!

(Cae lentamente el telón).

— 107 —



*“LOS PADRES
TAMBIÉN PECAN”*



OBRA EN TRES ACTOS

PRIMER ACTO.-

Estancia elegantemente amueblada, butacones, tresillo y varias sillas tapizadas; todo colocado con gusto y distinción. Refleja la casa de un pueblo de señores bien acomodados.

SEGUNDO ACTO.-

Habitación bien amueblada, una mesa, un sillón tapizado y sillas. Se ven algunos periódicos y revistas; para Ángel y Luisa, libros. Sobre la mesa, una bandeja con una jarra de agua y un vaso.

TERCER ACTO.-

Se utilizará el mismo decorado que en el primer acto.

E P O C A.- Actual.

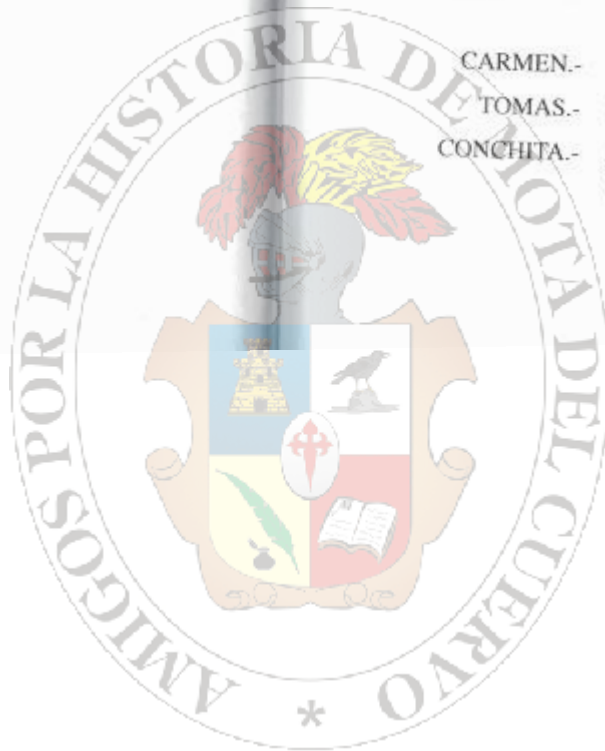
T R A J E S.- De nuestro tiempo.

LUGAR DONDE SE DESARROLLA.- Madrid o un pueblo cualquiera de España.

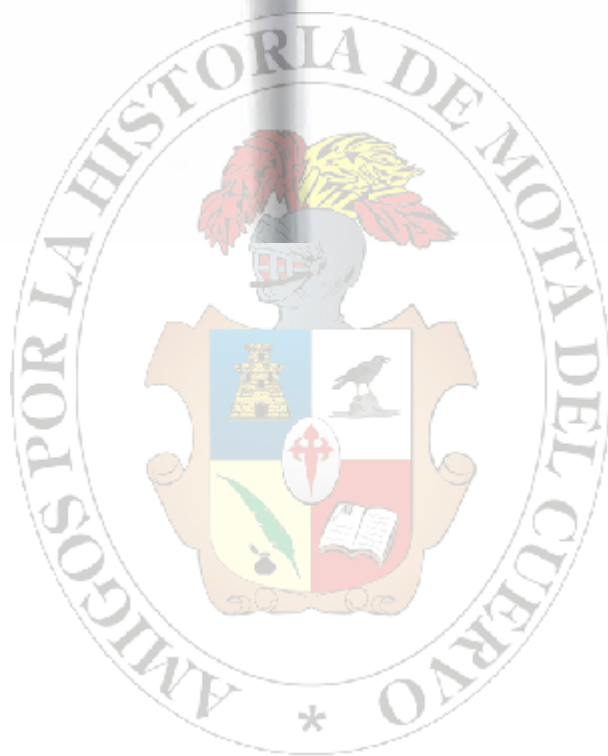


PERSONAJES

- DOÑA ISABEL.- Esposa de Don Carmelo.
DOÑA MATILDE.- Esposa de Don Juan.
DON CARMELO.- Rico hacendado.
DON JUAN .- Potentado industrial.
LUISA.- Joven de 20 años. Hija de Doña Isabel y Don Carmelo.
ANGEL.- Joven de 25 años. Hijo de Doña Isabel y Don Carmelo.
RAMIRO.- Joven de 25 años. Hijo de Doña Matilde y Don Juan.
ANTONIO.- Joven de 24 años. Hijo de Tomás y Carmen.
CARMEN.- Esposa de Tomás.
TOMAS.- El criado.
CONCHITA.- Joven de 23 años. (La criada).



PRIMER ACTO



Al correrse el telón aparecen en escena dos señores de unos cuarenta y cinco años, aproximadamente, visten con elegancia, ambos se encuentran sentados en sus respectivos butacones.

D. Juan.- Me alegra te sientas un padre feliz, Carmelo.

D. Carmelo.- Así es, mi querido amigo; soy un padre dichoso al tener un hijo y una hija que enaltecen nuestro nombre.

D. Juan.- Yo, en cambio, me siento fracasado, mi hijo no puede ingresar en Caminos y sé que estudia de verdad; esperaremos este año a ver si lo pudiera conseguir.

D. Carmelo.- ¡Lo conseguirá!, Ramiro es un gran chico.

D. Juan.- ¡Dios te oiga, Carmelo!.

D. Carmelo.- Lo único que me desespera es ver a Antonio triunfar, es un chico que lo tengo atravesado. Se ha creído desde siempre superior a tu hijo y al mío; y no sabe que su padre es mi criado.



D. Juan.- Estos niños así se creen semidioses y no se dan cuenta de que proceden de familias pobres, de gente que han estado sirviendo toda su vida.

D. Carmelo.- Aparte de que le he estado ayudando en sus estudios, y ahora quiere dejar a mi hijo a un lado. Y por si fuera poco, ni siquiera desea salir con él; de esto me he enterado por mi propio hijo.

D. Juan.- A mí me alegra, y a ti debería ocurrirte igual, que esto ocurra de su parte; así nuestros hijos no se rozarán con el de un criado.

D. Carmelo.- Desde luego que me alegro, pero es un desprecio que no debía hacer él, ya que debería estar subordinado a mi hijo, a su servicio.

D. Juan.- ¿ No te parece que no vale la pena seguir hablando de esto?.

D. Carmelo.- Sí, llevas razón, Juan; hablemos de nuestros queridos hijos.

(Hay una pequeña pausa).

D. Juan.- Ramiro me preocupa, estudia demasiado y esta última vez que he estado con él lo he en-

contrado paliducho; me dijo que tenía miedo de que lo suspendiesen, es la última convocatoria.

D. Carmelo.- No debes preocuparte, a la tercera va la vencida; estoy seguro que esta vez Ramiro ingresará.

D. Juan.- Dichoso tú que tienes a Luisa en 1º de Filosofía y a Ángel en cuarto de Medicina; lo que les queda ya es coser y cantar.

D. Carmelo.- Así es, pero me está costando una fortuna; no les privo de nada porque confío en ellos y especialmente porque todos los años terminan brillantemente el curso.

D. Juan.- Tampoco privo de nada a Ramiro y en cambio pasan los años y todo sigue igual; este chico tiene mala suerte.

D. Carmelo.- No seas tan pesimista y confía en él; ya verás como un día lograrás ser el padre de un gran ingeniero.

D. Juan.- Esa es mi mayor ilusión.

D. Carmelo.- Los hijos de familias tan ilustres como las nuestras siempre triunfan porque tie-



nen más facilidades; mi idea es que acaparen títulos elevados, luego que hagan lo que mejor les parezca, después de todo ellos no necesitan esos títulos para comer.

D. Juan.- Pensamos paralelamente, aunque me costase toda mi fortuna, mi hijo tendrá un título de Ingeniero o Licenciado.

D. Carmelo.- Nuestros apellidos deben seguir escalando puestos en la sociedad y después que puedan casarse nuestros hijos con personas dignas de su rango y categoría.

(Se oyen pasos que se acercan).

(Desde la puerta, Tomás, el criado, pregunta...).

Tomás.- ¿Da su permiso, Don Carmelo?

D. Carmelo.- Pasa, pasa, Tomás, ¿ocurre algo?

Tomás.- Nada, Don Carmelo, sólo quería darle una buena noticia.

D. Carmelo.- Vamos a ver de que se trata.

Tomás.- ¡De mi hijo, Don Carmelo! *(Se veía una gran alegría reflejada en su rostro).*

D. Carmelo.- ¿Qué es ello?

Tomás.- Me comunica que se lo llevan al extranjero, como es el último año de su carrera; me ruega se lo dijese a usted.

D. Carmelo.- Si es que quieres que te adelante algún dinero al decirme esta noticia, pierdes el tiempo; ya estoy cansado de adelantarte todos los meses tu paga. Le dices a tu hijo que busque el dinero por otro sitio, y si no puede estudiar que se ponga a trabajar, pues ya tiene edad suficiente para poder hacerlo.

Tomás.- Perdone le diga que se equivoca el señor, no vengo a pedirle que me adelante mi paga; sólo lo he hecho porque mi Antonio sabe que usted se alegrará al saberlo. No necesita dinero, ya que el Estado le paga todos los gastos, y si lo necesitase lo buscaría yo por cualquier sitio sin necesidad de que mi hijo trabaje, soy su padre y me creo en la obligación de sacrificarme por él. Así que, Don Carmelo, no crea que se lo digo por eso. ¿Desea usted alguna cosa de mí?

D. Carmelo.- No, puedes retirarte. *(Dice indignado).*



(Tomás sale de escena rápidamente).

D. Juan.- Consientes demasiadas libertades a Tomás.

D. Carmelo.- ¡Habrás visto desfachatez!. Cualquiera día me voy a cansar de una vez y lo voy a poner de patitas en la calle. Naturalmente que todo esto emana de Antonio, seguramente le habrá dicho que me lo comunicase porque sabe muy bien que me alegraría infinito que fracasase. De esta forma me hace rabiar al ver que el Estado le apoya y no se ve en la necesidad de suplirme que adelante la paga a su padre. Sé que lo ha hecho con la intención de herirme, pero ya le devolveré yo a él esta jugada.

D. Juan.- Para que veas como está el mundo, Carmelo.

D. Carmelo.- Voy a llamar después a Tomás para hacerle unas advertencias. De ahora en adelante me voy a comportar indignamente, a su manera. Ya verás tú si van a aprender a guardar la distancia, ¡pues estaría bueno!

D. Juan.- No estaría por demás hacerlo, Carmelo. Bueno, tengo que marcharme, mis negocios

— 122 —

me reclaman. Cuando lo desees puedes ir por la fábrica, si sales ahora puedes hacerlo *(Dice levantándose)*.

D. Carmelo.- Si saliese a dar una vuelta, me acercaría, Juan. ¿Cuándo piensas ir otra vez por Madrid?

D. Juan.- Iré, quizá, antes de que Ramiro empiece a examinarse. Si te apetece, iremos juntos.

D. Carmelo.- De acuerdo, te acompañaré.

D. Juan.- Como quieras y cuando quieras. Saluda a Isabel en mi nombre. ¡Hasta después, Carmelo!

D. Carmelo.- ¡Gracias!. Recuerdos a Matilde. ¡Adiós, Juan!

(Don Juan abandona la escena quedando solo D. Carmelo, el cual pasea de un lado a otro, en un tono pensativo; al final se detiene, se vuelve y va hacia la puerta lateral).

D. Carmelo.- ¡Tomás, Tomás!. *(Llama casi a gritos)*.

(Pasados unos segundos, se oye la voz del criado).

— 123 —



Tomás.- ¡ Al momento, señor!. *(Aparece entonces por la puerta).*

(Don Carmelo reanuda sus paseos; al volverse, observa que Tomás está en la puerta).

D. Carmelo.- Pasa, Tomás; quiero hablar contigo.

Tomás.- Usted dirá, Don Carmelo.

(Tomás permanece en un lateral, en una posición casi rígida; Don Carmelo continúa paseando de un lado a otro de la escena. Al fin se detiene, se sienta en uno de los butacones y parece que se decide a hablar).

D. Carmelo.- ¿Quieres mucho a Antonio?

Tomás.- Naturalmente, señor; es toda mi ilusión en la vida.

D. Carmelo.- ¿Te supone un gran sacrificio los estudios de tu hijo?

Tomás.- Usted bien lo sabe, me privo de todo para que pueda estudiar y llegue a ser un hombre sin privaciones, no como sus padres.

D. Carmelo.- ¿Creéis que él os lo agradece?

Tomás.- Estoy seguro de ello, su mayor preocupación es saber que su madre y yo vivimos sacrificándonos por él.

D. Carmelo.- ¿No crees que si es un hombre de verdad debería darse cuenta de que para que él pueda ser algo, tienen sus padres que vivir en la miseria?

Tomás.- Sabe demasiado bien lo que hacemos y más de una vez ha intentado convencernos para dejar los estudios y ponerse a trabajar. Sufre mucho sabiendo que carecemos de cosas esenciales pero nosotros lo hacemos con todo el gusto del mundo viendo que nuestro querido hijo destaca en su carrera. Además, no vivimos en la miseria; estamos en su casa y aquí no existe nada de eso.

D. Carmelo.- Precisamente era eso lo que deseaba oírte, que no vivís en la miseria gracias a mí. Así que debías darte cuenta de que me debéis que vuestro hijo estudie y que os tenga a vosotros a mi servicio.

Tomás.- Desde siempre se lo hemos agradecido, Don Carmelo. Tanto mi hijo como mi esposa y



yo, les apreciamos de corazón y les servimos con obediencia y gusto.

D. Carmelo.- Eso no es verdad, un ejemplo lo tenemos hace escasos minutos ante Don Juan, ¡me has ofendido!. Otro ejemplo lo tienes en tu hijo, puedes preguntarle por qué no acompaña a mi hijo, a Don Ángel, cuando le llama.

Tomás.- Le ruego me perdone, Don Carmelo, pero mi contestación ante D. Juan ha sido correcta, quizá usted haya supuesto mal. Y referente a que mi hijo esté al servicio del señorito Ángel, tengo que decirle que mi Antonio no puede perder el tiempo teniendo que.....

(Don Carmelo, ofendido, no deja de terminar a Tomás).

D. Carmelo.- Esto ya es el colmo, aún te atreves a decirme que con mi hijo pierde el tiempo, ¿no es eso lo que insinuas?

Tomás.- Ha comprendido mal, mi señor; no he querido decir que al salir con el señorito Ángel pierde el tiempo. Lo que ocurre es que mi Antonio en sus ratos libres trabaja como ayudante de

uno de sus profesores. El señorito dispone del dinero suficiente para sus necesidades, pero mi hijo necesita dedicar su tiempo libre para trabajar y con ese dinero pueda comprarse su ropa, así que no debe tomar eso como un desprecio, ya que para él es un honor ir al lado del señorito Ángel.

D. Carmelo.- De eso es precisamente de lo que se debería dar cuenta.

(Mira el reloj repentinamente, se levanta y dice...). Bueno, bueno, ya seguiremos hablando, dí que me preparen el coche.

Tomás.- Al momento, señor.

(Tomás sale de la escena; Don Carmelo vuelve a pasear nervioso por todo el escenario). (Transcurridos unos segundos, aparece Tomás).

Tomás.- El coche está dispuesto, Don Carmelo.

(Sin comentario alguno, Don Carmelo abandona la escena).

Tomás hace un gesto con los hombros y, después de una pausa, dice:



Tomás.- Realmente no comprendo la actitud de Don Carmelo, aunque ya parece que me voy dando cuenta; me da la impresión de que no le agrada demasiado que mi querido Antonio triunfe en su carrera. Pero, ¿qué mal le hace él sobresaliendo de los demás?, mi hijo le quiere de verdad porque sabe que gracias a él ha podido terminar sus estudios..

Ya parece que veo claro..... *(permanece callado unos segundos, en una actitud de duda; de pronto....)*. Ahora comprendo todo, Don Carmelo desearía que mi Antonio estuviese al servicio del señorito Ángel; así lo tendría como un lazari- llo y lo dejaría en ridículo cuando le apeteciese, le zarandearía a su antojo y luego se mofaría de él. Pero, mi hijo no ha nacido para servir a nadie que no sea a Dios y a sus padres; tiene madera de hombre sufrido y por tanto no permite que nadie le domine. *(Hay una pequeña pausa)*. Además, estos señoritos ven las cosas muy bien, como ellos poseen todo lo que les apetece, a veces creen que en un criado no hay el suficiente orgullo de no ver a un hijo suyo inclinado a sus pies. Yo puedo servirle porque es mi obligación; pero

mi hijo no tiene por qué estar al servicio de los caprichos del suyo. Mi Antonio tiene otras cosas más importantes en que perder el tiempo; ¡y qué saben ellos lo que es dedicar los ratos libres a un trabajo para poder vivir decentemente!.

(Se oyen pasos que se acercan. Tomás se dirige hacia un lateral; en ese momento aparece Doña Isabel, la señora de Don Carmelo, elegantemente vestida).

Tomás.- ¡Buenos días, Doña Isabel!

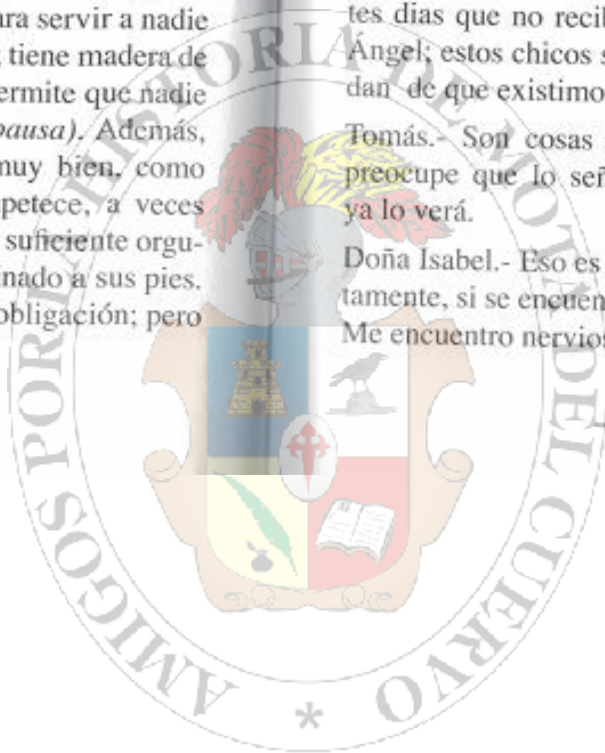
Doña Isabel.- ¡Hola, Tomás!; ¿no ha llegado la correspondencia aún?

Tomás.- No señora, el cartero suele llegar sobre las once.

Doña Isabel.- Estoy preocupada, hace ya bastantes días que no recibimos noticias de Luisita y Ángel; estos chicos son el colmo, sólo se acuerdan de que existimos cuando necesitan dinero.

Tomás.- Son cosas de jóvenes, señora; no se preocupe que lo señoritos se encuentran bien, ya lo verá.

Doña Isabel.- Eso es lo que desearía saber exactamente, si se encuentran bien o les ocurre algo. Me encuentro nerviosa, de verdad.



(En ese momento se oye el timbre de la casa).

Tomás.- Con permiso de la señora *(hace intención de irse)*.

Doña Isabel.- Sí, sí; ve y abre de una vez, no te quedes ahí parado.

Tomás.- Enseguida, señora. *(sale de la escena rápidamente)*.

(Doña Isabel se sienta en uno de los butacones y parece esperar el resultado de la llamada. Se oyen frases lejanas, después pasos y al final, aparece Tomás).

Tomás.- Doña Isabel, la señora de Don Juan pregunta por usted.

Doña Isabel.- Acompáñala aquí enseguida, ya sabes que con Doña Matilde me une una gran amistad; no le hagas esperar.

Tomás.- Como usted ordene, señora.

(Desaparece Tomás, apareciendo segundos después con Doña Matilde. Tomás vuelve a salir).

Doña Isabel.- ¡Vaya, que alegría verte por casa, Matilde!

Doña Matilde.- ¡Hola, Isabel!. Como no te decides a visitarme, tengo que hacerlo yo.

Doña Isabel.- Ya sabes tú que salgo muy poco de casa; te he echado de menos últimamente. De verdad que ya tenía deseos de charlar un ratito contigo.

Doña Matilde.- Pues, aquí me tienes, dispuesta para lo que quieras. *(Dice alegremente, al tiempo de acercarse a saludarla. Se besan y Doña Isabel le indica que se siente, y así lo hacen las dos)*.

Doña Isabel.- ¿Qué sabes de Ramiro?

Doña Matilde.- El pobre está trabajando muchísimo. Dice Juan que cuando ha estado a verlo últimamente se encuentra muy pesimista; tiene miedo de que vuelvan a suspenderle. Si así fuese tendría que decidirse por otra carrera; no sé, esperamos que esta vez ingrese, tiene siempre mala suerte.

Doña Isabel.- Ramiro es demasiado pesimista, sí; además creo que a su edad debía de tener ya una chica que influyese en su ánimo. Es lo mismo que le digo muchas veces a mi Luisita, ya



tienen años para pensar en formar un hogar, ¿no te parece, Matilde?

Doña Matilde.- Sinceramente he de decirte que sí; ya ves los jóvenes de ahora, nosotras antes, a su edad, teníamos ese dolor de cabeza unido al de corazón. Si no era de verdad, al menos sabíamos representar nuestro papel.

Doña Isabel.- Y tanto. Ahora sólo piensan en tonterías. Yo recuerdo que, a sus años, ya andaba echando el ojo por ahí al chico que más me convenía, que luego la vida es larga y se necesita tener algo seguro.

Doña Matilde.- He pensado a veces la pareja que formarían tu Luisita y mi Ramiro; estoy segura que serían muy felices, ¿qué te parece a ti?

Doña Isabel.- Me parece una idea estupenda, lo que más me desagradaría es que ellos no se diesen cuenta; así formaríamos una sola familia, ambos son inteligentes y, sobre todo, se unirían nuestras fortunas.

Doña Matilde.- Eso es lo que yo digo, pues ya sabes que hay por ahí cada caballero y cada

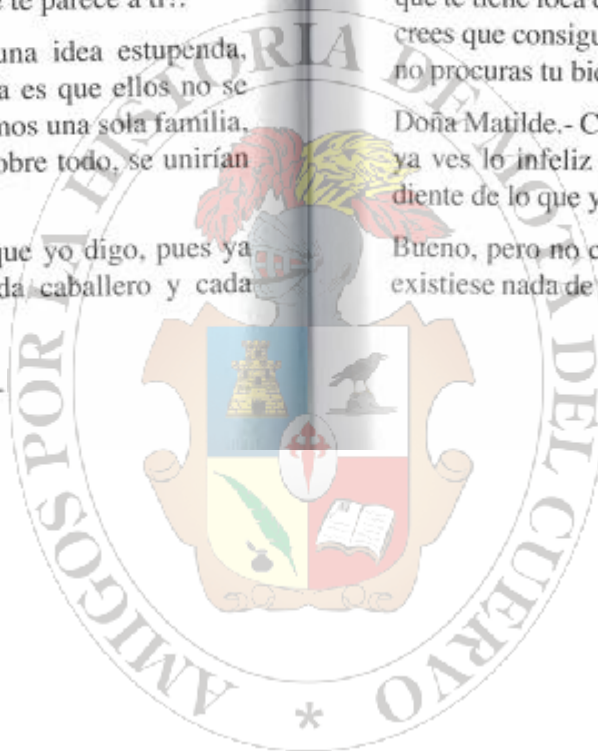
señorita que están a la que salta y viven con la única ilusión de pescar a un infeliz que tenga fortuna. ¡Hay que vivir muy alerta, Isabel!

Doña Isabel.- Ya lo creo; pero, son tan infelices que creen que el amor existe y sólo es la conveniencia entre familias de la misma esfera social. Mira, yo tuve infinidad de pretendientes, la mayoría buenos chicos e inteligentes; pero, todos de familias humildes que no podían codearse con nosotros. Por fin conocí a Carmelo, mi marido, y dije:

“éste es el que yo necesito, es un poco tímido, algo cerrado y sobre todo tiene fortuna”; no lo dudé, no me gustaba, pero era el único que me convenía. Si te casas con un hombre que sabe más que tú, que te tiene loca de remate y no tiene bienes, ¿qué crees que consigues?. La vida son cuatro días y si no procuras tu bienestar, te luces”.

Doña Matilde.- Cosa parecida fue mi matrimonio, ya ves lo infeliz que es Juan, está siempre pendiente de lo que yo digo, ¡así da gusto casarse!

Bueno, pero no creo que entre Luisita y Ramiro existiese nada de eso, ¿no?. Los dos reúnen todas



las condiciones para poder contraer matrimonio. Así que yo creo que deberíamos influir en el ánimo de ellos, si no se quieren ahora, ya se quedarán; el amor casi siempre aparece después.

Doña Isabel.- ¡Bah!. Eso de quererse ya vendrá; ahora lo más importante es hacerles ver la conveniencia de su enlace, ¿comprendes?.

Doña Matilde.- Mi trabajo se hará menos duro que el tuyo, ya que mi hijo está enamorado de Luisita o al menos le tira mucho.

Doña Isabel.- ¡ Así que lo sabes y no me dices nada!. *(Dice con cara de alegría Doña Isabel).*

Doña Matilde.- No me atrevía dada la amistad que nos une, pero ahora que he oído tu opinión, no me resta más que decírtelo; por lo tanto ya sabes lo que ocurre. ¿Te agrada saberlo, Isabel?.

Doña Isabel.- ¡Naturalmente que me agrada, Matilde!. Vaya, parece que nuestra ilusión nos va a costar muy poco conseguirla.

Doña Matilde.- Verás como entre tú y yo lo arreglamos todo; ellos harán lo que a nosotros nos parezca bien.

(Se oyen pasos que se acercan y murmullo de conversación).

Doña Isabel.- *(Después de escuchar un momento, dice...).* Me parece que tenemos aquí a nuestros maridos. No conviene decirles nada a ellos, después, particularmente cada una, se lo iremos diciendo.

Doña Matilde.- Así lo haremos, Isabel.

(En ese momento aparecen Don Carmelo y Don Juan).

Don Carmelo.- Mira, mira, quien tenemos por aquí.

Don Juan.- ¡Anda!. No creí que estuvieses aquí en estos momentos.

Doña Matilde.- Pues aquí estoy, hacía mucho tiempo que no veía a Isabel y esta mañana me he decidido a hacerle una visita.

D. Carmelo.- Me parece una idea estupenda; desde luego que hace tiempo que no nos reuníamos los cuatro. Esto hay que celebrarlo, ¿qué os parece?.



Don Juan.- Creo que es una idea muy acertada.

Doña Isabel.- Bueno, pero sentaos; no os que-
déis ahí así.

*(Don Juan y Don Carmelo toman asiento en sendas
sillas, junto a sus respectivas esposas).*

Don Carmelo.- Bien, podéis continuar vuestra
conversación; naturalmente si es apta para hom-
bres, claro. *(hace un gesto con los hombros y
sonríe).*

(El resto, de igual forma ríe esta ocurrencia suya).

Doña Matilde.- Estábamos hablando de nuestros
hijos, así que vosotros también podéis dar vues-
tra opinión particular.

Don Juan.- Os preocupáis demasiado de ellos;
tienen todo lo que necesitan para vivir bien y
disfrutar de la vida, ¿qué más pueden hacer unos
padres?.

Don Carmelo.- Es lo que digo yo siempre, a los
jóvenes hay que dejarles en libertad, a su aire,
ellos mismos verán de esa forma las caras buenas
y mala de la vida.

Doña Isabel.- No soy de tu opinión con respecto
a lo último, porque yo creo que nuestros hijos
verán muy pocas veces, quizá ninguna, la cara
mala de esa vida que tú hablas. No carecen de
nada, tienen todas las comodidades; aparte, to-
dos estudian carreras dignas de su rango y no
cabe duda que un día llegarán a ser grandes per-
sonalidades y ganarán mucho dinero.

Don Juan.- ¡Así se habla, Isabel!. Mi Ramiro ha
de ser un gran Ingeniero o un buen Catedrático;
tiene talla para ello, ¡que lo dice su padre que
sabe muy bien quien es su hijo!.

Don Carmelo.- Algo semejante espero de Ángel,
mi ilusión es verlo al frente de un hospital o de
una clínica; quiero que sea un famoso cirujano.
Sin duda alguna lo alcanzará, termina los cursos
brillantemente. Este año, desde principios de
curso, le he venido pagando, como otros años,
unas clases particulares a las que dedica sus ratos
libres.

Doña Matilde.- Me decido por Luisita, ¡hay que
ver lo que vale!, muchas jóvenes a su edad están
terminando el Bachillerato, y ahí tenéis a ella en



Primero de Filosofía. Recuerdo haber oído siempre decir que en Madrid es difícilísimo aprobar la Historia del Arte, y según ella, esa asignatura la lleva con unas notas altas. Además reúne todas las condiciones de una gran señora, ¡qué suerte para aquel chico que la elija por esposa!

Doña Isabel.- Es verdad lo que dices, Matilde, nuestra Luisita es encantadora, es una chica que vale muchísimo, tenemos la certeza de que sabrá elegir a aquél que ha de ser su compañero en la vida.

Don Carmelo.- ¡Luisita hará lo que yo le diga!
(Dice de pronto Don Carmelo).

Doña Matilde.- Haces muy bien, Carmelo, pues estos jóvenes viven bastante despistados; los padres nos sacrificamos por ellos y luego van a elegir a una pareja que no pegan ni con cola. Hablan y hablan del amor y no saben lo que dicen, ahí es cuando hacemos falta los padres.

Don Juan.- Este es el problema para ellos y para nosotros; les aventajamos en experiencia, así que debemos orientarles bien.

Don Carmelo.- Olvidemos todo esto por ahora y celebremos nuestro encuentro, ya hablaremos en otros momentos del tema. Yo creo que es un problema de fácil solución, ¿no os parece?

Doña Isabel.- Sí, es verdad; así que voy a ordenar que nos preparen alguna cosa especial, ¿vale?

Doña Matilde.- ¡Por qué no lo celebramos en ese nuevo restaurante que han abierto muy cerca de aquí?

Don Carmelo.- No me desagrada la idea; pero aquí tendríamos más libertad.

Don Juan.- Apoyo a Matilde, vayamos a ese restaurante.

Doña Isabel.- Si os empeñáis, por nosotros no quedará. ¿Te parece bien, Carmelo?

Don Carmelo.- ¡Pues, andando!, luego volvemos aquí y continuamos la celebración.

(Se levantan todos y se dirigen al exterior; salen en primer lugar Doña Matilde y Doña Isabel, después Don Juan y Don Carmelo).

(La escena queda vacía unos segundos. Por un lateral aparece el criado Tomás).



Tomás.- *(Dirigiéndose al público)*. Se han marchado todos. *(Va hacia la puerta y mira; se vuelve y dirige sus pasos hacia la entrada del interior de la casa)*. ¡Carmen, Carmen!. *(Llama)*.

(Desde el interior, se oye.....).

Carmen.- ¡Voy enseguida, Tomás!.

(Momentos después, aparece por un lateral Carmen, esposa de Tomás, la cual viene con traje de criada).

Carmen.- ¿Qué ocurre, Tomás?.

Tomás.- ¿Te ha dicho algo esta mañana a ti Doña Isabel?.

Carmen.- No, ¿por qué lo preguntas?.

Tomás.- Como se han marchado juntamente con Doña Matilde y Don Juan.

Carmen.- ¿Qué importancia tiene eso?.

Tomás.- Como es la hora de la comida, es por lo que me extraña.

Carmen.- Quizá coman con ellos.

Tomás.- Pero, si así fuese, nos lo hubiesen comunicado.

- 140 -



Carmen.- Ya sabes que suelen hacer esto corrientemente, se marchan y no nos dicen nunca nada.

Tomás.- Sí, desde luego.

Carmen.- *(Sentándose en uno de los butacones plácidamente)*. ¡Me encuentro cansada! Estoy limpiando las habitaciones de los señoritos y llevo una mañana muy agitada..

Tomás.- Vamos siendo viejos, Carmen, y ya el trabajo hace mella en nuestros cuerpos; pero, ¡qué vamos a hacer!.

Carmen.- Es verdad, Tomás; los años ya se sienten; pero no hay más remedio.

(Hay una pequeña pausa).

Tomás.- Esta mañana me ha hablado Don Carmelo de una forma que no me ha agradado mucho.

Carmen.- ¿Qué te ha dicho?.

Tomás.- Sabes bien que a nuestro hijo no le aprecian.

Carmen.- Desde luego, parece que les desagrada que sea un hijo modelo y un estudiante destacado.

- 141 -

Tomás.- Eso es sólo una parte; pero lo que desearían es que nuestro Antonio estuviese al servicio del señorito Ángel.

Carmen.- ¡Ah, sí!. ¿Por qué y para qué?.

Tomás.- Sí, Carmen; eso es precisamente lo que pretenden. También me hago yo esas preguntas?.

Carmen.- La verdad que no lo comprendo, ellos deberían darse perfecta cuenta que Antonio no puede hacer eso y no tiene por qué hacerlo.

Tomás.- Pues se creen en ese derecho, Carmen.

Carmen.- Aunque nosotros estemos a su servicio, no tienen por qué exigir que nuestro hijo sea un cordero al servicio del señorito. ¡Eso sí que no!.

Tomás.- Además, me han dicho que debía ser un gran orgullo para él ir con su hijo.

Carmen.- Con ello ha querido decirte que sin él nuestro Antonio no es nadie y junto su hijo, sí.

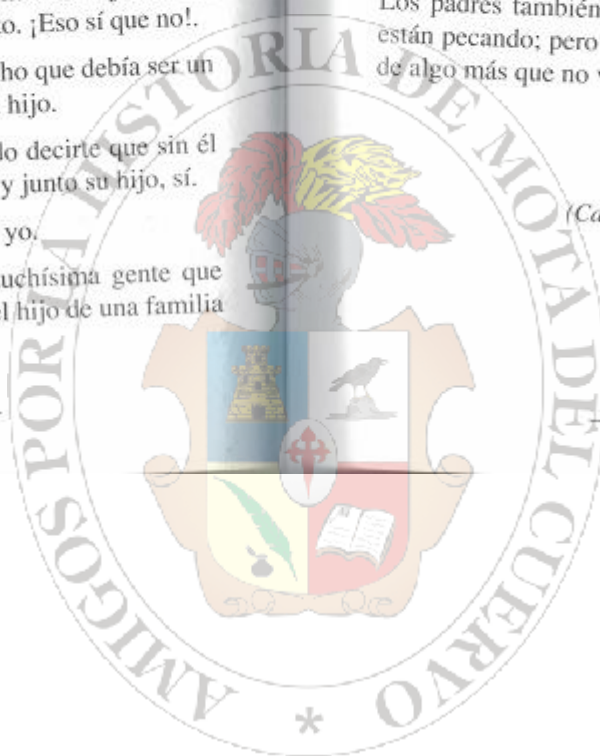
Tomás.- Así lo he entendido yo.

Carmen.- Todavía existe muchísima gente que no llega a comprender que el hijo de una familia

humilde pueda colocarse a su altura e incluso pueda alternar con señores de su categoría. ¿Por qué no lo comprenden?.

Tomás.- Si lo comprenden, Carmen; lo que les ocurre es que no son lo suficientemente sinceros para apreciar las cualidades de los demás. Nos quieren con complejo, para así siempre manosearnos, y no se dan cuenta que nuestro país necesita chicos inteligentes que estudien y luchen por su engrandecimiento, sin tener en cuenta su condición social. En lugar de preocuparse de esas bajezas, deberían interesarse más por sus propios hijos y no abandonarles como lo hacen. Los padres también pecan y yo creo que éstos están pecando; pero de infelices, de engreídos y de algo más que no viene a cabo.

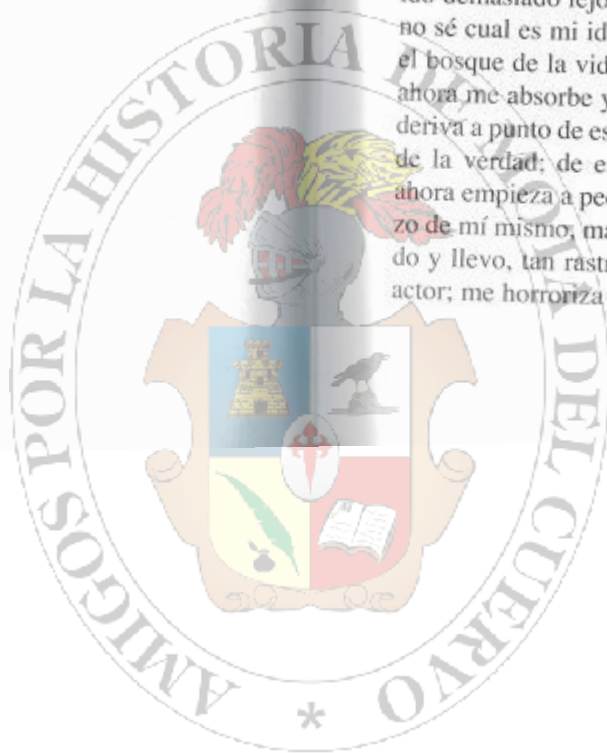
(Cae el Telón)



Este acto se desarrolla en Madrid, en el domicilio de D. Carmelo; se encuentra bien amueblado, viéndose libros por todas partes.

Se halla en escena Ángel, sentado en un sillón; tiene las piernas cruzadas, el brazo derecho apoyado en un brazo del sillón y su mano apoyando, a su vez, su cabeza. Parece estar muy pensativo, de pronto hace unos gestos raros con los brazos y el cuerpo, después se levanta, va hacia un lado, coge un libro, lo hojea y lo vuelve a dejar. Como un sonámbulo regresa al sillón.

Ángel.- ¡Esta vida es un desastre, hay momentos en los cuales no sé por qué decidirme, no veo claro! y aunque viese que ya es tarde para mí, he ido demasiado lejos. Nací, estoy viviendo y aún no sé cual es mi ideal; me encuentro perdido en el bosque de la vida, me rodeé de un fango que ahora me absorbe y zarandea. Soy un barco a la deriva a punto de estrellarse contra los farallones de la verdad; de esa cruda y justa verdad que ahora empieza a pedirme cuentas. Me avergüenzo de mí mismo; maldigo esta vida que he llevado y llevo, tan rastrera, de la que soy el primer actor; me horroriza pensar lo que soy. He perdi-



do el tiempo inútilmente, no sé por qué vivo ni para qué, y lo peor de todo es que me encuentro con las manos vacías; de lo único que las tengo manchadas, sucias, es de juergas, pasatiempos libertinos y de acciones que ahora me avergüenzan. ¡Con razón nos decía aquel profesor que los hombres, a veces, nos parecemos a “cerdos con tirantes”, y eso es precisamente lo que soy yo, un cerdo con tirantes!. *(Hay una pausa; Ángel se encuentra en un gran estado de nervios, se levanta, pasea por escena y vuelve a sentarse donde antes estaba)*. Y mis padres, ¿por qué no me ayudan, por qué no me orientan?. Me creo culpable de mis actos, pues los he cometido yo. Pero, si mis padres me hubiesen ayudado a dar mis primeros pasos y me hubiesen aconsejado el camino recto de la vida, ¿no tendría yo ahora un ideal?. Hasta este momento no me he dado perfecta cuenta de nada, he vivido a mis anchas, me he divertido, he gastado infinidad de dinero y cada vez me encuentro más hueco, más vacío; repito que soy culpable, pero, ¿y mis padres, dónde están? ¿para qué los quiero?. *(Se ve muy agitado)*. Ellos se creen que con mandarnos di-

nero se soluciona todo, ¿para qué quiero dinero yo ahora, para qué?. Lo único que necesito es una dirección, consejos; ahora recuerdo más que nunca aquellas palabras del Evangelio “No sólo de pan vive el hombre”. ¡Señor, no me lo merezco, pero ayúdame a salir de este fango, no me vuelvas también la espalda, escúchame, indícame el fin primordial de esa sociedad que tú creaste bondadosamente! ¿Me oyes, Señor?. *(Se agita en el sillón y llora amargamente)*.

(Por el lateral derecho aparece Luisa, alarmandose al ver el estado de ánimo de su hermano. Deja unos libros sobre una mesa y corre a su lado).

Luisa.- ¿Qué te ocurre, Ángel?.

(Éste al ver allí a su hermana, se levanta e intenta aparentar que no es nada de importancia lo que le ocurre).

Ángel.- No te preocupes, no es nada, hermanita.

Luisa.- Me ha parecido oírte sollozar, ¿por qué era?.

Ángel.- Por una cosa sin importancia, ya pasó todo.



Luisa.- ¿No confías en mí?

Ángel.- Sí, hermana; sólo ha sido una crisis nerviosa, ya conoces mi ánimo a veces.

Luisa.- Me tienes preocupada, hermano; a ti te ocurre algo de un tiempo a esta parte, ¿por qué no te desahogas conmigo?

Ángel.- Porque me da miedo llegar a la conclusión de que nuestros padres nos tienen abandonados, que no les importamos en absoluto sino que sólo desean que tengamos unos títulos para que ellos puedan lucirse ante los demás, sin preocuparles si nosotros somos o no aptos para ocupar esos castillos en el aire que ellos mismos nos forjan.

Luisa.- No te comprendo, hermano, ¿qué quieres decir con eso?

Ángel.- Sencillamente que les trae sin cuidado nuestra vida particular, ¿te han preguntado alguna vez qué vida haces en Madrid; dónde gastas tu dinero; cuáles son tus amistades y toda esa serie de cosas que corresponde preguntar a unos padres?. A mí, jamás me han preguntado nada, ni reprochado nada de eso.

— 150 —

Luisa.- ¿Para qué?. Ya somos mayorcitos para eso.

Ángel.- De acuerdo, ¿y antes, lo han hecho cuando debían hacerlo?

Luisa.- No, nunca lo han hecho, pero nosotros les decimos todo.

Ángel.- ¿Tú crees?

Luisa.- Naturalmente, yo les cuento toda mi vida.

Ángel.- ¿También les has dicho que estás enamorada de Antonio, el hijo de nuestros criados Tomás y Carmen?. ¡Contéstame!.

(Luisa hace un gesto de sorpresa).

Luisa.- ¿Qué dices?. *(Se vuelve de espaldas a su hermano, huyendo de su mirada).*

Ángel.- Bien sabes que no me equivoco, ¿por qué no me miras a los ojos y me dices sinceramente que es verdad lo que te digo!.

Luisa.- *(Volviéndose repentinamente).* ¿Qué ocurriría si te dijese que no te equivocas, que estoy locamente enamorada de Antonio?.

— 151 —



Ángel.- Conmigo nada, pero nuestros padres pondrían el grito en el cielo. ¿Te das cuenta como tú tampoco les dices todo lo que te ocurre?

(Hay una pequeña pausa y se miran mutuamente).

Luisa.- Llevas razón; pero, ¿por qué dices que yo tampoco?, ¿Acaso tú también les ocultas alguna cosa?

Ángel.- Algún día lo sabrás, es algo que ni yo mismo lo sabía hasta estos momentos, aunque no lo creas.

Luisa.- ¿Cómo es posible que tú mismo lo ignores?

Ángel.- Porque he vivido en la inconsciencia, aletargado por la ignorancia de mí mismo; nadie ha despertado en mí el deseo de un ideal, el vivir para algo que valga la pena. Y ahora que he vuelto a la vida, mirando retrospectivamente mi caso, me causo repugnancia a mí mismo.

Luisa.- ¡Me asustan tus palabras!

Ángel.- No hermana, no deben asustarte, estoy diciendo la verdad; la vida no perdona y ahora

me está pasando factura de unos hechos que antes eran para mí de pomposidad y en estos momentos me avergüenzan, me abochornan.

Luisa.- ¿Crees entonces responsables a nuestros padres de eso que a ti te abochorna, te avergüenza a estas alturas?

Ángel.- Sí, los creo responsables, al menos, indirectamente, por descuido, por abandono. A los hijos hay que vigilarlos, orientarlos y, sobre todo, dirigirlos y responsabilizarlos.

Luisa.- Sé que has vivido una vida a la ligera, que siempre has llegado a casa a altas horas de la noche, que has faltado a comer infinidad de días, pero, siempre me dijiste que venías de estudiar con un compañero. Además, tus notas al final de cada curso han sido brillantes, según decías en casa. Siendo así, ¿de qué puedes acusar a nuestros padres?

Ángel.- Les acuso de incumplimiento de la obligación que como padres, tienen de vigilar y orientar celosamente a sus hijos, como ya te he indicado. Suponte en un jardín en donde se



cultivan plantas; el jardinero las vigila, las riega, les corta los abrojos, las injerta y se preocupa de que los cambios de temperatura no las puedan helar, o de que cualquier insecto las atrofe y se crien raquíticas hasta su muerte. Si este jardinero se olvidase de todas esas obligaciones y sólo se preocupase de regarlas a distancia por medio de unos surcos, ¿tú crees que aunque mandase mucha agua, estas plantas llegarían a criarse sin más cuidado que éste?. ¡No, ni mucho menos!, vivirían en un ambiente propicio al raquitismo, a su lado crecerían cardos que, a fuerza de herir a estas plantas con sus púas, caerían a tierra destrozadas. Y esa agua que antes les servía para vivir, ahora las arrolla y las conduce a su antojo a un lugar pantanoso en donde quedan encenagadas. Compara ahora a ese jardinero con unos padres que no vigilan a sus hijos, que son las plantas; el riego, el agua, no es el dinero que puedan dar, sino sus consejos y sus ejemplos, y ellos confunden esto con el dinero maldito, los abrojos, con las malas compañías y la mala vida que lleva un joven del que nadie se preocupa; el injerto, debían ser esos sermones que suelen dar

los buenos padres a sus hijos, que son verdaderas inyecciones de moral al verse reprendidos; los cambios de temperatura, con la indiferencia que hay entre un joven advertido, y otro que no lo está, de los peligros que hay en las grandes ciudades, comparados con los insignificantes de un pequeño pueblo como es el nuestro; y finalmente, a los insectos, con esos compañeros encenagados, que al hablar tanto a nuestros padres les parecen simpáticos y sólo son aves de rapaña que corroen nuestras buenas costumbres y minan nuestra moral. Pues eso somos nosotros, plantas raquíticas, que nos riegan a distancia y en lugar de hacerlo con consejos y orientaciones, nos lo hacen con esa cantidad de dinero que a mí particularmente, me ha arrollado y me ha encenagado como si fuese un verdadero cerdo. ¡Si esto no es un pecado, dime lo contrario!.

Luisa.- Reconozco esta verdad que me has expuesto, pero, ¿te crees apto para recriminar a nuestros padres en estos momentos críticos, cuando ya han pasado muchos años que así ocurre?. ¡Cómo no has pensado todo esto hasta ahora!.



Ángel.- Porque nadie me había hecho que mirase hacia dentro, porque nadie me había reprendido tan amorosamente como hace un mes lo hizo uno de mis profesores.

Luisa.- ¿Qué profesor, Ángel?.

Ángel.- Mi profesor de Etica. *(Dice con voz poco audible)*..

Luisa.- ¡Así que tu profesor de Etica te ha llamado la atención!. Nunca me lo habías dicho, aunque siempre te he mencionado que todo joven necesita una dirección y unos consejos.

Ángel.- Aunque no lo creas, he hecho caso de ti al ver que ya soy un hombre y me encontraba vacío; no sabía aún para que fui creado e ignoraba el por qué de nuestra existencia. Ahora que he encontrado mi ideal, que he hallado el camino que nuestros padres no nos han enseñado, es por lo que he llegado a la triste conclusión de que ellos han cometido un gran pecado.

Luisa.- No sé que decirte, hermano, no sé si darte la razón o no, y que conste que la llevas, pero en estos momentos no puedo coordinar bien. Me

— 156 —

estás haciendo pensar infinidad de cosas y jamás podría pensar mal de nuestros padres.

Ángel.- Perdona, Luisa, pero, no he tenido más remedio que ser el juez de nuestros propios padres, aunque es posible que el pecado lo esté cometiendo yo en estos momentos. Ya que sólo el Señor es el que debe juzgar en estos casos, no obstante, mantengo mi opinión.

Luisa.- Te comprendo, hermano, ó al menos intento comprenderte. No sé, pero me encuentro muy nerviosa.

(Hay una larga pausa; Ángel pasea por escena, mientras Luisa permanece sentada en un butacón, muy pensativa).

(Ángel se detiene al fin; coge unos libros y parece intentar salir).

Luisa.- *(Volviendo la cabeza al lugar donde se encontraba su hermano, le pregunta...)*. ¿Te marchas, Ángel?.

Ángel.- Sí, me marcho a tomar el aire, necesito estar solo un rato. Pero, no te preocupes, regresaré pronto. ¡Adios, Luisa!.

— 157 —



Luisa.- ¡Adiós, Ángel!. Sabes que me quedo esperandote, no tardes.

(Ángel sale rápidamente de escena y Luisa sigue decaída, apesadumbrada; y se reclina sobre el respaldo del butacón perdiéndose su mirada en el infinito).

(Hay una pausa, permaneciendo Luisa en la misma posición. Se levanta y dirigiéndose al público, dice:)

Luisa.- No es digno que unos hijos acusen a sus padres de algo semejante pero, en este caso, Ángel, quizá, lleve razón. Jamás ni a papá ni a mamá se les ha ocurrido decirnos nada, nunca nos han hecho un reproche, todo han sido consideraciones comodonas, halagos y ñoñerías. El ser humano posee todas las perfecciones más puras de la naturaleza, en potencia; pero, también, si esas perfecciones más puras que al nacer posee en potencia no se cultivan amorosamente, pueden volverse imperfecciones, haciendo de este ser el más indigno de la Creación. Si nuestros primeros padres llegaron a pecar aun advirtiéndoles de ese peligro, ¿no es más fácil pecar a unos seres que no se les advierte de nada y viven en una sociedad podrida de vicios?. Si se emba-

duran aquéllos cuyos sus padres les reprenden y no les entregan dineronada más que para lo esencial, ¿qué será de aquéllos que no se les enseña a andar en la vida y se les da toda clase de mimos y dinero para ello?. Tengo que admitir igualmente la idea de que nuestros padres están cometiendo un pecado con nosotros. Me duele tener que pensar así, quizá esté equivocada, ¿qué les parece a ustedes?.

(Hay una larga pausa, Luisa se incorpora y se dirige a recoger sus libros, los que había dejado precipitadamente al entrar sobre la mesa).

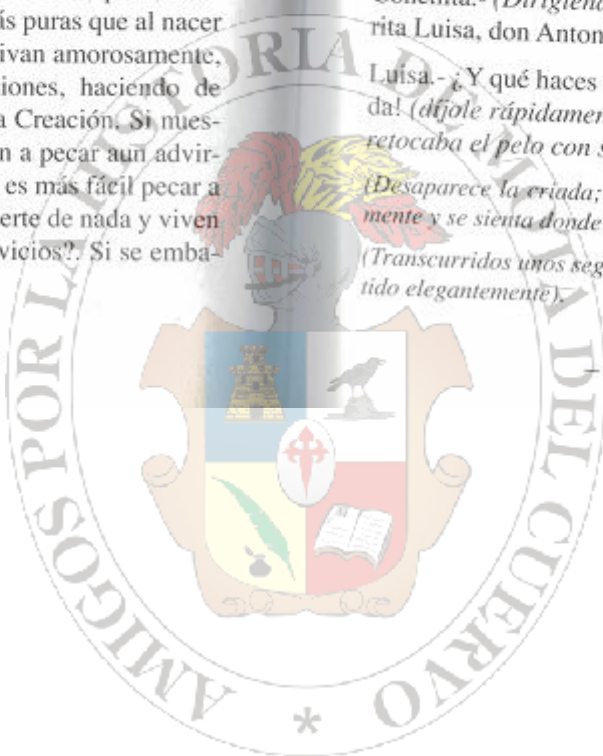
(En ese momento aparece por un lateral Conchita, la criada).

Conchita.- *(Dirigiéndose a Luisa, dice...)*. Señorita Luisa, don Antonio pregunta por ustedes.

Luisa.- ¡Y qué haces ahí?, ¡ hazle pasar enseguida! *(díjole rápidamente a la criada, mientras se retocaba el pelo con sus manos).*

(Desaparece la criada; Luisa deja los libros nuevamente y se sienta donde había estado minutos antes).

(Transcurridos unos segundos, aparece Antonio, vestido elegantemente).



Antonio.- ¡Buenos días, Luisa!. ¿Cómo te encuentras?.

Luisa.- ¡Hola, Antonio, buenos días!. Me encuentro bien, gracias.

Antonio.- ¿No está Ángel aquí?. Desearía hablar con él, aunque tampoco me importaría hacerlo con tus padres.

Luisa.- No, ha salido hace unos minutos; ¿deseas alguna cosa en especial?. ¿Ocurre algo, Antonio?.

Antonio.- Solamente quería hablar con él algunas cosas, aunque también desearía hacerlo contigo.

Luisa.- Tu dirás, Antonio; mis papás están fuera, así que puedes hablar conmigo si lo deseas.

Antonio.- Pues ocurre que hace unos días recibí una carta de mis padres y sobre ella quería comentaros algunas cosas.

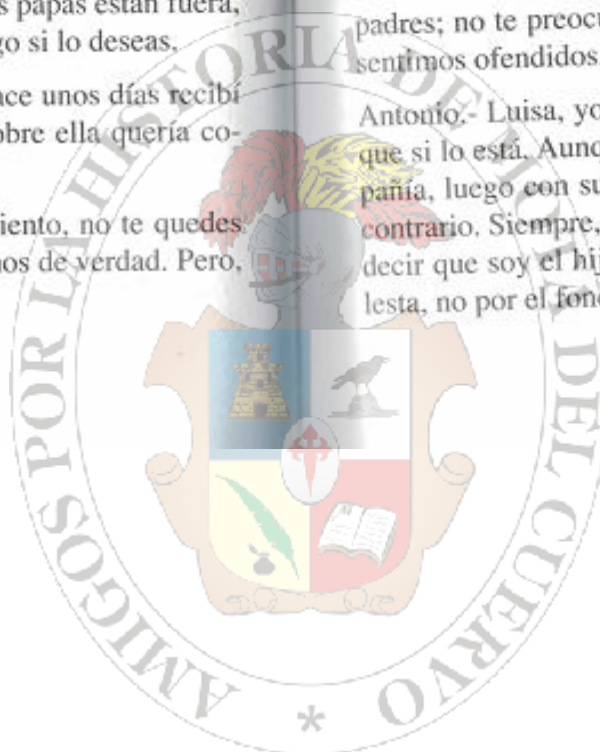
Luisa.- Bueno, pero toma asiento, no te quedes ahí; ya sabes que te apreciamos de verdad. Pero, toma asiento y te escucho.

(Antonio se sentó en una silla frente a Luisa).

Antonio.- Como te decía, mis padres me han comunicado que, al parecer, los tuyos se han molestado porque no acompañe nunca a Ángel, y bien sabéis vosotros que me agrada estar a vuestro lado. Lo que ocurre es que a veces no me es posible, el tiempo libre lo dedico a un trabajo que me soluciona mis necesidades económicas de estudiante, cosa que sabéis muy bien. Me encantaría estar cerca de vosotros, especialmente de ti, como sabes, pero también sabes los problemas.

Luisa.- Lo sé, Antonio, lo sé, y tu igualmente sabes que te aprecio. Pero bueno, no debes hacer demasiado caso a esas cosas, ya conoces a mis padres; no te preocupes porque nosotros no nos sentimos ofendidos.

Antonio.- Luisa, yo sé que tú no; pero Ángel sé que si lo está. Aunque parece agradarle mi compañía, luego con sus acciones, me demuestra lo contrario. Siempre, cuando me presenta, le gusta decir que soy el hijo de su criado y eso me molesta, no por el fondo, sino por la forma.



Luisa.- Olvida eso, Antonio; Ángel ha cambiado totalmente este último mes, ahora no le conocerás, parece otro en todo; ya lo verás.

Antonio.- Me alegraría enormemente que así fuese; pero me cuesta creerlo. ¡Dios quiera que así sea!

Luisa.- Figúrate, tiene hasta un profesor que le dirige y aconseja.

Antonio.- ¿De veras?. Eso sí que es noticia.

Luisa.- Cuando hables con él, lo comprobarás.

Antonio.- Me alegro de verdad, Luisa; sabes que siento especial afecto por ti y por tu hermano.

Luisa.- Estoy convencida de ello, Antonio.

(Hay una pequeña pausa; se miran ambos jóvenes muy fijamente. Pasados unos segundos, Luisa abre el diálogo).

Luisa.- ¿Qué tal tus estudios? No me has dicho nada.

Antonio.- Hasta la fecha no me puedo quejar; precisamente, mañana, salgo de viaje de estudios por varias naciones europeas. Venía, también a decirlos adiós; volveré en dos semanas.

Luisa.- Algo sabía de tu viaje, pues un compañero tuyo me lo dijo el otro día. Al hablar de ti me contó lo que ocurría y estoy al corriente de todo.

Antonio.- Gracias por tu interés, Luisa; sé que me aprecias y eso me va dando fuerza para terminar mi carrera.

Luisa.- Bien sabes que siempre te he apreciado, y no he cambiado de parecer, ni espero cambiar.

(Antonio se levanta, de pronto, sin decir nada y se dirige hacia la mesa, saca una pastilla de un tubo, echa agua en un vaso y se lo toma junto a la pastilla. Segundos después, regresa al lugar donde se encontraba sentado).

Antonio.- Tienes que perdonarme este lapsus, pero necesitaba tomar esa pastilla.

Luisa.- ¿Te ocurre algo, Antonio?.

Antonio.- No es nada de importancia, estamos en el último trimestre del curso y creo que me estoy excediendo en el estudio. Ahora todos estos días de viajes me sentarán bien, al menos me servirán de descanso y me alejaré de los libros.



Luisa.- ¿Por qué estudias tantas horas?, deberías distraerte, salir con amigas y amigos, también conviene relajarse. ¿No sales con nadie?.

Antonio.- Como sabes, soy becario y debo estudiar más que otros, siempre lo he tenido que hacer. Si no lo hubiese hecho no estaría ahora terminando la carrera. Y con referencia a salir con chicas y chicos, es algo para lo que casi nunca he tenido tiempo.

Luisa.- Pues todos los chicos lo hacen, ¿ó es que tienes miedo de encontrar a alguien que te haga "tilín"?. ¿Es eso, Antonio?.

(Antonio parece pensar la contestación, al fin, dice...:)

Antonio.- No lo creas, pero sí debo decirte que estoy enamorado, totalmente enamorado.

Luisa.- ¡Vaya, vaya, que escondido lo tenías!. ¿Se puede saber quien es esa chica?.

(Antonio no contesta a la pregunta; se levanta y pasea por escena algo nervioso. Se detiene y dirigiéndose a Luisa, dice:)

Antonio.- Es una historia larga de explicar y al final siempre tropiezo con la misma barrera.

Luisa.- ¿Por qué motivo, Antonio?. Cuéntame, si te apetece.

Antonio.- Eres una joven bien acomodada, hija de una familia ilustre y todo lo encuentras con cierta facilidad; pero si estuvieses en mi caso tendrías el mismo problema que ahora tengo yo. Si llegases a enamorarte de un chico que no fuese de tu condición social, tus padres te lo prohibirían.

Luisa.- Quieres decir que te has enamorado de una chica que es superior o inferior a tí socialmente, ¿no es eso?.

Antonio.- Así es, me enamoré hace tiempo de una chica encumbrada en la alta sociedad; quizá cometí una equivocación, y eso me asusta.

Luisa.- ¿Por qué fue una equivocación, Antonio?. No te comprendo, tú eres un chico que puedes aspirar a todo.

Antonio.- Es algo así como querer coger una estrella con las manos, y aquéllas están demasiado



altas para mí. Es fruto prohibido para los que son como yo, no me creo capaz de intentarlo siquiera, aunque lo haría muy a gusto...

Luisa.- ¿Crees que las mujeres no tenemos un corazón?

Antonio.- No dudo que lo tengáis; pero, unas veces porque ni siquiera os detenéis a estudiar a un chico de inferior categoría, y otras porque los padres no os dejan. ¿Me equivoco, Luisa?

Luisa.- Me parece que sí te equivocas, Antonio.

Antonio.- No lo creas, Luisa; todos los padres son egoístas y sólo ambicionan que sus hijos sean personas acaudaladas, lo demás, dicen "ya vendrá". Esa es la respuesta que siempre dan, y son culpables de que sus hijos no puedan alcanzar esa felicidad que todos anhelamos.

Luisa.- No tienes porqué generalizar, no todos son iguales ante un caso así.

Antonio.- Quizá haya algunos, pero se pueden contar aisladamente.

Luisa.- ¿Dices esto porque te ocurre a ti, ó porque te parece que así ocurre siempre?

— 166 —

Antonio.- A mí no me ha ocurrido pero, si la chica que yo adoro me quisiese, ten por seguro que sería uno más de la serie.No por ella, sino por sus padres.

Luisa.- No deberías hablar de esta forma sin haber intentado aún, ¿por qué no te decides de una vez?. Así lo comprobarías.

Antonio.- Sufriría un golpe muy duro y sé que repercutiría mucho en mi carrera, soy muy sensible y una cosa semejante me heriría hondamente.

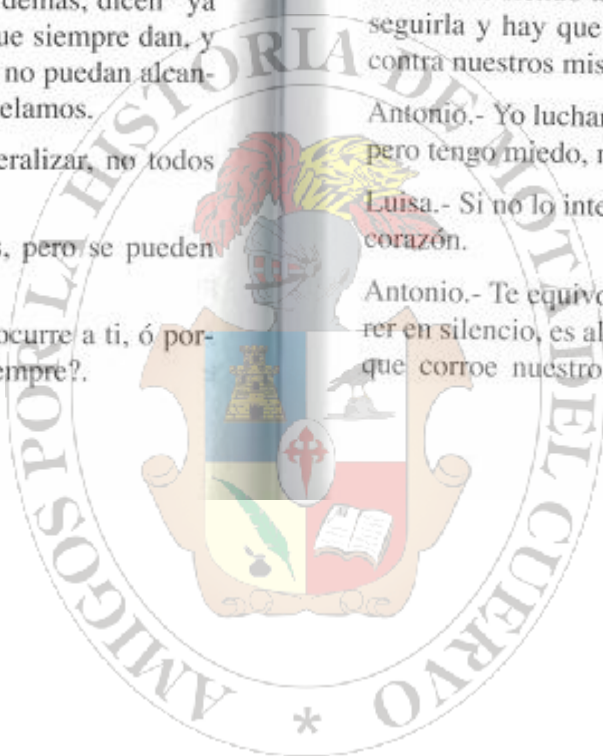
Luisa.- Los hombres, a veces, sois cobardes y tú lo estás siendo ahora; la felicidad cuesta conseguirla y hay que luchar por ella, ¡aunque sea contra nuestros mismos padres!

Antonio.- Yo lucharía hasta donde fuese preciso; pero tengo miedo, mucho miedo de fracasar.

Luisa.- Si no lo intentas es porque no querrás de corazón.

Antonio.- Te equivocas, Luisa, sé lo que es querer en silencio, es algo así como una enfermedad que corroe nuestro cuerpo y nos hace opacos

— 167 —



ante los demás. ¡Si supieses lo que es querer así, Luisa!

Luisa.- Lo sé, Antonio, yo también quiero en silencio, pero soy mujer y tengo que aguantarme con mis sentimientos.

Antonio.- Lo comprendo, querida Luisa; pero tu problema tendrá esa incógnita más clara.

Luisa.- Yo creo que la tengo más oscura pues se trata de un chico que se cree muy inferior porque es hijo de un matrimonio humilde, de unos criados; eso me saca de quicio, yo le llamo a eso ¡cobardía!

(Antonio simula no haber oído lo que realmente ha oído, se levanta y pasea nervioso. Después de unos segundos, se detiene y dirigiéndose a Luisa, le dice....)

Antonio.- Llevas toda la razón, los hombres a veces somos muy cobardes, tu lo has dicho; pero, es que es nuestra felicidad la que va en juego, y yo tengo pánico, mucho miedo.

Luisa.- Si conociese a esa chica iría a decirle que tienes miedo de ella.

Antonio.- ¡No!. Eso no. Si yo te dijese.....

(Antonio no puede continuar, se encuentra muy nervioso).

Luisa.- ¿Qué, Antonio? ¿Querías decirme algo?.

Éste, que se hallaba de espaldas a ella, se vuelve y dice....

Antonio.- ¡Que estoy enamorado de ti, lo oyes, de ti!

Luisa.- ¿Qué?. *(Simula un extraño gesto).*

Antonio.- Lo ves, hasta tu misma lo encuentras raro; tienes que perdonarme, pero no podía más, tenía que decírtelo.

Luisa.- ¡Eres tonto de remate! Aún no conoces a las mujeres.

Antonio.- ¿Qué quieres decirme con eso, Luisa?.

Luisa.- Pues..... sencillamente, que yo también estoy enamorada de ti, ¿lo oyes? ¿ó es que eres ciego y no lo has visto hasta ahora?.

(Antonio, muy nervioso, se queda indeciso, va hacia una silla y se sienta como abatido).



Antonio.- ¡Ahora sí que la hemos hecho buena!... Esas palabras las he soñado infinidad de veces, pero no puedo creer que tu te hayas fijado precisamente en mí. ¿No te das cuenta que mis padres están al servicio de los tuyos? Es una locura lo que he hecho, he deseado siempre que fueses mi novia, sí, pero cuando tus padres sepan que nos queremos, esto se va a convertir en un verdadero infierno. Yo te he dicho que te quiero porque no podía ocultártelo más tiempo y la verdad es que esperaba un reproche tuyo, por eso tenía miedo, un miedo cerval. Y ahora, ¿qué hacemos, Luisa? ¿Crees que esto podrá ser?. ¿Lo permitirán tus padres?.

Luisa.- Eres tan humilde, tan bueno, que te supones tú mismo que no es posible que yo me haya fijado en ti; he visto siempre en tu persona al hombre de mis sueños y ahora que sé que me quieres no me apartaré de ti aunque se opongan mis padres. Posees una carrera como para no tener ese complejo que tú tienes con respecto a los demás. Tienes personalidad y eres un hombre admirable, ¿qué chica puede pedir más?.

- 170 -

Antonio.- ¡Qué buena eres, Luisa! Dices verdad sobre que tengo complejo, pero, de ahora en adelante demostraré, lo que soy. Lucharé por ti y te conseguiré cueste lo que cueste.

Luisa.- ¡Así te quiero yo, Antonio! Te apoyaré en esa lucha, si fuese preciso, y ten por seguro que venceremos.

(Antonio mira repentinamente su reloj).

Antonio.- Lamento tener que marcharme, pues me espera un catedrático en la Universidad para ultimar detalles del viaje. ¿Quieres que nos veamos esta tarde?. Mañana a primera hora emprendemos el viaje y quisiera aprovechar este tiempo para estar a tu lado. ¿Te parece bien?.

Luisa.- Me parece estupendo, hubiese lamentado no estar unas horas contigo antes de tu marcha. ¿Quedamos a las cinco frente a la Universidad?.

Antonio.- De acuerdo, a esa hora te estaré esperando, Luisa.

Luisa.- Quizá me encontrarás esperándote, me ilusiona lo ocurrido.

- 171 -



Antonio.- Igual me ocurre a mí, ¡hasta entonces, Luisa!

Luisa.- ¡Adiós, Antonio!

(Éste sale de escena, Luisa va hacia la puerta del lateral opuesto, y llama a la criada).

Luisa.- ¡Conchita, Conchita!

(Transcurridos unos segundos, aparece la sirvienta).

Conchita.- ¡Diga la señorita!

Luisa.- Deseo que me prepares ese vestido que tanto le gustaba a Don Antonio para esta tarde, voy a salir con él y quiero darle una sorpresa.

Conchita.- Así lo haré, señorita, y me alegra verla con Don Antonio.

Luisa.- ¿Por qué, Conchita?

Conchita.- Soy mujer también y comprendo a la señorita, además, llevo varios años a su servicio y sé lo que le agrada y lo que le desagrada. Aparte de ser un apuesto hombre, es majísimo y no como...

Luisa.- ¿Qué quieres decir con eso, Conchita? ¡Explicate!

- 172 -

Conchita.- Pues que simpatizo con Don Antonio y no así con Don Ramiro por cierto, se me olvidaba decirle que llamó por teléfono preguntando por usted y como no se encontraba aquí me rogó le dijese que vendría ahora a verla.

Luisa.- ¡Me tiene hasta la coronilla con sus visitas!

(En ese momento se oye el timbre de la puerta).

Conchita.- Seguramente que ya le tiene usted ahí.

Luisa.- Bueno, qué vamos a hacer, ¡paciencia!

(La criada se retira hacia la salida, desapareciendo de escena Luisa se sienta y se dispone a recibir la visita. Su rostro, antes alegre, ha cambiado y parece no encontrarse de muy buen grado.)

(Se oyen pasos que se acercan. De pronto, aparece Ramiro en escena).

Ramiro.- ¡Buenos días Luisa! ¿Qué tal te encuentras?

Luisa.- Buenos días, me encuentro perfectamente bien. *(Le contesta secamente).*

- 173 -



Ramiro.- Parece ser que no te agrada mucho mi visita. ¿se puede saber el motivo?.

Luisa.- Sabes perfectamente que no me agradan estas visitas que me haces a veces, aparte de que tu compañía no me resulta muy grata. El motivo lo sabes tú demasiado bien.

Ramiro.- Eres desagradecida, debías sentir hacia mí cierta deferencia al saber la inclinación que tengo hacia tu persona; no tienes por qué ser así conmigo. No es un pecado estar enamorado locamente de una chica como yo lo estoy de ti.

Luisa.- Desde luego que no es un pecado; al principio te traté amablemente y te agradecí que me hubieses declarado tus sentimientos eliguiéndome entre otras chicas. Pero también te dije entonces y te lo he repetido ininidad de veces, que yo no sentía, ni siento, nada en absoluto hacia ti; no puedo comprometerme con un chico al que no quiero ni podré querer nunca como novio o esposo.

Ramiro.- Eso les ocurre a todas las chicas al principio, el amor no viene así de pronto; con-

viene estudiarse mutuamente, conocerse y luego después decidir.

Luisa.- Te conozco lo suficiente como para decidirme por una cosa u otra, debes reconocerlo; pero todos tenemos en nuestra imaginación la persona soñada, y yo.....

(Ramiro le corta y no la deja terminar).

Ramiro.- ¡Ya sé que tienes a tu Príncipe Azul!.

Luisa.- ¡Es un hombre, yo no necesito un príncipe!. Repito: ¡es un hombre y muy hombre!.

Ramiro.- ¡Ja, ja, ja; no me hagas reír!. ¡Es un pobre diablo que no queda bien a tu lado!.

Luisa.- ¿Sabes acaso quién es?.

Ramiro.- Porque lo sé es por lo que me atrevo a decirte que Antonio, pues de él se trata, no está a la altura del hombre que debías elegir por compañero, te mereces algo más que eso.

Luisa.- Por ejemplo, tú ¿No?.

Ramiro.- Algo de eso hay, al menos somos de idéntica categoría social, tú no puedes rebajarte



tanto como para comprometerte con el hijo de unos simples criados que están, nada menos, que a tu servicio.

Luisa.- En el amor no deben existir barreras ni categorías sociales, todos somos hijos de Dios y ante El no hay diferencias por nacimiento; en su presencia, todos somos iguales. Si ante El no las hay, ¿por qué ha de haberlas ante la sociedad?. Además, Antonio posee una carrera con la que puede codearse en esa sociedad a la que tú tanto alabas.

Ramiro.- Pero no deja de ser el hijo de unos simples criados.

Luisa.- ¡Tampoco dejas de ser tú el hombre soberbio, desaprensivo y odioso que has sido siempre!. Eres tan ruin que calificas a las personas según su riqueza material, ¿qué clase de sentimientos anidas entonces en tu corazón?..

Ramiro.- Soy un hombre práctico y no me gusta perder el tiempo: Aunque no lo creas, tengo también mi corazón capaz de querer por amor. A ti te quiero de verdad, aparte de que me conviene

porque de esa forma nuestras fortunas se unirían y podríamos ser inmensamente ricos. No careceríamos de nada, todo lo tendríamos a nuestro alcance, ¿qué mayor felicidad existe?.

Luisa.- Te equivocas al afirmar que no careceríamos de nada, precisamente de lo más fundamental, ¿de ese amor que alegra la vida y hace más llevadera la tarea que cada uno tenemos asignada!. ¿A eso llamas tú, felicidad?.

Ramiro.- Cuando tus padres sepan la realidad de lo que a ti te ocurre, te harán ver la barbaridad que quieres cometer. Mis padres siempre lo dicen, y no se equivocan, si tenemos la suerte de nacer dentro de un círculo selecto, ¿por qué dar un paso atrás?. Antonio es un pobre infeliz que nunca llegará a ser más de lo que es, ¡un raquíctico y olvidado arquitecto!

LUISA.- Dices eso porque le envidias, primero porque sabes que le quiero y segundo porque os está demostrando que vale más que todos vosotros juntos; os hiere que ya su nombre se baraje entre los mejores arquitectos de un futuro próximo; le odias porque él consigue triunfar y tú no



lo has conseguido ni lo podrás nunca conseguir. Tu soberbia y prepotencia te ciega.

Ramiro.- ¡Me estoy cansando de tus reproches!, quizá algún día estés arrepentida de ello: Yo te brindo una felicidad completa, deseo que te envidie toda la gente y vean en ti una gran señora pero, deseas rebajarte al máximo eligiendo a ese arquitecto de pacotilla que vive y siempre ha vivido de prestado en este mundo.

Luisa.- No deseo esa felicidad junto a ti, la prefiero junto a un hombre que luche por lo que soy y no por lo que tengo o puedan tener mis padres. Y no es un arquitecto de la forma que le llamas sino un admirado y querido estudiante que ya brilla en esta sociedad moderna sin haber terminado aún su carrera. Tampoco ha vivido de prestado, ya que ha sacado brillantemente sus estudios con ayuda de becas que siempre ha ganado por su valía y su tesón.

Ramiro.- ¡Hieres como un puñal y eres tan venenosa como una víbora!

Algún día tendré ocasión de devolverte parte de tu veneno. ¡No olvidaré esto!

— 178 —

(Ramiro sale de escena encolerizado, mientras Luisa, reclina su cabeza sobre las manos y así permanece unos segundos. Por un lateral aparece Conchita, la criada).

Conchita.- ¿Le ocurre algo a la señorita?. ¿Qué le ha dicho el bruto de Don Ramiro?.

Luisa.- *(Levantándose)*. Nada, no ocurre nada, Conchita, me encuentro bien, sólo que llevo una mañana muy agitada y estoy algo nerviosilla.

Estoy en el despacho, si alguien pregunta por mi, diga que no me encuentro en casa, a excepción de Don Antonio.

Conchita.- Así se hará, señorita.

(Luisa abandona la escena por el lateral derecho. Conchita, dirigiéndose al público, dice.....)

Conchita.- Pobre señorita, ¡pero qué antipático es el dichoso Don Ramiro!. Se cree que porque tienen dinero sus padres puede hacer lo que le venga en gana, él lo arregla todo enseguida. Como si el querer a una persona fuese una cosa de juerga. Me agrada que la señorita se haya decidido por Don Antonio, es tan agradable, tan

— 179 —

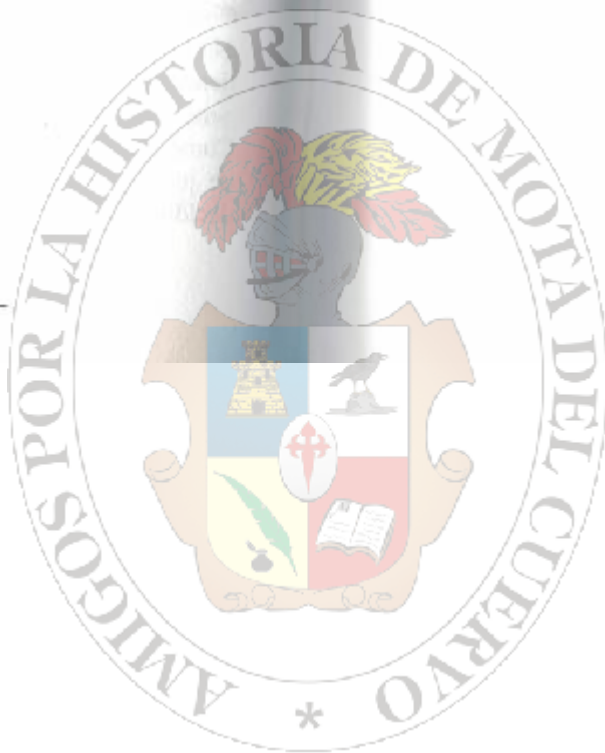


bonico. ¡Envidia, eso es lo que tiene, envidia!
Pero ya veremos que ocurre cuando sus papás
se enteren de todo este lío que está ocurriendo.
Ya me veo a Doña Isabel con uno de sus mareos
raros. ¡Dios quiera que todo termine bien!.

TERCER ACTO

(Cae el Telón)

- 180 -



En este último acto se utilizará el mismo decorado que en el primero, ya que se desarrolla en el pueblo, en casa de Don Carmelo. El curso ha finalizado y todos se encuentran de vacaciones.

Al correrse el telón, aparece Don Carmelo paseando por la escena de un lado a otro, se le ve enfurecido y muy nervioso.

Don Carmelo.- ¡Llevo luchando toda mi vida para que mis hijos lleguen a ser más que yo y ahora me viene la tonta de mi hija a enamorarse, nada más y nada menos, que del hijo de mis propios criados. Ha desdeñado hasta con insultos a Ramiro, que es un gran chico y de unas condiciones admirables, para elegir a ese muerto de hambre que quiere "colarse" en mi propia casa por la puerta falsa. Pero esto no terminará así, no, ni mucho menos. Ahora se va a enterar mi hija quién es su padre!

(Se oyen pasos que se acercan. Por un lateral, aparece, segundos después, Luisa. Se la ve muy seria y nerviosa).

Luisa.- ¿Me llamabas, papá?



Don Carmelo.- Sí, hemos de hablar detenidamente de algo muy importante y trascendental que te compete a ti tanto como a nosotros.

Luisa.- Tú dirás, papá.

(Don Carmelo prosigue sus paseos por escena, mientras tanto Luisa se sienta en uno de los butacones. Transcurridos unos segundos, se detiene Don Carmelo y permaneciendo de pie, le dice a su hija...:)

Don Carmelo.- ¿Qué te ha ocurrido con Ramiro?

Luisa.- Nada de particular, papá ¿por qué lo preguntas?

Don Carmelo.- He hablado con sus padres y me han dicho tal cantidad de cosas que me avergüenzo de ti; no comprendo tu actitud para con él.. Creo que es un buen chico y merece que se le respete.

Luisa.- Sé a donde quieres llevarme con tus palabras, pero es igual. Ramiro ha deseado siempre tenerme a sus pies, y a mí, por el contrario, su compañía. Nunca me ha gustado y así se lo he dicho, eso es lo ocurrido.

Don Carmelo.- ¡Eso no es verdad, lo que te ocurre es que estás enamorada de Antonio; de ese imbecil y asqueroso arquitecto de pega!.

(Después de una pequeña pausa, Luisa, dice...:)

Luisa.- Papá, no es para que te pongas así. Lo que te he dicho es la pura verdad, y deberías estar satisfecho de lo que Antonio está llevando a cabo. Se ha situado a una altura muy por encima de todos y lo ha conseguido a base de mucho sacrificio y un enorme trabajo y abnegación. Su personalidad ya es conocida y goza de una gran fama. Sí debo decirte que estoy enamorada de él, sé que me necesita y no quiero perderlo.

Don Carmelo.- ¡Eso son tonterías que tú te forjas! Pertenece a una sociedad baja y nunca podrá relacionarse, fracasará y tendrá que trabajar de criado como lo ha hecho toda su familia. Nuestro nombre no puede mezclarse con el de ellos, ¿no es que te has vuelto loca y no comprendes tu situación?.

Luisa.- Un hombre de su valía no puede estar oculto, su nombre se comenta con admiración y actualmente es el orgullo de la arquitectura



de nuestro país. Sus ideas han revolucionado el mundo de la construcción y sus contratos se cuentan por docenas. Yo también le admiro y le quiero con todo mi corazón, siempre le he querido y no renunciaré a él por nada de este mundo.

(En ese momento, aparece por un lateral Doña Isabel)

Doña Isabel.- ¿Qué ocurre aquí? Me parece haber oído voces alteradas.

Don Carmelo.- Tu hija, que quiere que seamos el hazmerreír de la sociedad en la que estamos bien catalogados. Se ha prometido a Antonio, el hijo de nuestros criados. ¿Qué te parece, Isabel?

Doña Isabel.- ¡Pero Luisa, hija mía!. ¿Qué dices?

Luisa.- Lo que has oído, mamá, quiero a Antonio y me uniré con él para siempre. Me gustaría lo comprendierais y admitierais a Antonio.

Doña Isabel.- ¿Te das cuenta de lo que eso significa para nosotros?. ¡Es el hijo de unos humildes criados!. ¿No lo comprendes, Luisa?.

Luisa.- Sólo miráis lo de sus pobres padres, ¿qué mal han hecho?. ¿Es que no tenéis corazón?. ¿Acaso no son seres humanos como nosotros?. Bastante desgracia han tenido de nacer pobres y sin más recursos que sus brazos, esos padres así merecen ser aclamados y no pisotearlos, como vosotros queréis hacer con ellos.

Don Carmelo.- ¡No puedo seguir escuchando tus plegarias! A otros quizá puedes convencerlos con esos sermones de poca monta, a nosotros, no. ¡Esto es el colmo!.

Luisa.- Perdona, mamá; perdona, papá, pero no puedo estar de acuerdo con vuestras ideas; siento decirlo que no podreis impedir que Antonio y yo seamos felices. Es una pena que a veces los padres os pongais tan ciegos e intentéis arrebatar a vuestros propios hijos su felicidad.. Quiero a Antonio y os pido que me ayudéis.

Doña Isabel.- Pero, hija, si nosotros queremos lo mejor para ti; no nos des ese disgusto. Te pido que reconozcas llevamos razón.

Luisa.- Veo que es imposible con vosotros, estais materializados y no veis la bondad que aún hay



en el mundo. Algún día, al rendir cuentas como padres, quizá os reprochen vuestro comportamiento como tales.

Don Carmelo.- Te hemos dado el ser, toda clase de comodidades, caprichos y ahora nos haces reproches. ¿Por qué, Luisa, por qué?

Luisa.- Papá, no os reprocho nada, lo que quiero es que me comprendáis. Sé que me disteis la vida, pero ¿por qué queréis arrebatármela ahora? Antonio es mi vida, ¿no lo comprendéis?

Doña Isabel.- No puedes decirnos eso, hija; nos estás insultando. ¡Somos tus padres y nos debes obediencia!. Tú eres la que debes comprenderlo.

Luisa.- No puedo comprenderos así, mamá; por favor, no me obliguéis no intentéis martirizarme, por favor, no.

(Luisa comienza a sollozar y sale corriendo de escena. Hay un tensa pausa, Doña Isabel y Don Carmelo permanecen sentados y muy pensativos)

Don Carmelo.- *(Se levanta y dice...)*: ¡Esto lo arreglo yo enseguida!

Doña Isabel.- ¿Qué vas a hacer, Carmelo?. *(Levantándose también)*.

Don Carmelo.- Voy a llamar a Tomás y a Carmen; a esto hay que darle una solución rápida y se la voy a dar ahora mismo.

Doña Isabel.- ¡Por Dios, Carmelo, sé prudente!.

Don Carmelo.- Déjalo estar, Isabel. *(Va hacia la puerta lateral y dice..)*

¡Tomás, Carmen!. *(Transcurridos unos segundos, ambos hacen aparición. Don Carmelo parece ignorar que los criados están allí)*.

Tomás.- ¿Nos llamaban los señores?.

Don Carmelo.- Tomad asiento y estad atentos a lo que os vamos a decir.

(Los criados se sientan un poco alejado de Doña Isabel; Don Carmelo continúa paseando por escena. Se detiene y volviéndose hacia ellos, dice.....)

Don Carmelo.- Vuestro hijo, que tanto decís os quiere, ha cometido una equivocación mayúscula que os puede costar el empleo: El va a ser el responsable directo de vuestro despido de esta casa a la que tanto debéis.



Tomás.- ¡Señor, nuestro hijo Antonio es incapaz de hacer algo que dañe ni a sus padres, ni a ustedes!; ¿Quiere decirnos el señor cual ha sido su pecado?.

Don Carmelo.- ¡Enamorarse de nuestra hija e intentar hacerla su mujer. Sugestionarla con su palabrería insulsa para que ella crea sinceramente en él!. ¿Os parece poco?.

Carmen.- Nuestro hijo Antonio no es capaz de hacer eso para ganarse su amor. Si se ha enamorado de la señorita no ha cometido ningún pecado ni se valdrá de palabras vanas para ganarse su cariño. Mi hijo les quiere a ustedes, ténganlo por seguro y respecto a lo otro, es cuestión de ellos.

Doña Isabel.- Así que a vosotros os parece eso tan natural, ¿no?; pero ¿acaso creéis que Luisita es tan imbécil como para aguantar a vuestro hijo?. No, ni mucho menos. Se da cuenta de esa maniobra y detesta a ese indigno muchacho que ha osado poner sus ojos sobre ella. No la va a convencer, así que no debe volver por aquí nunca más.

Tomás.- Perdóneme les diga a los señores que están equivocados con nuestro hijo, él es incapaz de hacer semejante cosa. Lo que ocurre es que ustedes nunca han visto bien a Antonio, pues tiene la desgracia de ser el hijo de unos humildes criados que toda su vida se la han pasado limpiando y fregando y que tienen sus manos encallecidas de servir a sus amos. Parece ser que somos siervos que no tenemos derecho a la vida, sino sonreír a los caprichos y bromas de nuestros señores, ¿no es eso lo que quieren?. No conciben que el fruto de un amor sacrificado pueda ser algo digno en la sociedad actual y pueda crear un hogar con su hija. ¿Por qué un hombre de la talla de nuestro hijo no puede unirse a una mujer situada a su altura?. ¿Porque no posee bienes materiales? ¿Porque es de una familia humilde, ó porque como, sus padres han sido unos sirvientes, no debe aspirar a nada?. Nuestro hijo tiene en estos momentos una carrera solvente, como la de cualquier otro, y además posee un corazón lleno de un amor puro que desborda todas esas ruindades.

Don Carmelo.- (*Muy nervioso*). ¡Basta ya, no puedo permitir que continúes hablando así!. Me-



recéis que os eche de mi casa. Si vuestro hijo no desiste y no deja en paz a la señorita Luisa nos obligaréis a pedirnos recojáis vuestras cosas y os marchéis de esta casa.

Carmen.- No se preocupen los señores, no es necesario esperar más, ya nos marchamos. Aún nos quedan energías para seguir trabajando, pues para eso nacimos, para servir, pero no a personas que tienen excesivo orgullo y soberbia, como ustedes.

Doña Isabel.- ¡Merecéis nuestro desprecio, os hemos tenido durante muchos años y ahora cuando debíais besar nuestras pisadas, nos llamais tiranos y lo que os place!. ¡Qué vergüenza!

Tomás.- No son dignos de ello, su orgullo les ha privado de muchas amistades que se alejan de aquí al ver la morbosidad de sus sentimientos, la apatía con sus semejantes y especialmente la escasa humildad de sus actos.

Don Carmelo.- ¿Así nos pagáis ahora? ¡Fuera de esta casa!. *(Dice gritando)*.

Tomás.- Ya nos vamos, no es necesario gritar para decirlo.

(Carmen y Tomás se levantan de sus sillas respectivas y abandonan la escena. Doña Isabel tiene sus manos cogidas a la cabeza, parece ocurrirle algo anormal. Don Carmelo, al ver el estado de su esposa, se coloca junto a ella y le dice.....)

Don Carmelo.- ¡Estos condenados tienen toda la culpa de lo que ahora te ocurre! Voy a llamar a nuestro hijo Ángel para que vea lo que hay que hacer contigo. Vuelvo al momento, Isabel.

(Don Carmelo desaparece rápidamente por un lateral; Doña Isabel permanece en el mismo lugar, quejándose débilmente. En ese momento, aparece por el lateral izquierdo Don Juan que, al ver reclinada de esa manera a Doña Isabel, corre a su lado).

Don Juan.- ¿Qué te ocurre, Isabel? ¿No hay nadie?.

Doña Isabel.- *(Con voz débil y entrecortada)*. Estoy muy mal, Juan; Carmelo ha salido a llamar a Ángel, no te marches.

D. Juan.- Ahora que tienes aquí a tu hijo debías decirle que te reconociese, no debías vivir tan despreocupada sabiendo que los marcos te están martirizando.



Doña Isabel.- Dices bien, Juan, mi hijo me alejara de esta dolencia.

(Se oyen pasos que se acercan. Pasados unos segundos, aparece por un lateral Don Carmelo).

Don Juan.- ¡Hola, Carmelo! He visto así a Isabel y me ha preocupado.

Don Carmelo.- ¡Hola, Juan! ya ves, Isabel vuelve a sentirse con molestias. He ido en busca de Ángel y no le he encontrado; a este chico le veo tan raro que tengo miedo también por su salud. El pobre habrá estudiado tanto que ahora se encuentra despistado. Cuando transcurran más días espero que se haya restablecido.

Don Juan.- El cambio de ambiente les hace, en estos casos, estar retraídos unos días. A mi Ramiro le está ocurriendo otro tanto. Nos tiene preocupados, ha sido un golpe muy duro para él no poder ingresar esta vez, ahora tendrá que decidirse por otra carrera. Y como punto final a su mala suerte, Luisa le ha negado su amor, aunque creo que ya antes había ocurrido otras veces.

Don Carmelo.- No debéis darle consideración a lo ocurrido, ya veréis como esto se arregla; Luisa hará lo que nosotros le digamos. Cuando vea que nos oponemos rotundamente a su negativa, lo estudiará mejor y accederá. Así que, tranquilos.

Don Juan.- Realmente lo que ocurre es que Antonio la tiene embaucada; a las chicas les agrada que sus novios sean famosos y Antonio, desgraciadamente, lo es. Ésa es la verdadera causa de no tomar en consideración a Ramiro.

Don Carmelo.- Antes quizá ocurriese eso pero ya nos ha dicho a nosotros que Antonio no le importa en absoluto; hace un momento nos lo ha confesado. Por lo tanto, sólo nos queda esperar; al final conseguiremos nuestro propósito.

(Doña Isabel, que continua con gesto de dolor, vuelve a quejarse, aunque con menos intensidad).

Don Carmelo.- Por Dios, Isabel; Ángel estará aquí enseguida, verás como él te reanimará.

Doña Isabel.- Esta vez me encuentro mucho peor, Carmelo; no comprendo estos mareos, son molestísimos.



Don Juan.- Hay que ser optimistas, Isabel; eso es una cosa pasajera. Que ya te ha ocurrido otras veces.

Doña Isabel.- Me temo que no, voy a tener que irme a la cama, todo me da vueltas.

(En ese momento, se oyen pasos que se acercan).

Don Carmelo.- ¡Ya tenemos aquí a nuestro doctor!

(Por un lateral, aparece Ángel; se le ve un poco agitado).

Ángel.- ¿Qué ocurre?. ¿Por qué me han llamado con tanta prisa?.

Don Carmelo.- Tu madre no se encuentra bien, sus mareos aumentan a ritmo acelerado y es conveniente que tu le hagas un buen reconocimiento. ¿No te parece?.

Ángel.- Pero, yo no puedo..... Bueno, creo que debería venir Don Mariano. Yo... *(Empieza a titubear sin hablar con claridad).*

Don Juan.- ¡Anda, Ángel, no seas tan humilde!. Tú lo puedes hacer mejor que nadie.

(Ángel está cada vez más nervioso y no se atreve a mirar a nadie, parece huir de todos).

Don Carmelo.- Vamos, hijo, no seas cobarde; ya eres casi un médico para tener ese miedo. Hazlo por tu madre, ¿no ves como sufre?.

Ángel.- No es eso, papá, es que... ¡No puedo hacerlo, no!.

(Ángel se retira y va a refugiarse a un ángulo del escenario; se oculta el rostro con sus manos y queda vuelto de espaldas a ellos).

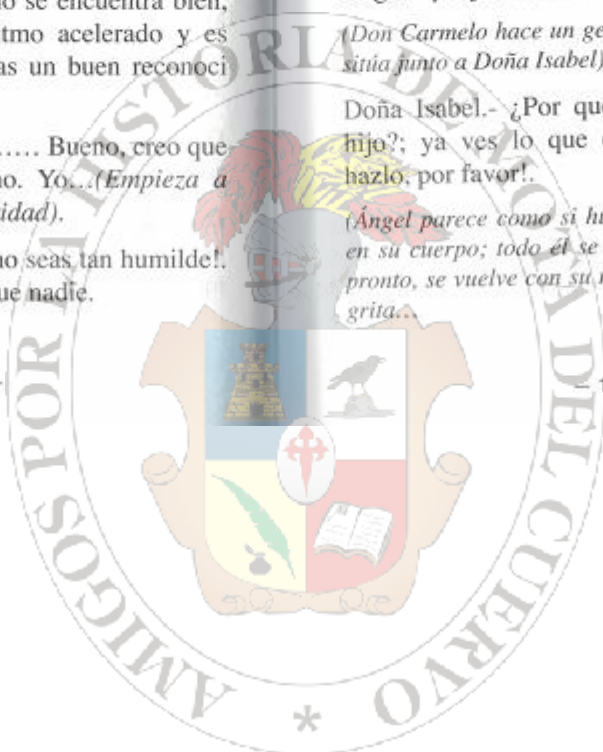
Don Carmelo.- Pero, ¿qué te ocurre, Ángel?. *(Casi le grita).*

Ángel.- ¡Dejadme ahora, por favor!.

(Don Carmelo hace un gesto de incompreensión y se sitúa junto a Doña Isabel).

Doña Isabel.- ¿Por qué no quieres ayudarme, hijo?; ya ves lo que estoy sufriendo. ¡Anda, hazlo, por favor!.

(Ángel parece como si hubiese recibido un latigazo en su cuerpo; todo él se mueve instintivamente. De pronto, se vuelve con su rostro descompuesto, y casi grita...)



Ángel.- ¡No puedo, mamá, perdóname, pero no puedo! Soy un fracasado y no tengo ni idea de medicina, jamás he puesto una sola inyección!. ¡Perdóname, te lo ruego!. *(Comienza a sollozar)*.

Don Carmelo.- *(Con gesto de asombro)*. ¿Cómo?. ¿Entonces para que te sirven tus cuatro años de estudios de medicina?. ¿Y las clases prácticas que te he venido pagando otros tantos años?.

Hay una pausa e interesados en la contestación de Ángel, todos esperan impacientes. Este se derrumba sobre uno de los butacones, cerca de Doña Isabel; poco a poco se desliza hasta colocarse de rodillas ante ella. Finalmente, sollozando, dice.....

Ángel.- Me horroriza pensar que te ocurriese algo y creyeses que tu hijo es casi un médico; no lo creas, mamá, jamás he pasado de primer curso y ...

(Don Carmelo, indignado ante esta confesión inesperada, no deja de terminar a su hijo).

Don Carmelo.- ¿Cómo?. ¿Has sido capaz de haber hecho semejante cosa, condenado?.

— 198 —

Don Juan.- ¡Pero, Ángel!, ¿hablas en serio?.

Ángel.- Nunca tuve valor para decirlo; no me agradaba Medicina y sólo aprobé unas asignaturas del curso primero; después... ¡no quiero recordarlo!.

Don Carmelo.- No puedo creer que un hijo engañe a sus padres de esa forma, es algo que no merece perdón, ¡qué dirán de nosotros! *(Se deja caer en otro butacón)*

Doña Isabel.- ¡Creo que me va a dar algo! — *(Hace gestos raros)*.

Ángel.- ¡Por Dios, mamá, serénate!.

Don Juan.- ¡Vergüenza debía darte hacer lo que has hecho; eso no es de un buen hijo!.

Don Carmelo.- ¡Eres la deshonra de la familia!.

(Hay una larga pausa, parece que todos han perdido el habla. Todos están como encerrados en sí mismo. De pronto, Ángel, se levanta y dice...)

Ángel.- Si he llegado a ser lo que vosotros decís, tened en cuenta que sois partícipes de ello lo mismo que yo. He sido, desde siempre, como

— 199 —



un trasto abandonado, me habéis dado todos los gustos y nunca os ha importado mi vida fuera de casa..

Don Carmelo.- ¡¿Y aún te quejas, desdichado?!. Todo nos ha parecido poco para vosotros y ahora nos recriminas nuestro comportamiento, ¿te parece correcto?. Jamás te hemos negado nada, siempre has tenido suficiente dinero, ¿qué querías que hiciésemos más?.

Ángel.- Necesitaba más vuestros consejos, vuestra orientación; de buenas a primeras me llevasteis a Madrid siendo aún muy joven. Recuerdo que me dijisteis solamente esto: "Pide lo que necesites, no carezcas de nada; tienen que ver tus compañeros que eres de una gran familia". Desde ese momento me creí superior a todos ellos y vivía una vida muelle, comodona; disfrutaba haciendo ante ellos alarde de pomposidad. Vivía en tinieblas y la vida me parecía más hermosa, terriblemente hermosa.

Como nunca me preguntábais por mis notas, yo las falsificaba y os hacía ver que había terminado el curso con toda brillantez. Así, ambientado en

esa vida, no estudiaba en absoluto; pedía dinero y me lo mandabais sin importaros para qué lo utilizaba. De esta manera he vivido todos estos años hasta aborrecer la vida, no encontraba la sensación de un placer interior, algo que me indujese a vivir ilusionadamente; he buscado un ideal, una meta y no lo he encontrado hasta ahora, que es cuando la vida me ha azotado y me ha despertado de ese letargo endemoniado.

Don Juan.- Perdona, Ángel, que intervenga; pero creo que debo hacerlo. ¡Y ahora censuras a tus padres, cuando eres el único culpable de tus actos, el responsable más directo de esa vida tan ligera. ¿Por qué ahora les responsabilizas de lo que solamente y por tu propia voluntad has cometido?.

Ángel.- Les responsabilizo por su abandono, pues un joven está en peligro constante en la vida; ésta nos somete a infinidad de pruebas y si no nos sujetan probamos fortuna en todas. Para ese fin creó Dios a los padres, para que fuesen como El, verdaderos guardas, buenos consejeros e incansables y amorosos jardineros. El hijo no es solamente



un ser animal sin otro fin que el de vivir alocadamente, sino principalmente espiritual, dotado de un alma creada a imagen de Dios y destinado a un fin sobrenatural. Ése es el pecado de un padre, abandonar a sus hijos en el desierto de la vida sin indicarles el camino recto y el fin que, como hombres tienen con la sociedad y con Dios.

Don Juan.- Todo lo que dices me parece bien, pero no eres quien para censurar a tus padres de esta forma. Si fueses mi hijo te castigaría para que midieses mejor tus palabras, ¡hieren como puñales!.

Ángel.- Pero ¿qué me dice usted, Don Juan, si su hijo es más cobarde que yo y no se atreve a enfrentarse con la verdad?. Pregúntele a él de sus correrías. ¿O quiere que le hable yo por él?.

Don Juan.- ¿Qué insinúas de mi Ramiro?.

Don Carmelo.- ¡Ya está bien, Ángel!.

Ángel.- No insinúo nada ni digo barbaridades, ¡digo la verdad!.. Su hijo no ha aprobado nunca porque ha sido compañero de mis andanzas ¿Qué le parece, Don Juan?.

- 202 -

Don Juan.- ¡Eso no es cierto!. Ramiro siempre ha sido un joven ejemplar, un hijo modélico.

Ángel.- Como yo, ni más ni menos; somos tal para cual. Queríamos buscar en la vida algo que valiese la pena y ya ven lo que hemos encontrado.

Don Juan.- ¡Imposible!. No puedo creer semejantes atrocidades de mi Ramiro. Él no me engañaría nunca de esa manera.

Ángel.- ¿Le ha preguntado usted alguna vez algo de su vida?. ¿Qué hacía? ¿dónde solía ir? ¿qué amigos tenía? ¿dónde gastaba su dinero?. ¿Fue alguna vez a hablar con el director de la academia a interesarse por los estudios de su hijo?. Si no lo ha hecho, ¿por qué dice que no lo ha podido engañar?.

Don Juan.- ¡Esto es intolerable!. ¡No puedo permitir que hables así de mi hijo! ¡Él es incapaz de cometer una acción semejante!.

Ángel.- He ahí su defecto, el más común de todos los padres: querer que brillen sus hijos en la sociedad como estrellas perfectas sin pedirnos

- 203 -



cuentas de nada. Si Dios es el administrador del mundo, un padre debe ser el administrador de la familia.

Don Juan.- ¡No consiento que me mezcles en esto!. Yo nunca llegaría a hacer lo que me atribuyes; ¡déjame en paz!.

(Dicho esto, abandona casi corriendo la escena).

Don Carmelo.- ¡Eres un descarado y un mal hijo!. ¿Cómo has podido decir esas cosas a Don Juan?.

Ángel.- Le he dicho lo que merece que le hubiese dicho su hijo, pero Ramiro no se atreve, es un cobarde. Y yo ni soy un descarado ni un mal hijo. Vosotros me habéis hecho así y ahora tengo que censuraros.

Sé que cometo un pecado ante vosotros, pero no ante Dios. Sembrasteis mala semilla y ahora recogéis estos frutos, ¡frutos podridos!.

Doña Isabel.- *(Levantando la cabeza)*, ¿Te avergüenzas de nosotros, hijo?. ¿Nos crees malos padres?.

— 204 —

Ángel.- Jamás podré avergonzarme de mis padres, me habéis dado el ser, soy carne de vuestra carne por lo que os debo amor y obediencia, y todo eso os lo entrego de verdad, pero sí habéis pecado conmigo, no me atormentéis ahora. Yo os perdono, pero también necesito vuestro perdón.

Doña Isabel.- ¡Yo te perdono, hijo!. *(Dijo levantándose)*.

Don Carmelo.- ¡Pues, yo no! ¿lo oyes?. No te puedo perdonar, no lo mereces!.

(Ángel queda un poco paralizado un momento; después, dice..)

Ángel.- ¿Puedo retirarme?.

Don Carmelo.- ¡Sí, márchate de mi presencia, déjanos en paz!.

(Ángel sale rápidamente de escena. Don Carmelo se reclina en un butacón y Doña Isabel, que continúa levantada, se sienta también. Hay una pausa, el silencio reina en escena y parecen tener miedo de romperlo. Pasados unos segundos, Doña Isabel dice.....)

— 205 —



Doña Isabel.- Creo que estamos recibiendo nuestro castigo, Carmelo; es verdad que nuestro deber de padres lo hemos olvidado casi siempre.

Don Carmelo.- ¡Vaya, sólo faltaba que tú también te pongas de su lado!

(Hay una pausa, quedando los dos sentados. Se oyen pasos que se acercan, ambos se levantan y miran a la entrada. En el umbral aparece Antonio, el cual dice.....).

Antonio.- ¿Se puede, Don Carmelo?

Don Carmelo.- ¿Qué deseas en esta casa?. ¿No sabes lo ocurrido? (dice en tono despectivo).

Antonio.- No sé a que se refieren, yo solamente deseo ver a mis padres y saludarles a todos ustedes, sí no les importa.

Don Carmelo.- Tus padres ya no se encuentran aquí y nosotros no queremos nada contigo.

Antonio.- No comprendo nada de lo que me dicen, ¿pueden explicarme qué es lo que ocurre?

Don Carmelo.- Tú sabes mejor que nadie lo ocurrido, no sé como tienes valor suficiente para

pasar a esta casa en donde tienes todas las puertas cerradas.

Antonio.- Me temo que lo ocurrido es debido a que me he prometido a Luisita, ¿no?

Don Carmelo.- Exactamente. Nuestra hija no es terreno abonado a tus pretensiones y debes dejarla en paz.

Antonio.- Eso lo debe decidir Luisa, no ustedes. ¿Y por ese motivo han despedido a mis padres, a unos fieles sirvientes, además de atormentar a su hija con sermones incongruentes? ¿Es eso ser unos buenos padres?

Don Carmelo.- A los hijos, a veces, hay que abrirles los ojos para que vean la realidad y obren en consecuencia. ¡Esa es la misión de unos padres!

Antonio.- ¡Entonces, por qué no han sido así muchos años antes para haber podido enseñar a andar por la vida a su hijo Ángel?

Doña Isabel.- ¿Qué sabes tú de mi hijo ?.

Antonio.- Todo. Sé cómo ha vivido y cómo ha terminado. Afortunadamente, aún tiene camino



para andar y sé que ahora lo hará como un hombre. El ha pagado el pecado que ustedes han cometido, pues no hay otros más responsables que ustedes, sus propios padres. Es duro reconocer que se ha obrado mal con sus seres más queridos pero no creo sea difícil rectificar. Ángel no quería haber terminado así si alguien le hubiese hablado con el cariño que sólo unos padres saben hacerlo. Yo intenté varias veces, pero no tenía suficiente autoridad para convencerlo. Siempre me decía que como yo era pobre no comprendía aquella vida, que los adinerados vivían a un ritmo distinto. Ustedes parecían sonreírle sus gracias y nunca lo censuraron en nada

Don Carmelo.- ¡Me estoy cansando de sermones sin fuste ni justificación!. Así que, ya está bien de aguantar tus sermones.

Antonio.- Les ruego perdonen si me he pasado, pero saben bien que he sido siempre buen amigo de Ángel y le he acompañado en muchos momentos. Me gustaría poder ayudarlo y, si me lo pide, lo haré, pues es un gran hombre. Y a Luisita saben que en todo momento la he acom-

pañado y ahora le quiero ofrecer mi carrera y mi persona.

Don Carmelo.- Bueno, creo que ya vale y te pido que no mezcles los temas de mis hijos. Nosotros como padres lo sabremos arreglar, pero lo tuyo con Luisa es muy diferente y no podemos consentirlo.

Antonio.- ¿Por qué no soy digno de su hija, por qué?.

Doña Isabel.- Debes reconocer que Luisita es de una esfera superior a la tuya y no serías felices nunca; tú perteneces a otro mundo.

Antonio.- Así lo consideran ustedes y están cometiendo una gran equivocación. El único pecado que cometo es ser el hijo de unos criados que se han pasado toda su vida al servicio de esta casa. A esta circunstancia ustedes encadenan la ley de sucesión de derechos y concluyen con la idea de que yo no puedo salir de esa esfera que el destino adjudicó a mis pobres padres. No es una desgracia ser humilde, para mí es un gran honor ver que el sacrificio de unos padres abne-



gados ha dado el fruto que ellos siempre habían soñado.

Don Carmelo.- Todo esto está bien para tus padres. Éellos soñaban verte con una carrera y lo han conseguido; nosotros perseguimos un ideal parecido con nuestros hijos, les queremos ver felices y sabemos que Luisita nunca podrá ser feliz a tu lado, pertenecéis a ramas de distinto árbol.

Antonio.- Comprendo que deseen lo mejor para su hija; pero, ¿acaso yo no puedo hacerla feliz?. No poseo bienes de ninguna clase, pero le brindo todo mi cariño, que es inmenso, y una carrera de prestigio que me está abriendo las puertas de la fama. He luchado por ella y lucharé para que nunca deje de ser la gran señora que siempre han apetecido que fuese.

Don Carmelo.- Pierdes el tiempo, Antonio; a Luisita nunca podrás conseguirla, ella hará lo que nosotros le ordenemos, ¡así que no hay nada más que hablar!.

Antonio.- Aún no están contentos de lo que han conseguido con Ángel y pretenden ahora hacer de su propia hija una desdichada. Ella me quiere y está decidida a unirse a mí, ¿por qué quieren volver a cometer un pecado, cometido ya con su hijo?.

Don Carmelo.- ¡Me están cansando tus peroratas y me vas a obligar a que te eche de esta casa! Te ruego la abandones sin más comentarios.

Antonio.- Así lo voy a hacer, pero antes quiero decirles que unos padres así no merecen tener hijos, ¿para qué los quieren?. No se conforman sólo con no haberse preocupado de hacerles seres humanos, sino que, después, intentan subordinarlos a sus caprichos; quieren comerciar con sus sentimientos como si fuesen una mercancía que se entrega al mejor postor. Ya les ha pedido cuentas su hijo de su comportamiento para con él. ¿quieren que un día su hija les pueda pedir cuentas también?.

Don Carmelo.- ¡Ya está bien; fuera de esta casa!.



(En ese momento, aparece Luisa por un lateral y dirigiéndose a Antonio le dice...)

Luisa.- ¡Espera, Antonio; me marcho contigo!

Doña Isabel.- ¿Cómo?. ¿Qué dices, hija mía?

Don Carmelo.- Pero, Luisa, ¿quieres marcharte con él?. ¡Somos tus padres!

Luisa.- Ya lo habéis oído, me marcho con él; no podéis justificar con nada vuestra actitud. Nadie podrá evitar que lo haga, si no lo comprendéis ahora ya lo comprenderéis después y entonces será tarde. Siempre os remorderá la conciencia de haber sido vosotros mismos los que perdisteis a vuestros hijos, a uno por dejadez y no ayudarle, y a otro por orgullo y no comprenderlo. Vosotros decidiréis.

Doña Carmelo.- ¿Eres capaz de abandonarnos por él, Luisa?

Luisa.- Deseo poseeros a todos, a vosotros y a Antonio; pero si tengo que elegir, lo hare por Antonio. Me duele tener que abandonaros, pero no me dais otra alternativa al parecer.

- 212 -

Doña Isabel.- ¡Hija, no hagas eso; somos tus padres!

Luisa.- ¡Unos padres que pecan ante Dios y ante el mundo no merecen ser escuchados si continúan pecando sabiéndolo de antemano!

Antonio.- Si éstos que te han dado el ser te cierran en estos momentos sus brazos, no te harán así los míos que te esperan con los suyos bien abiertos.

Luisa.- ¡Vamos, pues, Antonio!

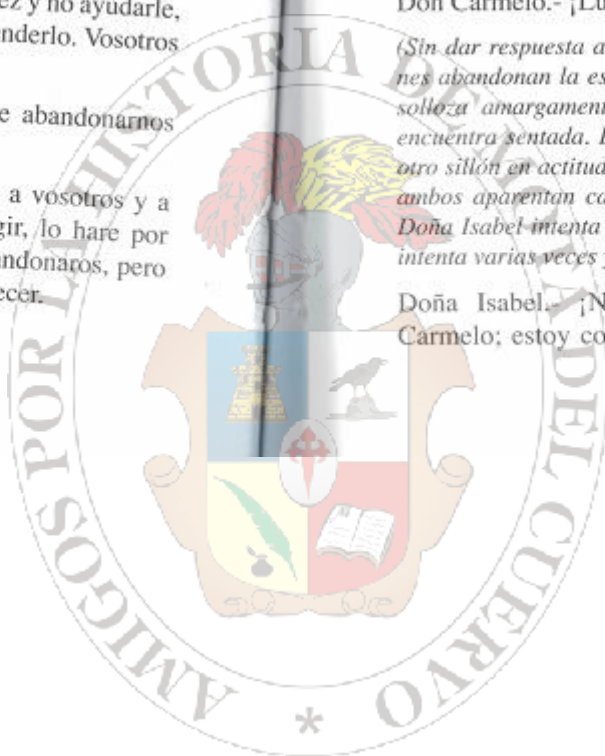
Doña Isabel.- ¡Hija!. *(Dice, sollozando)*.

Don Carmelo.- ¡Luisa!

(Sin dar respuesta a estas expresiones, ambos jóvenes abandonan la escena rápidamente. Doña Isabel solloza amargamente en el butacón en donde se encuentra sentada. Don Carmelo cae abatido sobre otro sillón en actitud de impotencia. Hay una pausa; ambos aparentan carecer de vida, están inmóviles. Doña Isabel intenta levantarse, parece no poder; lo intenta varias veces y al final lo consigue).

Doña Isabel.- ¡No podemos quedarnos así, Carmelo; estoy convencida de nuestro pecado.

- 213 -



Si el señor bendijo nuestro matrimonio concediéndonos esos dos hijos, no queramos nosotros entorpecer su voluntad. Es demasiado duro perder a unos hijos, no hemos obrado bien y merecíamos éste castigo. ¿Qué ilusión tendremos ahora?. No hay otra ilusión en la vida más sublime, más hermosa, que la de ver los padres vivir a sus hijos alegremente. Si ambicionamos eso, ¿qué hacemos aquí mientras ellos se alejan de nosotros?.

Don Carmelo.-Yo también me encuentro atormentado por esas ideas, nuestro orgullo nos ha hecho perder todo sentimiento y el Señor nos ha castigado por mediación de nuestros hijos, pagándonos con la misma moneda. Ahora recuerdo más que nunca los consejos que me decían mis padres y todos iban encaminados a luchar siempre por la felicidad de los hijos. ¿Qué hacemos aquí entonces, Isabel?. Si ellos nos han perdonado y nosotros les perdonamos, sólo queda el Señor, y ya lo habrá hecho, ¡pues de reyes es perdonar!. ¡Busquemos a nuestros hijos!. ¡No perdamos más tiempo, Isabel!.

Doña Isabel.- ¡Vamos, Carmelo, vamos en su busca!

(Cogiéndose de la mano, ambos abandonan la escena, mientras cae lentamente el Telón)



